

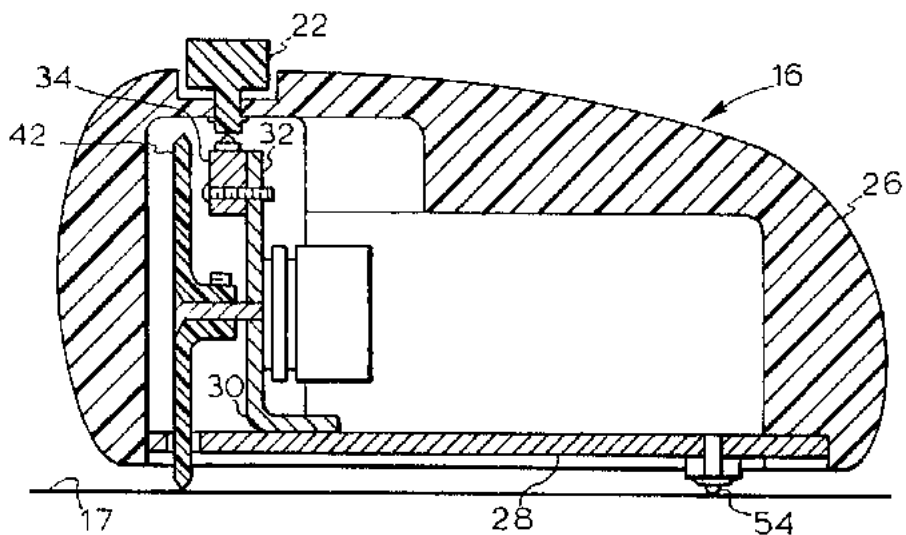
# LOS APARATOS DE LA CULTURA

Sistemas de Información Cultural, tecnologías de gobierno y la economía política de la cultura en América Latina

## THE APPARATUSES OF CULTURE

Cultural information Systems, technologies of government and the political economy of culture in Latin America

FIG. 2



Copyright © 2013 by Mauricio Delfin

Creative Commons Attribution - Non Commercial - No Derivs  
CC BY-NC-ND



Except where otherwise noted, this work is licensed under  
<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3.0>

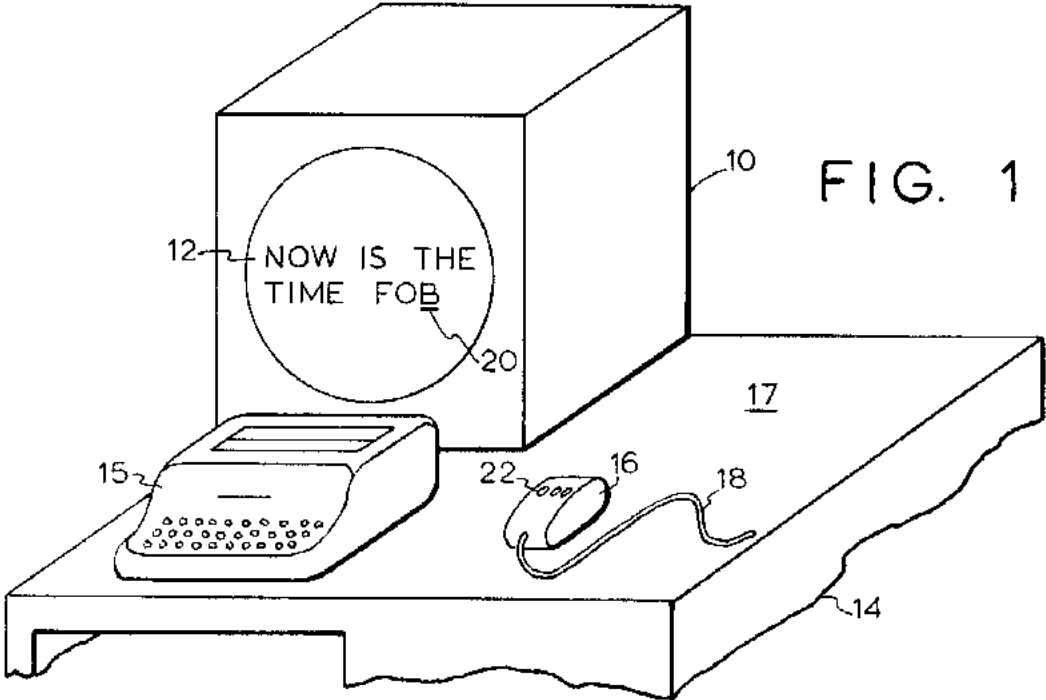


FIG. 1

Imagen de la portada | Cover image:

"X-y position indicator for a display system", invented  
by Douglas C. Engelbart (1925-2013),  
US patent 3541541 A (Nov 17, 1970):  
<http://www.google.com/patents/US3541541>

Traducción | Translation

Del inglés al español por  
From english to spanish by María Cristina Oroza.

Tipografías | Typefaces

*Adobe Garamond* diseñada por  
designed by Claude Garamond

(reversion by Adobe)

*Sanchez* diseñada por  
designed by Daniel Hernández (Latinotype).

Diseño de

Design by Laura Giraud, NYC, 2013.

Impreso en

Printed in Lima, Perú, December 2013.

# Índice

*versión en español*

<b>07</b> Presentación	<b>13</b> Introducción
<b>09</b> Resumen	<b>30</b> La Proliferación de SIC en Latinoamérica
<b>21</b> Los Aparatos de la Cultura	<b>27</b> Nueva Gestión Pública
<b>42</b> Construyendo Alternativas, Combatiendo Aparatos	<b>35</b> Construyendo un Sistema de Información Cultural en Perú
<b>49</b> Conclusión	<b>39</b> Imperativos/Limitaciones de Gestión
<b>109</b> Notas	<b>103</b> Bibliografía

# Index

*english version*

<b>06</b> Presentation	<b>55</b> Introduction
<b>08</b> Abstract	<b>63</b> The Apparatuses of Culture
<b>69</b> New Public Management	<b>77</b> CIS as Mapping Technologies
<b>72</b> The proliferation of CIS in Latin America	<b>89</b> Conclusion
<b>76</b> Building a Cultural Information System in Peru	<b>83</b> Building Alternatives, Combating Apparatuses
<b>79</b> Managerial Imperatives/Constraints	<b>103</b> Bibliography

# Presentation

This research project was developed between 2010 and 2012, during my graduate studies at the department of Media, Culture, and Communication at New York University.

As with any Master's thesis, it responds to certain institutional requirements and a particular temporality. This text, a critical approach to Cultural Information Systems, explores some ideas that have accompanied me since I started working in the development of Culturaperu.org in 2005.

My objective in publishing a bilingual version of this work is to contribute to the circulation, in this and other regions, of ideas on the impact of technologies in cultural policies.

The original version of this text in English has not been modified, and only minor editing corrections have been made to the Spanish version.

*This thesis was completed on April of 2012 and received the "Distinguished Thesis Award" from the Department of Media, Culture, and Communication that same year.*

---

I would like to thank my thesis advisor, Alex R. Galloway, for his support in this research process and Arjun Appadurai for the conversations that contributed to the exploration of various themes I explore in this text.

I am especially grateful to Mariela Noriega, Ana Cecilia Montilla, Alfonso Castellanos, and all the people that were interviewed in this project. I would also like to thank those who contributed in different moments to the revision of this text, and in particular to Giuliana Borea and Paloma Rodrigo, for their valuable comments. To Maria Cristina Oroza for the translation and to Laura Giraudo for the design of this publication.

To my mother, for teaching me how to learn and for her constant support.

To Lucia Cuba, always and above all, for her company in a journey that still continues.

# Presentación

Esta investigación fue desarrollada entre el 2010 y 2012 durante mis estudios de maestría en el departamento de Medios, Comunicación y Cultura en la Universidad de Nueva York.

Como toda tesis de maestría, esta responde a ciertos requerimientos institucionales y a una temporalidad particular. Este texto, una aproximación crítica al estudio de los Sistemas de Información Cultural, explora algunas ideas que me acompañan desde que empecé a trabajar en el desarrollo de Culturaperu.org en el 2005.

El objetivo al publicar una versión bilingüe de esta investigación es poner en circulación, en esta y otras regiones, ideas relacionadas al impacto de las tecnologías en las políticas culturales.

No se ha modificado la versión original del texto en inglés, y sólo se han hecho correcciones menores de edición en la traducción al español.

*Esta tesis se terminó de escribir en Abril del 2012 y recibió el “Premio a la Tesis Distinguida” del departamento de Medios, Comunicación, y Cultura ese mismo año.*

---

Quisiera agradecer a Alexander R. Galloway, mi asesor de tesis, por su apoyo en este proceso de investigación y a Arjun Appadurai por las conversaciones que contribuyeron a la exploración de varios temas que aquí se abordan.

Un agradecimiento especial a Mariela Noriega, Ana Cecilia Montilla, Alfonso Castellanos y todas las personas que fueron entrevistadas para este proyecto. Asimismo, a todas las personas que contribuyeron en diversos momentos a la revisión de la redacción de este texto, en particular a Giuliana Borea y Paloma Rodrigo por sus valiosos comentarios. A María Cristina Oroza por la traducción y a Laura Giraudo por el diseño de esta publicación.

A mi madre por enseñarme a aprender y por su constante apoyo.

A Lucía Cuba, como siempre y sobre todo, por acompañarme en este viaje que aún continúa.

# Abstract

This thesis advances a critical perspective of Cultural Information Systems (CIS) in Latin America, examining their role as technologies of government and apparatuses that configure a particular political economy of culture in the region. CIS are complex infrastructures that act at multiple levels, shaping subjectivities and impacting on collective aspirations. They establish epistemological and valuation regimes, while configuring productive and extractive processes, the “nature” of cultural resources and the inscription of cultural landscapes. Through the study of the recent and on-going construction of a CIS in Peru, this thesis emphasizes the importance of a critical approach in CIS conceptualization, as a way to generate more flexible, participative and emancipatory information and knowledge systems in the field of cultural policy. At the heart of this study is the argument that a critique of CIS is crucial to foster alternative and expanded perspectives on the role of the arts and culture in human development.



# Resumen

Esta tesis propone una perspectiva crítica de los Sistemas de Información Cultural (SIC) en Latinoamérica, examinando su rol como tecnologías de gobierno y aparatos que configuran una particular economía política de la cultura en la región. Los SIC son infraestructuras complejas que actúan en múltiples niveles, formando subjetividades e impactando las aspiraciones colectivas. Establecen esquemas epistemológicos y de valoración al mismo tiempo que configuran procesos productivos y extractivos, la “naturaleza” de los recursos culturales y la inscripción de paisajes culturales. Mediante el estudio de la construcción reciente y actualmente en proceso de un SIC en el Perú, esta tesis enfatiza la importancia de un enfoque crítico en la conceptualización de los SIC, como una forma de generar sistemas de conocimiento e información más flexibles, participativos y emancipadores en el campo de la política cultural. Al centro de este estudio se encuentra el argumento de que una crítica de los SIC es crucial para fomentar perspectivas alternativas y ampliadas sobre el rol de las artes y la cultura en el desarrollo humano.

Today we require Information Systems that begin by acknowledging that public policies should respond to an increasingly precise and detailed knowledge of reality, and that this knowledge must be made available to society for its review and analysis.

*Organization of American States (2011)*

Neoliberalism is more than an economic theory. It also constitutes the conditions for a radically refigured cultural politics.

*Henry Giroux*

A critique is not a matter of saying that things are not right as they are. It is a matter of pointing out on what kinds of assumptions, what kinds of familiar, unchallenged, unconsidered modes of thought the practices we accept rest... We must free ourselves from the sacralization of the social as the only reality and stop regarding as superfluous something so essential in human life and human relations as thought.

*Michel Foucault*

Actualmente requerimos Sistemas de Información que empiecen por reconocer que las políticas públicas deben responder a un conocimiento cada vez más preciso y detallado de la realidad, y que este conocimiento debe ponerse a disposición de la sociedad para su revisión y análisis.

*Organización de Estados Americanos (2011)*

El neoliberalismo es más que una teoría económica. También constituye las condiciones para una política cultural radicalmente refigurada.

*Henry Giroux*

Una crítica no consiste en decir que las cosas no están bien como están. Se trata de señalar sobre qué tipos de supuestos, qué tipo de modos de pensamiento familiares, indiscutibles, no considerados, residen las prácticas que aceptamos.. Debemos liberarnos de la sacralización de lo social como la única realidad y dejar de considerar como superfluo algo que es tan esencial en la vida humana y en las relaciones humanas como lo es el pensamiento.

*Michel Foucault*



# Introducción

La noción de política cultural ha cambiado en años recientes. El término “cultura” se ha ampliado, de una preocupación exclusiva por las artes y el patrimonio a una interpretación más amplia de la cultura como forma de vida (Throsby, 2010). Esta ampliación tiene que ver con una transformación profunda del entorno económico en el que se producen, distribuyen y consumen los bienes culturales, dentro del marco de la globalización (10), pero también con el concepto instrumental emergente de la cultura como una plataforma para la transformación social, propuesta por organizaciones culturales de base y redes alrededor del mundo, conectadas a través de tecnologías de comunicación e información establecidas y emergentes (Mercer en Cvjeti anin, 2011).

Si bien este concepto ampliado de cultura puede percibirse en muchos casos, hay una tendencia a enfocarse principalmente en la importancia de la política cultural en términos económicos e impulsados por el mercado (Di Maggio, 1983). El hecho de que las industrias culturales en países “desarrollados” hayan crecido con más rapidez que otros sectores en la última década ha contribuido a fortalecer la retórica de la industria cultural y la legitimidad económica de la política cultural (Throsby, 2010: 6). Esto ha generado un mayor interés de parte de organizaciones internacionales como la UNESCO en promover la expansión y fortalecimiento de las industrias culturales en el Sur y la creación de “mercados culturales” regionales. Si bien este interés ha sido visto con entusiasmo por algunos sectores históricamente relegados, hay una resistencia discursiva y práctica cada vez más organizada, contra una lógica que algunas organizaciones culturales de base perciben como producto de ideologías neoliberales e incluso como una nueva forma de imperialismo cultural.

Los que se oponen a un entendimiento puramente económico de la importancia de la política cultural en el mundo actual, proponen una serie de concepciones alternativas sobre el rol de la política cultural en el desarrollo social. Algunos describen a la cultura como un recurso para el desarrollo (Yúdice, 2003). De acuerdo con este punto de vista, la acción cultural puede iniciar y mantener procesos importantes para el desarrollo humano en comunidades alrededor del mundo, relacionados con la sostenibilidad, derechos para las minorías, cohesión social, consolidación de la paz, y salud pública, entre otros temas. Autores como Lewis y Miller (2002) identifican a la política cultural como “un lugar para la producción de ciudadanos culturales, donde las industrias culturales brindan no sólo un ámbito de representaciones sobre uno mismo y otros, sino una serie de lógicas para tipos de conducta específicos” (en Isar, 2009). Desde esta perspectiva la política cultural está directamente relacionada a la forma en que concebimos lo que está permitido y lo que es posible. Tiene que ver con la manera en que construimos una visión del mundo y nuestra capacidad de aspiración (Appadurai en Rao y Walton, 2004). Esta tesis se enfocará en esta última concepción sobre los efectos de la política cultural y las tecnologías de gobierno que sostienen estos procesos de subjetivación.

La retórica actual de la política cultural incluye la invocación y el uso de tecnologías de medición y cuantificación de recursos culturales (sitios culturales, objetos, expresiones, etc.) como una forma de legitimizar las decisiones y acciones del gobierno en este campo. Los conjuntos de indicadores culturales e ideas sobre la importancia de estadísticas culturales se han vuelto muy populares, revelando una política de la enumeración que, como argumentaré, es concomitante con el impulso hacia la economización del sector cultural. Esto ha llevado a los gobiernos a promover lo que podríamos llamar la “tecnificación” de la política cultural, proceso mediante el cual las tecnologías de información y comunicación y las ciencias de la información, son introducidas a los procesos de gobierno como una forma de legitimar ciertos regímenes de conocimiento y objetivos políticos. Esto introduce estándares, sistemas de clasificación y evaluación comparativa [benchmarking systems], tecnologías de mapeo, y el uso de sistemas de información y tecnologías de la comunicación para la vigilancia y el control, dentro del universo de las políticas culturales y de la gestión cultural. Estos sistemas de información no son inocentes, y como tales están embebidos con ideas y políticas (Bruno, 2009).

Esta tesis aborda específicamente a los Sistemas de Información Cultural (SIC) desarrollados y apoyados por los Estados, entendiéndolos como órdenes socio-técnicos impulsados por gobiernos y concibiéndolos como tecnologías de poder, tal como las describe Foucault (en Stahl, 2008). Las tecnologías de poder forman sujetos como medio para dominar individuos y llevarlos a que se definan en formas específicas (Miller, 1993). En este caso los SIC funcionan también como una tecnología de gobierno, “una forma de manipular al público haciendo que se maneje a si mismo” (20). Como sugiere Miller (1993), esto se logra mediante la inscripción material del discurso en las políticas y programas del Estado cultural-capitalista (xiii):

La operación del conocimiento entonces se convierte en un dibujo del poder, el poder ejercido por instituciones *formadas por* y estas mismas a su vez *formando* conocimientos sobre *subjetividades disponibles* (Miller, 1993:xxii, mi énfasis).

Este estudio explora cómo los SIC tienen un rol activo en lo que Miller (1993) identifica como la creación de sujetos culturales “incompletos”. La idea de sujetos culturales incompletos apunta hacia una fuerza hegemónica que dicta lo que requiere un ciudadano para ser un ciudadano entero, y es particularmente importante en relación a los debates contemporáneos sobre ciudadanía cultural. Esta tesis usa esta idea de lo incompleto y propone la idea de “espacios culturales incompletos”, una noción que emerge mediante el “mapeo cultural” y el reconocimiento de la ausencia de instituciones culturales hegemónicas (Ej. bibliotecas, centros culturales, museos y teatros) en áreas específicas de un territorio, en tanto otros espacios culturales (Ej. Espacios indígenas, independientes o contra-culturales) se hacen invisibles. El asunto es que un espacio cultural incompleto se convierte en una oportunidad para legitimar la intervención del Estado y la inscripción política de un paisaje cultural. Como veremos más adelante, lo que está en juego en el diseño y uso de los SIC es una forma de legibilidad (Scott, 1998).

Es crucial desarrollar una aproximación crítica a los SIC por que estos sistemas tienen un impacto directo en nuestra comprensión de la política cultural y en la posibilidad de intervenir en la misma, algo que Yúdice y Miller consideran parte importante de la participación en cultura (en Lewis y Miller, 2002). Entender el trabajo de los SIC también es importante puesto que estas disposiciones establecen regímenes epistemológicos

poderosos y consolidan discursos de gobierno (conjuntos de declaraciones que determinan acciones y pensamientos) sobre política cultural. El estudio de los SIC implica no sólo abordar prácticas discursivas que se inscriben en políticas particulares, sino también los aparatos socio-tecnológicos y las prácticas de información que sostienen infraestructuras e ideologías para la acción cultural.

Esta tesis constituye un primer paso hacia un abordaje crítico de los SIC y el rol que desempeñan en la política cultural. El estudio se enfoca en el caso de Perú, país que recientemente inició el trabajo hacia la implementación de un SIC nacional, inspirado y basado en la experiencia de otros países latinoamericanos como México. La experiencia peruana – actualmente en desarrollo – es particularmente reveladora en su etapa inicial, ya que muestra las aspiraciones del Estado que guían la construcción de cimientos conceptuales para los SIC, y las lógicas que sitúan políticamente a este tipo de sistema en un país en desarrollo. Este estudio integra ideas desde el estudio de la gubernamentalidad (Foucault in Kritzman, 1988:155; Agamben, 2009; Appadurai, 2001; Roy, 2009; Bröckling et al, 2010), el campo emergente de la investigación crítica de sistemas de información (CRIS, en inglés) (Stahl, 2008; Mingers & Willcocks, 2004), la cartografía crítica (Crampton & Krygier, 2006), y debates contemporáneos sobre la noción cambiante de las políticas culturales (Yúdice, 2003; Miller, 1993).

El primer paso para establecer un marco crítico para el estudio de los SIC como se desarrollan en el Sur, es esbozar una crítica de las políticas culturales. Uno de los principales argumentos de esta tesis es que hoy en día la política cultural no es solamente un término en disputa, sino también una construcción que responde principalmente a ideologías capitalistas y a aspiraciones globales neoliberales específicas. Actualmente, las políticas culturales están generalmente expresadas en el lenguaje de los mercados globales que entienden las subjetividades culturales desde una perspectiva multicultural. El multiculturalismo, como muchos lo han indicado, impone aquellas formas válidas (y seguras) de “ser cultural” en el mundo de hoy, constituyéndose como lo que Žižek llama “la lógica cultural del capitalismo multinacional” (1997). Esta tesis aborda los efectos de la naturaleza en disputa del término “política cultural” en la actualidad, proponiendo una crítica de la política cultural articulada en múltiples niveles.

El nivel más obvio es el relacionado con la noción y definición particularmente inestable y multivocal del término “cultura” y cómo esta indeterminación se manifiesta en la práctica y experiencia de la política pública. Otro nivel tiene que ver con las prácticas discursivas de “invocar a la cultura” en la política cultural (Domínguez en Bradford et al, 2000). Al concebir a la cultura como algo invocado en vez de algo que “es” podemos pasar de un debate interminable y estéril en cuanto a lo que la cultura realmente es, a lo que son sus usos políticos en la actualidad (23). Desde esta perspectiva radical, la “Cultura” puede ser entendida como un objeto discursivo situado históricamente, en un origen europeo específico y una historia etnocéntrica (27). La relación entre cultura y política cultural, cargada de una sensibilidad occidental (Isar 2009), se sostiene como una ironía en el Sur, donde las organizaciones culturales de base manifiestan frecuentemente que las políticas culturales son necesarias para el desarrollo autónomo e independiente de sus sociedades, generalmente desde una perspectiva nacionalista y algunas veces poscolonial. También es importante considerar que invocar la necesidad de políticas culturales es también una invocación del Estado como forma política (occidental) válida. Esto aparece como una contradicción, ya que las organizaciones culturales de base insisten simultáneamente en una concepción post-nacional de las políticas culturales, trascendiendo las fronteras del Estado y las fronteras políticas.

Queda claro que es necesario complicar el concepto actual de la política cultural. Este es un paso crucial hacia un debate contemporáneo sobre los SIC como disposiciones socio-técnicas y tecnologías de poder, como aparatos que constituyen sitios importantes para el debate y la intervención.

Los SIC juntan a la política de las políticas culturales, con el mapeo y los sistemas de información. Constituyen una oportunidad importante para introducir debates desde las ciencias de la información, la teoría de los sistemas, y la teoría crítica y filosofía al ámbito de la política cultural. Estos tipos de sistemas de información no han sido estudiados desde una perspectiva crítica en el pasado y tienden a ser considerados como un tema sobre el cual todos los actores políticos pueden estar de acuerdo. Esto se debe a que la idea de sistemas de información en el estudio de políticas culturales con frecuencia se considera apolítica. De la misma forma, en el universo de la política cultural, las tecnologías en general suelen ser consideradas apolíticas. Es importante contrarrestar esta perspectiva. Para poder hacerlo debemos aproximarnos a los SIC de acuerdo a su trabajo simultáneo en niveles diferentes: como mecanismos de clasificación y mapeo, como redes de personas e instituciones y como tecnologías de conocimiento y poder.

Todos los SIC se involucran en alguna forma de mapeo cultural, algunas veces llamado cartografía cultural. Como dispositivos cartográficos, estos heredan directamente una historia cultural específica (Haley, 2000). Por ejemplo, los especialistas en Perú se refieren al “Atlas de Infraestructura Cultural”, actualmente en desarrollo en cuatro países de Latinoamérica, como los cimientos del SIC peruano (M. Noriega, comunicación personal, 10 de noviembre, 2011). Las tecnologías de mapeo son centrales para los SIC y constituyen el medio primordial para representar la información en el sistema. Todos los SIC incluyen mapas y la mayoría están siendo modificados debido a la popularización y mayor acceso a tecnologías GIS como Googlemaps. Estos cambios tendrán ramificaciones considerables en la vida diaria de las personas y su relación a los SIC en el futuro. En la actualidad, los mapas culturales que se generan a través de los SIC constituyen un nivel importante de mediación de información cultural y políticas públicas. Las políticas detrás de este proceso no han sido estudiadas aún a profundidad. Esta tesis constituye un primer paso en esa dirección.

A través de entrevistas con funcionarios a cargo del establecimiento del SIC en el Perú, se demostrará como los SIC proveen a los estados el poder para otorgar legitimidad cultural, aunque de manera precaria. Como veremos, el carácter subfinanciado de las iniciativas públicas para generar “información cultural” en países como Perú, convierte a los SIC en una clase de tecnología de vigilancia incompleta, dependiente de las personas y de los grupos que el Estado busca gobernar. En este sentido, estudiar los SIC en países en desarrollo es una oportunidad para estudiar lo que esta tesis define como tecnologías precarias de gobierno, es decir, dispositivos socio-técnicos que en virtud de su financiación limitada, de la falta de acceso a recursos humanos debidamente capacitados, falta de planificación a largo plazo y vulnerabilidad política ante los cambios en el liderazgo del gobierno, existen en la forma de un discurso de lo “incompleto” similar a la ciudadanía incompleta que Miller (1993) describe.

Desde la perspectiva de la cartografía crítica, los mapas están activos y producen la realidad tanto como la representan (Crampton y Kryeger, 2006, Harley, 2012). Los mapas construyen conocimiento activamente, ejercen poder y pueden ser un medio poderoso para promover el cambio social (Kowalski en Calhoun & Sennett, 2007). Al igual que las políticas culturales, el mapeo y la mirada cartográfica “codifican” a los sujetos y producen identidades. Pickles (en Crampton y Kryeger, 2006) considera al mapeo como la producción de



espacio, geografía, lugar y territorio así como de las identidades políticas de las personas que habitan y conforman estos espacios. En este sentido, los SIC pueden ser entendidos como artefactos cognitivos (Norma, 2009). Si bien muchos especialistas y estudiosos consideran al mapeo de productos, espacios y expresiones culturales como un ejercicio fundamental en la promoción de la ciudadanía cultural (Mercer, 2002), es importante sostener que esta práctica no es puramente emancipadora, ya que el acto del mapeo también se convierte en un proceso a través del cual ciertos recursos culturales son insertados y configurados como parte de una Economía Cultural. Propongo que la Economía Cultural es un constructo que debería entenderse principalmente como economía política. En otras palabras, como un proyecto político que se esmera en crear, mediante el ordenamiento de las fuerzas y políticas de producción capitalista, “una realidad social que sugiere ya existe” (Lemke, 2011b). Esto no es necesariamente beneficioso ni lleva hacia el mejoramiento en la calidad de vida de aquellas comunidades involucradas en la creación de esos productos y servicios.

Hoy día, la Economía Cultural en la que están insertados los recursos culturales implica una división particular de trabajo cultural (Lewis y Miller, 2002; Yúdice, 2003) y varias prácticas para la extracción del valor. Cuando son “capturados” por los SIC, los recursos culturales (lugares, instituciones, ideas, artefactos, imágenes y actividades) no solamente entran en el movimiento de los flujos de información global. Lo que es más importante es que quedan configurados como parte de una Economía Cultural a través de medios informacionales. Me refiero a “captura” como aquella metáfora-modelo filosófica descrita por Agre (1994) y propongo que el aspecto informacional y computacional de los SIC tiende a ser subestimado. En efecto, es importante considerar cómo los SIC están compuestos no solamente de recursos humanos sino también de una infraestructura computacional (que depende de máquinas para procesar información y hacer visualizaciones) porque esto conlleva a la constitución de un régimen epistémico particular. Como menciona Agre (1994), debido a que una máquina solamente puede procesar lo que puede capturar, el mundo debe instrumentarse de la forma debida. Esto se refiere a las funciones epistémicas y ópticas que tienen las computadoras (Brey, 2005). En otras palabras, las computadoras trabajan no solamente como dispositivos cognitivos, sino también como dispositivos mediante los cuales se puede enfrentar un entorno en particular (32). Esta tesis aborda la política detrás de esta interacción de recursos culturales y economías con medios informacionales, y cómo esta se manifiesta a través de las acciones del Estado y la Sociedad Civil.

La instrumentalización de un mundo implica una ontología. En otras palabras, implica un ordenamiento del mundo, un orden al cual estarán sujetos todos los elementos capturados. Si bien es tentador concebir esto como una mecánica inevitable, este estudio argumentará que estar concientes de las políticas de captura en los sistemas de información nos puede permitir diseñar SIC alternativos y promover “culturas de mapeo” alternativas (Perkins, 2004), desde una perspectiva ideológica diferente, con otras economías en mente y por tanto ofreciendo ontologías alternativas embebidas en infraestructuras computacionales. Empleando el ejemplo de Culturaperu.org, un SIC desarrollado y mantenido desde una asociación civil en Perú, este estudio sugerirá cómo se puede construir una ontología alternativa para capturar e instrumentalizar la cultura, describiendo al mismo tiempo varias implicancias políticas que podrían ser inevitables en la lógica de los SIC y podrían entenderse como los límites de las cartografías participativas (Elwood, 2006).

A nivel del discurso y la retórica de las políticas públicas, los SIC son considerados como infraestructuras importantes que brindan información en los procesos de toma de decisiones para el diseño de políticas culturales. Por ejemplo, el Sistema de Información Cultural de México (<http://sic.conaculta.gob.mx>) es descrito como “un portal electrónico y una base de

datos de Internet desarrollados por el Consejo Nacional de Cultura y Artes de México, que ofrece información variada y actualizada para elaborar diagnósticos, orientar los procesos de toma de decisiones y la evaluación de las políticas culturales” (SIC-México, 2011). “Políticas basadas en evidencia” e “información para la toma de decisiones”, son algunos de los términos más populares que vinculan información y la elaboración de políticas públicas hoy en día. Los SIC son parte del discurso de acciones basadas en evidencia, y un estudio crítico de los mismos deberá cuestionar qué significa “basado en evidencias” en el contexto de los recursos culturales y las iniciativas públicas.

Para desarrollar una crítica de los SIC también es necesario tratar el concepto de información cultural per se, cuestionando la aparente estabilidad de esta noción y otros conceptos relacionados como datos, conocimiento y sabiduría. La palabra “información” en el término “información cultural” invoca un concepto técnico aparentemente puro, relacionado a las mecánicas supuestamente concretas de la gestión de la información y el conocimiento. Sin embargo, nuestra comprensión actual de la información es relacional: la información generalmente es entendida en relación a la idea de datos y de conocimiento. Se suele decir que los datos son simples hechos o símbolos que no contienen significado; los patrones de datos generan información, y la interpretación de la información genera conocimiento. Esta concepción relacional subyacente asume secuencialidad y jerarquía; un modelo de proceso donde algo simple es convertido en algo más complejo y valioso (Tuomi, 1999). Sin embargo, esto no es verdad. La información no puede ser simplemente la inyección de significado en los datos, porque los datos ya tienen significado; de otra manera no sería posible percibirlos (Introna, 1997 en Stahl, 2008). De acuerdo con Galloway & Thacker (2007), si bien los datos no tienen una técnica para crear significado (sólo técnicas para la interconexión [interfacing] y el análisis [parsing]) el significado sólo existe como el umbral de mezclas entre dos o más tecnologías: El significado es conversión de datos.

La esencia de la pirámide de Datos-Información-Conocimiento-Sabiduría (DIKW por sus siglas en inglés) es esta secuencialidad y jerarquía de abstracciones, un modelo que es parte del canon de las Ciencias de la Información y sobre el cual existe abundante literatura (Hey, 2004; Bernstein, 2009; Jennex, 2009; Fricke, 2009; Rowley, 2006; Tuomi, 1999). Podríamos decir que la “pirámide del conocimiento” es uno de los modelos más fundamentales, ampliamente reconocidos y dados por sentado en la literatura sobre información y conocimiento (Fricke, 2009). El acercamiento tradicional a la pirámide DIKW considera a los datos como “hechos básicos, discretos, objetivos, tales como quién, qué y cuándo, sobre algo” (Jennex, 2009: 2). Seguidamente se considera a la información como “datos que se relacionan entre ellos a través de un contexto que proporciona una historia útil” (3). Desde esta perspectiva, el conocimiento es “información que ha sido entendida culturalmente de tal manera que explica el cómo y el porqué acerca de algo o proporciona discernimiento y entendimiento sobre algo” (2). Según Jennex (2009, 2) la sabiduría coloca a la información en un marco que permite aplicar el conocimiento en situaciones diferentes y no necesariamente intuitivas, en tanto que Bernstein (2009) argumenta que “sabiduría” significa la habilidad de ver las consecuencias a largo plazo de cualquier acto y evaluarlas en relación al ideal del control total (3). Por tanto, no debería sorprendernos que la condición política de los datos y la información generalmente no sea estudiada.

La jerarquía DIKW, con su amplia base formada por datos, es percibida como segura y estable (Rowley, 2006) y también está presente en el diseño de los SIC. La política cultural concibe a la “información cultural” como algo concreto que es producto del sentido común. Es crucial desestabilizar a la información cultural como constructo y complicar la jerarquía DIKW como se aprecia en el ámbito de los SIC. Investigaciones futuras deberán concen-

trarse en una crítica profunda de los datos culturales [cultural data] y las bases de datos culturales: ambos productos de los SIC que también están concebidos como apolíticos por aquellos que invocan su poder. Si bien varios autores ya han reconocido la importancia de las bases de datos en los sectores culturales (Shackley, 1997), no existen muchas investigaciones críticas sobre las políticas detrás de las bases de datos en el estudio de los SIC y de las políticas culturales. Si bien esta tesis no analiza las políticas detrás de las bases de datos culturales, brinda un marco conceptual preliminar para abordar a los SIC como sistemas clasificatorios y de generación de bases de datos [data basing systems].

Las afirmaciones sobre la objetividad de los datos y de la información se remontan a supuestos empíricos y regímenes epistemológicos particulares en los que se asume que el mundo existe independientemente de aquellos que lo observan, donde el conocimiento verdadero es independiente del conocedor, potencialmente disponible para todos los observadores cuidadosos (Tuomi, 1999). Uno de los argumentos centrales del presente estudio es que la información cultural no es diferente a otras clases de información de por sí, sino que la parte cultural de la “información cultural” sirve como un tipo de “etiqueta” que pone en operación el trabajo de esta información en la construcción de un régimen epistemológico específico. Los SIC constituyen la infraestructura informacional para este régimen, donde la cultura parece ser claramente localizable y medible dentro de un terreno específico, convertida por tanto en “territorio calculable” (Hannah, 2009), medible y cuantificable, incorporado en una Economía Cultural aparentemente concreta y por ende sujeta a su aprovechamiento y explotación.

La presente tesis ofrece dos secciones principales y una conclusión. La primera sección “Los Aparatos de la Cultura” conceptualiza los Sistemas de Información Cultural (SIC) como aparatos de una gubernamentalidad neoliberal, tal como se aprecia en el sector cultural. Esta sección introduce los regímenes de gestión e imaginarios que condicionan el diseño contemporáneo de los SIC, su proliferación en Latinoamérica y los temas que surgen en la construcción de un SIC en el Perú. La sección también aborda a los SIC como tecnologías de mapeo, y las limitaciones y restricciones en la gestión que pueden emerger cuando se construye un SIC en un país en desarrollo. La segunda sección “Construyendo Alternativas; Combatiendo Aparatos”, presenta las ideas de contra-gubernamentalidad y contra-aparato; y usa el caso de Culturaperu.org – un SIC desarrollado desde la perspectiva de la sociedad civil – para abordar alternativas en el diseño de este tipo de infraestructuras. Finalmente, la Conclusión reúne las principales ideas desarrolladas a lo largo de esta tesis y describe la necesidad de profundizar nuestra comprensión de cómo las ideas sobre cultura, política cultural y economía cultural pueden resultar incorporadas en dispositivos socio-técnicos.



# Los Aparatos de la Cultura

Esta tesis está inspirada en el trabajo de Michael Foucault, particularmente en sus ideas sobre gubernamentalidad y el concepto de dispositivo [dispositif] o aparato (en Kritzman, 1988). Por gubernamentalidad, Foucault se refiere a tres cosas:

1. El conjunto formado por las instituciones, procedimientos, análisis y reflexiones, los cálculos y tácticas que permiten el ejercicio de esta forma de poder muy específica, aunque compleja, que tiene como su población objetivo, como su principal forma de conocimiento a la economía política y a los aparatos de seguridad como sus medios técnicos esenciales.
2. La tendencia que durante un largo periodo de tiempo y a través de Occidente ha llevado continuamente hacia la preeminencia sobre todas las formas (soberanía, disciplina, etc.) de este tipo de poder – que podría ser llamado “gobierno” – dando como resultado, por un lado, la formación de toda una serie de aparatos gubernamentales específicos y por otro, el desarrollo de un conjunto complejo de conocimientos [savoirs].
3. El proceso, o más bien, el resultado del proceso a través del cual el estado de justicia en la Edad Media transformado en el estado administrativo durante los siglos quince y dieciséis, gradualmente se vuelve “gubernamentalizado”.

Propongo considerar a los Sistemas de Información Cultural en su forma actual y las políticas culturales que están destinados a informar, como parte de la expresión de una gubernamentalidad neoliberal que configura activamente al sector cultural. Los SIC forman parte del “arte de gobierno” y la administración de la cultura hoy en día. El arte de gobierno se refiere al tema de quien puede gobernar, que cosa se gobierna, cómo se gobierna mejor y que cosa es gobernar (Gordon, 1001:3, en Crampton 2011). Explorar la gubernamentalidad, tal como se manifiesta en el sector cultural – lo que podríamos llamar el gobierno de la cultura – significa explorar la cuestión política de gobernar (64) e involucra estudiar no sólo el gobierno del comportamiento de otros, sino también “los objetivos y aspiraciones, las mentalidades o racionalidades entrelazadas en el intento de dirigir formas de conducta” (Huxley, en Crampton y Elden, 2007). Mi principal argumento es que las aspiraciones, proposiciones y racionalidades que sostienen el uso de los SIC hoy en día surgen de sensibilidades neoliberales. Desde esta perspectiva, se concibe al neoliberalismo no solamente como retórica ideológica, como una realidad política-económica o como un anti-human-

ismo práctico, sino sobre todo como un proyecto político que trata de crear una realidad social que sugiere ya existe (Lemke, 2001b). Este tipo de análisis revela una configuración política compleja que impulsa un proceso de subjetivación (la creación de sujetos particulares) en múltiples niveles, desubjetivación (Agamben, 2009) y la construcción de racionalidades dentro de una economía política específica, en este caso configurada como una “Economía Cultural”.

Hoy, el gobierno de la cultura implica la recolección y procesamiento de información para construir activamente una economía política específica, una que se ha naturalizado en los debates contemporáneos sobre política cultural, especialmente en Latinoamérica y en los países en desarrollo en general. El gobierno de la cultura utiliza sistemas de información en la gestión de recursos culturales, espacios y sujetos, y en su intervención, inscripción y explotación. Como veremos, el procesamiento y gestión de la información en el gobierno de la cultura sirve como estrategia de control.

Para una persona que viene del campo de la administración del arte o gestión cultural – un campo disciplinario emergente (Escobar, 1988) que requiere de mayor estudio – o de cualquier otra disciplina de gestión relacionada con las artes y las políticas culturales, este enfoque puede resultar bastante inquietante. Con frecuencia, los SIC son considerados como sistemas de información concretos y neutros, que sirven como herramientas “para hacer un mejor trabajo”. Creo que es crucial problematizar y complicar este concepto, como una forma de promover comprensiones más emancipadoras y críticas (Stahl, 2010) acerca del rol de la tecnología en la generación de conocimiento para el diseño de políticas culturales, y en la construcción de racionalidades y conocimientos específicos [savoirs] para el gobierno de la cultura.

Los SIC, entendidos como herramientas, forman parte de una ideología administrativa que activamente construye un “régimen de verdad” específico. Un régimen de verdad tiene que ver con la forma en que se produce verdad (Foucault en Kritzman, 1988), y “cómo los hombres se gobiernan y gobiernan a otros” a través de esa verdad. En este caso, el régimen de verdad actúa a través de una concepción específica del rol que la cultura debería desempeñar en el desarrollo de las comunidades a lo largo del mundo; una posición y propuesta sobre qué significa un “mejor uso” de los recursos culturales y que implica “hacer un mejor trabajo”. Estar al tanto de este ímpetu es el primer paso para resistir ciertos aspectos de lo que podemos denominar como la economización de la cultura. Esto debería de impulsarnos a desarrollar economías alternativas de cultura, algo que implicará construir contra-aparatos para ampliar las posibilidades y las gramáticas para la acción que están a disposición.

Como aparatos contemporáneos de la cultura, los SIC impactan la manera en que reconocemos las cosas y nos reconocemos entre nosotros, y tienen que ver con la forma en que concebimos las normas de futuridad [futurity] (lo que es realmente posible en el futuro) (Appadurai, 2004). Lo que está en juego es nuestra capacidad de aspiración, entendida como una capacidad cultural (87), y la necesidad de resistir procesos de subjetivación y desubjetivación que nos tornan indefensos, o nos vuelven parte del imperativo de explotación económica cultural. El punto principal es que las visiones alternativas a nivel mundial sobre el rol de la cultura y sobre los términos del desarrollo cultural no salen a la luz tan fácilmente, ya que los aparatos contemporáneos de la cultura dominan el espacio del conocimiento “legítimo”. Esto tiene que ver con lo que Escobar (1988) identificó hace más de dos décadas: la construcción del Tercer Mundo como un territorio y espacio a ser gestionado, desde la perspectiva de lo que identificó como la Economía Occidental, concebida como un conjunto de sistemas de producción, poder y significación (438):

Las consecuencias de esto son enormes en la medida en que se modifica la propia base de aspiraciones y deseos de la comunidad. Así, el efecto de la introducción del desarrollo tiene que verse no sólo en términos de su impacto social y económico, sino también, y tal vez de forma más importante, en relación a los significados y prácticas culturales que afecta o modifica.

Para Escobar (1988) ciertos tipos de dominación social deberían ser analizados como “el producto de la interconexión entre la introducción de discursos dominantes acerca de la economía, su inscripción en instituciones y prácticas (Ej. a través del desarrollo) y su efecto sobre las situaciones históricas locales, incluyendo la resistencia a estos procesos”. Si bien esta tesis no trata estos tres niveles de análisis a profundidad, propone ideas que buscan abordar el segundo asunto: La forma en que un discurso dominante es inscrito en instituciones y prácticas a través del uso y despliegue de dispositivos socio-técnicos.

A medida que exploramos la historia del desarrollo y despliegue de los SIC en Latinoamérica, y en particular en un país como Perú donde actualmente se está construyendo un SIC, empezaremos a darnos cuenta rápidamente de que la llamada Economía Cultural – una economía política – necesita a los SIC para gobernar y administrar espacios, manifestaciones, objetos y expresiones de cultura, no solamente para ejercer control, sino también para insertarlos en una economía global más grande y en la división internacional de la mano de obra (Lewis y Miller, 2002). El constructo mayor de la “Economía Cultural Global” es también pertinente en el proceso actual de expansión de los SIC a otros países en la región Latinoamericana, promovida por organizaciones como la Fundación Interamericana para la Cultura y el Desarrollo, que va a invertir en el desarrollo de SIC a lo largo de la región. Debido a que la implementación de los SIC es promovida también en otras regiones del mundo, se torna esencial abordar las racionalidades de lo que ciertamente se convertirá en una infraestructura verdaderamente global; un ensamblaje global (Sassen, 2006) con un estrato tecnológico concomitante. En tanto este ensamblaje se construye activamente a través de agendas y programas explícitos, los estudios críticos deberán abordar la naturaleza de la economía política en la que el despliegue de los SIC está inserto.

Como ya se ha mencionado, los SIC no existen independientemente de una ideología económica. Es de particular importancia para esta perspectiva la manera en que Foucault enmarca la gubernamentalidad, entendiéndola como una relación entre gobierno, población y economía política:

En cualquier caso, quería demostrar el vínculo histórico profundo entre el movimiento que anula las constantes de la soberanía como consecuencia del problema de opciones de gobierno, el movimiento que produce la emergencia de la población como dato, como un campo de intervención, y como un objetivo de las técnicas gubernamentales; *el proceso que aísla a la economía como un sector específico de la realidad*; y la economía política como la ciencia y técnica del gobierno en ese campo de la realidad. Tres movimientos – gobierno, población, economía política – constituyen una serie sólida desde el siglo dieciocho en adelante, una que ciertamente aún hoy en día no ha sido disuelta (Foucault en Kritzman 1988, mi énfasis).

La relación entre los SIC y el concepto de economía política es directa. Los SIC actúan hacia el proceso que “aisla la economía como un sector específico de la realidad”; en este caso aísla y reifica una Economía Cultural. En este movimiento la cultura es despolitizada, explicada en términos de las leyes del mercado y la ciencia de la economía; sometida a lo que parecen ser las mecánicas “naturales” de la cuantificación y enumeración. La Economía Cultural aparece como algo a ser mapeado concretamente y a entenderse de forma indiscutible, y como tal determina un ordenamiento de relaciones sociales y culturales para la producción. En esta economización de la cultura, la inclusión social es naturalizada como la posibilidad de que los individuos “participen” en una economía a través de medios muy específicos: explotación o consumo, pero no a través de la definición de los términos de esta economía y sus objetivos.

Propongo que consideremos a un Sistema de Información Cultural no solamente como un dispositivo o herramienta técnica, sino como un aparato completo como lo describe Foucault (1977), expresado como un conjunto que reúne discursos, instituciones, formas arquitectónicas, decisiones reguladoras, leyes, medidas administrativas, afirmaciones científicas, propuestas filosóficas, morales y filantrópicas. Para Foucault, el aparato en sí es la red que puede establecerse entre estos elementos incluyendo tanto “lo dicho y lo no dicho” (en Kritzman 1988). El término aparato ayuda a ampliar nuestra comprensión de los SIC, viéndolos como construcciones complejas que articulan ideas sobre categorías culturales, arquitecturas de información, políticas culturales, la política de indicadores y estadísticas culturales, y las propuestas sobre el rol de la cultura como una herramienta para la inclusión y el desarrollo económico. No podemos limitar el análisis de los SIC a la evaluación de una página Web (la interfaz digital) que se aprecia en línea: Necesitamos entenderlos como una red de elementos heterogéneos, incluyendo ideas, instituciones y racionalidades.

En la misma entrevista mencionada anteriormente, Foucault explica que:

Con el término “aparato” me refiero a una clase de formación, por así decirlo, *que un determinado momento histórico tiene como su principal función la respuesta a una urgencia*. Ahí el aparato tiene una función estratégica dominante... Dije que la naturaleza del aparato es esencialmente estratégica, lo que significa que estamos hablando de una cierta manipulación de relaciones de fuerza, de una intervención racional y concreta en las relaciones de las fuerzas, ya sea para desarrollarlas en una dirección en particular o para bloquearlas, para estabilizarlas y para utilizarlas. El aparato por tanto está siempre inscrito en un juego de poder, pero también está siempre vinculado a ciertos límites de conocimiento que surgen de él, y en igual medida, lo condicionan. El aparato es precisamente esto: Un conjunto de estrategias de las relaciones de fuerzas que apoyan, y son apoyadas por ciertos tipos de conocimiento (Foucault en Kritzman, 1988).

Un análisis formal de un SIC como página Web nos dejaría solamente raspando la superficie de lo que un sistema como este realmente implica. Algo que puede escapar a nuestro análisis es que los SIC proponen procesos de subjetivación, dentro de un momento histórico específico. La historia es clave ya que revela otro aspecto del aparato: su aparición como una “respuesta a una urgencia”. Sostengo que en el caso del sector cultural, la “urgencia” a la que los SIC responden tiene que ver con el proceso contemporáneo hacia la consolidación de una Economía Cultural en los distintos países de la región Latinoamericana, y la construcción de un mercado cultural (común) a lo largo de la región, vinculado a una economía



cultural global. La “función estratégica” de los SIC dentro de esta economía política es brindar recursos culturales, manejables, controlables y explotables. Si bien esta perspectiva puede parecer distópica y extremista para muchos lectores, las tendencias actuales en la formulación de las políticas culturales muestran claramente una predilección por la retórica sobre el progreso cultural basada en la industrialización, la competitividad global y la extracción de valor (Rey, 2008).

El ensayo de Giorgio Agamben “¿Qué es un Aparato?” (2009) nos puede ayudar a lograr mayor profundidad en la comprensión de estas ideas. Para Agamben, el término en Latin *dispositivo*, del que se deriva el término francés *dispositif*, o aparato, asume la esfera semántica compleja de la *oikonomia* teológica. Los “dispositifs” sobre los que habla Foucault están vinculados de alguna manera a este legado teológico (11). El término *oikonomia* señala una fractura “que divide y que al mismo tiempo articula en Dios el ser y la praxis, (...) la naturaleza por la cual Él administra y gobierna el mundo creado” (11). Reconocer esta fractura es crucial, ya que el término aparato “designa aquel en el cual y mediante el cual, uno realiza una actividad pura de gobierno desprovista de cualquier fundación en ser” (11). Para Agamben, esta es la razón por la cual los aparatos siempre deben implicar un proceso de subjetivación, es decir, deben *producir* su sujeto (11). Agamben propone llamar aparatos a cualquier cosa que tenga de alguna forma “la capacidad de capturar, orientar, determinar, interceptar, modelar, controlar o asegurar gestos, comportamientos, opiniones o discursos del ser viviente” (14). Desde este punto de vista, los cigarrillos, el lenguaje y los SIC podrían definirse como aparatos.

Agamben, explica que el término *aparatos* se remite al concepto teológico de *oikonomia*: Un conjunto de prácticas, cuerpos de conocimiento, medidas e instituciones que tienen por objeto gestionar, gobernar, controlar y orientar – *en una forma que pretende ser de utilidad* – los comportamientos, gestos y pensamientos de los seres humanos (13, mi énfasis). La afirmación de que algo “es útil” es clave, ya que abre un debate acerca de la naturaleza de un tipo de intencionalidad, y su relación con asuntos de control. Afirmaría que el sentido común en los círculos de política cultural sobre la necesidad de “tomar decisiones basadas en la evidencia” (evidencia que los SIC pueden proporcionar en la forma de información) tiene que ver con una necesidad y el propósito de control. Como nos lo recuerda Beniger (1989: 434) “toda actividad económica es deliberada por definición, después de todo, y requiere control para mantener sus distintos procesos con el fin de lograr sus metas”. En este sentido, la noción de aparato nos permite explicar una clase de intencionalidad en una forma mucho más matizada, prestando atención a una red de elementos, y como definen – en diferentes casos, espacios y cronologías – una intencionalidad que requiere información para lograr control.

Agamben (2009) propone situar a los aparatos en un nuevo contexto. Sugiere que consideremos dos grandes grupos o clases: seres vivientes por un lado y por el otro los aparatos a los cuales están sometidos (13). Esto quiere decir, en terminología teológica, la ontología de criaturas y la *oikonomia* de aparatos que buscan gobernarlas y guiarlas hacia el bien (13). Sin embargo, la consideración más importante que hace Agamben es que, aparte de criaturas vivientes y aparatos, existe una tercera clase: los sujetos. Decide llamar sujetos “a lo que resulta de la relación, y por así decirlo, de la lucha implacable entre seres vivientes y aparatos” (14). Este estudio intenta enmarcar esta “lucha implacable” desde la perspectiva del diseño y despliegue de los SIC. Como activista e investigador, también intento delinear esta “lucha implacable” como un espacio para la acción social, un horizonte para enfrentar y combatir aparatos.

Si la “función estratégica” de los SIC como aparatos es la consolidación de un régimen de conocimiento basado en la economización de la cultura, ¿cuáles son las características de esta economización? Primero, propongo que esta economización implica controlar un espacio “cultural” percibido, mediante la identificación de recursos culturales, definidos *exógenamente*. En otras palabras, la economización de la cultura no solamente implica un tipo de lógica para el control y/o la extracción, sino también para la imposición de categorías externas (museo, teatro, etc.) en la apreciación e interpretación de un espacio cultural. La economización implica la construcción de un espacio cognitivo y esta construcción no es democrática. Así como la elaboración de SIC tiende a apoyarse en expertos, el reconocimiento de los recursos culturales es principalmente externo a aquellas personas que habitan espacios culturales específicos.

Segundo, al considerar a la cultura como una economía, se da lugar a un proceso particular de enfoque y captura (Agre, 1994) de expresiones culturales como productos y servicios, en un intento por relevar, controlar la producción simbólica y construir una economía política de la cultura específica. Este movimiento estimula el surgimiento de racionalidades y burocracias concomitantes inspiradas en filosofías neoliberales basadas en el mercado. La noción de “gestor cultural” en sí, como se aprecia en el contexto de Latinoamérica actualmente, podría considerarse en una posición ambivalente (o tensión) entre las visiones comunitarias y administrativas sobre este rol y campo disciplinario. Futuros estudios y proyectos necesitan enfocarse en este asunto, y como este se relaciona a discursos sobre la “profesionalización cultural”.

Finalmente, la economización de la cultura implica su instrumentalización. En este caso, la instrumentalización está enmarcada bajo una lógica de gestión y una filosofía económica capitalista de escasez y explotación. En las últimas tres décadas de neoliberalización, la visión de que la cultura contribuye al crecimiento económico ha dado como resultado la creciente corporatización gerencial del trabajo cultural y las instituciones culturales (Léger, 2011). Las técnicas de administración se han expandido mientras que nociones como “clase creativa” y “sector creativo” sirven como una coartada para la explotación (7). Sin embargo, en los sectores culturales de países en desarrollo, caracterizados por instituciones públicas y culturales débiles y en surgimiento, estas culturas de la instrumentalización no han sido totalmente adoptadas. Esta situación genera oportunidades para la construcción de economías alternativas, pero también para la intensificación de la presión para adoptar “herramientas” como los SIC en un intento de consolidar un régimen de verdad, con su concomitante Economía Cultural.

Coincido con Gibson y Kong (2005) en que “el discurso de una cosa singular llamada *economía cultural*, concebida como un cuerpo económico singular que tiene su propia vida aparente, debe ser interrogado”. La idea de la Economía Cultural es tal vez el constructo más poderoso en la economización de la cultura, y como dispositivo de la imaginación, requiere una crítica radical. Como lo mencionan Gibson y Kong (2005) nuestro uso de frases abarcativas como esta podría cegarnos al grado que “las formaciones económicas son simplemente imaginadas hacia su solidez, sólo hechas entidades hegemónicas a través de nuestra representación de ellas, en vez de a través de una existencia ‘natural’ a priori”. Los autores subrayan que:

Si bien puede continuar siendo un proyecto importante el afirmar y criticar los reclamos por la importancia de todas las formas de emprendimiento creativo, entendido tanto en términos culturales y económicos, es problemático asumir que “la economía cultural” tiene alguna existencia fuera de

los contextos sociales, políticos y culturales dentro de los cuales trabajan los individuos y los grupos de personas (14).

Publicaciones recientes como “La Economía de la Política Cultural” (2011) de David Throsby han iniciado debates renovados sobre Cultura y Economía, manteniéndose alejados de la cosificación de una Economía Cultural y abriendo lo que parecen ser debates más productivos sobre la naturaleza del *valor económico* y el valor cultural creado por el sector cultural (12). Sin embargo, la atención actual parece enfocarse excesivamente en el desarrollo de técnicas de información y métodos para medir este tipo de valores y no tanto en cuestionar la construcción de una economía cultural singular y “natural”, con una filosofía coincidente para la valuación. Si bien entrar en debates sobre cómo medir el valor cultural puede ser muy productivo, es importante reconocer que el “valor cultural” tal como lo reconoce Throsby (2010) es también un concepto que no es natural. El valor cultural descrito por Throsby (20) como un “concepto de múltiples facetas que refleja cualidades como la estética, valores simbólicos, espirituales o históricos vinculados a un ítem en particular” es – por definición – construido mediante procesos subjetivos complejos y en múltiples sitios. Propongo que los SIC también deben concebirse como instancias para la creación simultánea de valor cultural y valor económico. Como dispositivos socio-tecnológicos complejos y únicos que participan en la síntesis/encuentro de ambas lógicas de valuación, los SIC requieren una mayor atención analítica.

En cuanto a cultura y la economía, si bien se ha escrito mucho sobre, por ejemplo, el discurso sobre industrias culturales y sus implicancias (Horkheimer, Adorno, Bourdieu, Bürger, etc.), la configuración de una división internacional de trabajo cultural (Lewis y Miller, 2002), el discurso (más reciente) sobre industrias creativas tal como surgió en los noventa y sus efectos sobre centros urbanos entendidos como “ciudades creativas” (Léger, 2011), estos y otros múltiples aspectos de la economización de la cultura no serán abordados en la presente tesis. Mas bien, mi meta principal es desarrollar un marco de análisis de los SIC como aparatos y describir su rol en la construcción de un régimen de verdad y una economía cultural (singular). Este trabajo busca servir como un primer paso hacia futuros estudios en profundidad, en las otras áreas mencionadas anteriormente.

---

## Nueva Gestión Pública

Para Watts (en Radcliffe, 2006) economizar significa tomar decisiones para asignar recursos escasos entre fines en competencia:

(...) La escasez tuvo una resonancia discursiva mucho más amplia. Se volvió fundamental para la economía, lo cual por supuesto fue significativo no simplemente en el surgimiento del pensamiento neoclásico del mercado libre sino en todo el escenario de la economía política y la propia idea de

una economía nacional (Mitchell, T. 2000). Uno podría decir que la escasez se convirtió en una condición de posibilidad para el gobierno moderno. Esta representa una *formación discursiva precisamente porque opera a través de muchos dominios dentro y más allá del Estado* (...) La escasez atraviesa e informa toda la analítica del gobierno moderno (34, mi énfasis).

El discurso de la escasez está presente en la concepción de los SIC como herramienta de gobierno. Los expertos y funcionarios públicos se refieren con frecuencia a los SIC como herramientas que los ayudan a usar recursos limitados más eficientemente. Esto tiene que ver con programas basados en el desempeño y con el enfoque de política basada en la evidencia en la administración pública que surgieron durante los noventa y que coinciden con la emergencia de los Sistemas de Información Cultural en Latinoamérica. Head, (2007) explica que la idea de “política basada en la evidencia” coincide con el énfasis en eficacia y eficiencia de la *Nueva Gestión Pública* (NGP). La NGP es una filosofía de gestión empleada por los gobiernos desde los ochenta para modernizar el sector público (Dawson y Dargie, 1999; Head, 2007:6). Dawson y Dargie (1999) conciben a la NGP como un conjunto de creencias o ideología a partir de la cual surgen acciones para anticipar consecuencias específicas, una materia para el estudio y comentario de los académicos, y un conjunto de prácticas que pueden observarse en la reforma reciente del sector público (460). Estos autores sugieren que abordemos la NGP como un concepto conformado por múltiples estratos (¿un aparato?) formado por *ideologías* (las prácticas del sector privado y los mercados pueden aumentar la eficacia en el sector público), acciones (introducción de mecanismos de mercado y prácticas comerciales) y consecuencias (desempeño operativo, dirección estratégica, gobernanza y valores) (1999:3):

El movimiento de lo “basado en evidencia” en la política pública moderna (...) está vinculado al énfasis moderno en la solución racional de problemas, enfocado en un diagnóstico preciso y el conocimiento de relaciones causales. También es congruente con preocupaciones estratégicas modernas importantes con análisis de riesgo y respuestas apropiadas de mitigación. En la versión más tecnocrática del enfoque basado en la evidencia la aspiración es producir el conocimiento requerido para afinar los programas y construir pautas y “kits de herramientas” para tratar los problemas conocidos. De ahí viene la frase actualmente famosa que define gran parte del movimiento – “¿qué funciona?” (Roberts 2005 en Head, 2007).

El constructo de la NGP es un elemento importante de la red que constituye a los SIC como aparatos, ya que las orientaciones basadas en evidencia dependen de información y procesamiento de datos. Desde la perspectiva de la NGP, una interrogante importante es que tipo de inversión en datos/información se requeriría para generar el conocimiento necesario, tanto para entender problemas complejos y luego para crear soluciones viables (Head, 2008). Esto explica porqué la década del noventa – el mismo periodo en que surgen los SIC en varios países en Latinoamérica – fue un periodo que vio “un aumento importante en el uso de nuevas tecnologías para recolección y análisis de datos, con el fin de medir la naturaleza y alcance de los problemas, evaluar los impactos actuales de los sistemas de servicio y ofrecer puntos de comparación [benchmarks] para juzgar el desempeño futuro” (4).

A pesar del éxito de la NGP (expresado en su rápida expansión a varios espacios de gobierno), los estudios contemporáneos sobre políticas basada en evidencia han cuestionado si

la persistencia de problemas sociales complejos era realmente atribuible principalmente a la falta de información, es decir, a “brechas” en la base de datos (Schon y Rein 1995, en Head, 2007). En otras palabras, se sugiere que obtener más datos para llenar las brechas conocidas no necesariamente nos coloca en la autopista hacia soluciones de buena política, “porque gran parte del rompecabezas de las políticas tiene que ver con la reconciliación de diferentes perspectivas de valor” (5). En efecto, durante los noventa también vemos un número de publicaciones que argumentan que el diseño, ya sea de sistemas de servicio social o de política social, no es un proceso de solución de problemas regido por el criterio de un análisis técnico-racional (Schön y Rein, 1995). Schön y Rein (1995) conciben que las posiciones de la política reposan en estructuras subyacentes de creencia, percepción y apreciación, a las que llaman “marcos” (23). Estos marcos que dan forma a las posiciones de política y que subyacen la controversia, generalmente son tácitos, lo que significa que están libres de atención y razonamiento consciente (23). Sostengo que los SIC contribuyen a un “enmarcamiento” tácito específico, y que no se ha prestado suficiente atención a la naturaleza de este marco o a las posibilidades de involucrarse en un proceso de replanteamiento del mismo.

Alfonso Castellanos, especialista mexicano en estadística cultural y responsable del desarrollo de SIC mexicano en los noventa, explica que si bien el discurso sobre “toma de decisiones basadas en la información” todavía es una de las principales razones para justificar la implementación de los SIC en países latinoamericanos, él tiene dificultad para encontrar un ejemplo claro en el que podamos apreciar cómo la información generada por un SIC es utilizada por un Ministro o funcionario público para legitimar o apoyar una determinada clase de legislación o programa (A. Castellanos, comunicación personal, 18 de octubre, 2011). Este es un dato notable, ya que sugiere que los SIC funcionan principalmente en el escenario de lo virtual, y que los criterios basados en evidencia todavía no han sido incorporados en el funcionamiento de las instituciones culturales en el día a día. Los estudios también han demostrado cómo la tendencia de la Nueva Gestión Pública, si bien evidente en países tanto en el Norte como en el Sur, es un proceso complejo, altamente disparejo y contradictorio (Desai y Imrie, 1998). La experiencia de Mariela Noriega, Directora de Artes y Acceso a la Cultura en el Ministerio de Cultura del Perú, coincide con este punto de vista, pues muestra cómo a pesar del reconocimiento de la información y los datos como necesarios para una buena gobernanza, los SIC en países como Perú son cuestionados frecuentemente y los esfuerzos para sostenerlos financieramente constituyen un gran desafío (M. Noriega, comunicación personal, 10 de noviembre, 2011). Estas tensiones pueden ser un reflejo del proceso contradictorio que Desai e Imrie (1998) han observado en India y en el Reino Unido, pero también pueden ser el indicador de un momento en particular en la implementación de los SIC en la región, marcada por la introducción de una nueva tecnología en un medio institucional burocrático y proteccionista, definido por estructuras dominantes de clientelismo y populismo, por ejemplo (Postigo, 2011; Szwarcberg, 2012).

Las tendencias regionales y globales indican que los SIC se volverán más populares y se extenderán en las décadas que vienen. Una publicación reciente de la Organización de Estados Americanos (OEA, 2011), reconoce a los SIC como un conjunto de “prácticas exitosas” en la región. Este es un indicador del deseo de las organizaciones internacionales por continuar fomentando y financiando la implementación de los SIC en otros países del Sur. Obviamente, argumentar contra la recolección de información en el sector cultural para la toma de decisiones, es absurdo y fútil. El problema no es la recolección de información en sí, sino entender la lógica detrás de los SIC como tecnologías, a través de una perspectiva que supera su simple condena. Creo que, como lo veremos en la siguiente sección, esto puede llevarnos a crear diseños y lógicas alternativas de SIC para su despliegue, enriqueciendo los sistemas de conocimiento que actualmente ya funcionan en el sector cultural.

Es importante reflexionar sobre cómo la definición de los CIS como aparatos de la cultura parece configurar a funcionarios de gobierno, consultores, especialistas, gestores culturales, estadistas, operadores y diseñadores de estos tipos de sistemas, como carentes de poder para cambiar las cosas, o lo peor de todo, como actores en el lado equivocado de una batalla por la libertad y la emancipación. Esto no es solamente incorrecto, sino también improductivo. Agamben (2009) nos recuerda que “en la raíz de cada aparato reposa un deseo demasiado humano por la felicidad” y que la captura y subjetivación de este deseo en una esfera separada constituye el poder específico del aparato. El punto no es vilificar al gran número de profesionales y expertos que trabajan actualmente en Sistemas de Información Cultural, sino contribuir al desarrollo de sistemas de información cada vez más abiertos y democráticos, que surgen del reconocimiento de sistemas alternativos de conocimiento, un enfoque no economicista en la comprensión de la creación de conocimiento, y de la lucha por ampliar nuestra comprensión de la relación entre cultura y economía.

En este sentido, esta tesis busca contribuir al surgimiento de un nuevo “marco” en los términos de Schön (1995), a partir del cual situar el diseño de nuevas políticas culturales y SIC. Como veremos en la siguiente sección, hay ejemplos en Centroamérica de expertos trabajando en una alternativa a los Sistemas de Información Cultural, comprometidos en la creación de lo que ellos llaman “Ecosistemas de Información Cultural (EIC). Estos EIC implican una forma alternativa de conceptualizar la generación de información y conocimiento, de abrir los sistemas de conocimiento a la participación y el establecimiento de una relación nueva entre las personas, la información y las instituciones. También existen grupos independientes de la sociedad civil que están desarrollando proyectos como Culturaperu.org, en los que se adoptan nuevas categorías y roles, en un intento por promover la creación de contra-aparatos. En otras palabras, el futuro no es sombrío, ni tampoco se trata de una lucha entre el bien y el mal. Asimismo, es fundamental reconocer que los aparatos no son un simple accidente en el que los humanos son atrapados por casualidad, sino que están enraizados en el mismo proceso de “humanización” y que hizo “humanos” de los animales que clasificamos bajo la rúbrica de Homo Sapiens. (Beniger, 1989:17). La lucha por crear SIC desde la perspectiva del Estado y la sociedad civil – controlar y subvertir – es parte de la experiencia misma de evolución técnica y política. La posición de esta tesis es cuestionar la tradición excesivamente economista que impacta negativamente en la posibilidad de imaginar y generar procesos e infraestructuras más sostenibles, ecológicas y abiertas para el desarrollo cultural.

---

## La Proliferación de SIC en Latinoamérica

Una publicación reciente de la Organización de Estados Americanos (OEA, 2011), presenta 28 “prácticas exitosas” que promueven el rol de la cultura en el “crecimiento económico, la inclusión cultural y el desarrollo sostenible” (6). La publicación incluye a los Sistemas de Información Cultural (SIC) como parte de estas prácticas exitosas, definiéndolas como iniciativas regionales que “han surgido en momentos diferentes en diferentes países y que

actualmente funcionan en Argentina, Chile, Colombia, Costa Rica, México y Uruguay, aparte del SIC de Mercosur<sup>1</sup> (SICSUR)” (13). De acuerdo con la OEA (2011) los primeros esfuerzos para crear SIC en la región se remontan a los ochenta, sin embargo la mayoría de sistemas nacionales que funcionan en la actualidad fueron establecidos en la última década. México destaca como un ejemplo pionero, debido a su historia (fue creado a inicios de los 90) y continuidad:

Todos estos sistemas están en línea y gestionan diferentes archivos que incluyen bases de datos y directorios de instituciones, infraestructura, festivales, premios, donaciones, etc.; Estadísticas generadas por los sistemas o por fuentes externas, investigación y estudios conducidos por los sistemas, centros virtuales de documentación que reúnen información pertinente generada por otras fuentes, nuevos boletines y seguimientos, para mencionar sólo algunos de los aspectos más relevantes y comunes de los sistemas mencionados (OEA, 2011).

El caso de SICSUR, cuya construcción se inició en 2008, es importante porque se concentra en ofrecer información sobre lo que la institución imagina como un “mercado común”. Desde la perspectiva de nuestro marco analítico, el SICSUR participa en la recreación de este mercado común a través de medios informacionales. Desde su creación en 2008, el SICSUR ha trabajado como un espacio unificado para la presentación de información sobre la “economía cultural de la región” (24) y de cada uno de los países que participa en esta organización: Argentina, Bolivia, Brasil, Colombia, Chile, Ecuador, Paraguay, Perú, Uruguay y Venezuela. La plataforma en línea de SICSUR (<http://www.sicsur.org/>) está formada por una serie de secciones para estudiar, medir, comparar y procesar información. Contiene estadísticas culturales, mapas, legislación, documentos, información sobre comercio exterior y publicaciones. La primera versión en línea del SICSUR ofrece más de 4,200 entradas en su mapa cultural, más de 50 cuadros y gráficos sobre estadística cultural, 248 piezas de legislación cultural, 9 documentos y 2 publicaciones originales (54) (Ver Figura 1).

La OEA (2011) se refiere a una historia de SIC en la región y menciona una referencia histórica adicional: El SIC de Latinoamérica y el Caribe (o SICLAC), proyecto diseñado al final de los noventa que vislumbraba un sistema de información cultural regional. Como parte de sus objetivos SICLAC también consideró la provisión de servicios de almacenamiento [hosting] y correo electrónico a los países participantes, y consideraba el rol de CD-ROMS en un ecosistema de información donde el hardware y la conectividad eran asuntos críticos (UNESCO, 1997). El SICLAC nunca funcionó como aquel sistema orgánico y regional que se imaginó y sufrió muchos contratiempos. Sin embargo, constituyó el primer paso en la divulgación de ideas sobre la importancia de estos sistemas en la región, mediante talleres de trabajo y foros que se llevaron a cabo en varios países a finales de los noventa.

Figura 1. (ver pág 95)

La OEA (2011) explica que antes de la existencia de los SIC en varios países, la información estaba fragmentada entre las distintas unidades administrativas y operaba con criterios diferentes. La información no se actualizaba en forma regular y tampoco estaba sistematizada:

Por tanto, cada solicitud de información involucraba la búsqueda en fuentes diferentes. Esto se resolvería casuísticamente y mediante procedimientos manuales. Esto mostró que no había un acceso abierto y transparente a la información, ya sea entre las distintas unidades administrativas coordinadas por los Ministerios de Cultura, organismos equivalentes o pertinentes como instituciones culturales en provincias, estados, distritos o ciudades, y que esta información no estaba disponible para los investigadores, artistas, promotores culturales independientes y público en general (OEA, 2011).

Al inicio hubo muchas limitaciones en el esfuerzo por impulsar el desarrollo de SIC. Estas tenían que ver con la falta de experiencia y tradición en la gestión de información sistematizada, el compartirla dentro y entre instituciones, y la creación de bases de datos comunes (12). Otro problema fue la falta de recursos humanos y hardware destinado a abordar estas tareas de forma regular y las dificultades técnicas en el diseño y desarrollo de una base de datos de este tipo que interconectaría a distintas regiones en un país (A. Castellanos, comunicación personal, 18 de octubre, 2011). Las innovaciones técnicas en el campo del diseño de bases de datos, las tecnologías de código abierto, los avances en las tecnologías de georreferenciamiento, la penetración del Internet en distintas regiones geográficas y ámbitos de la actividad humana, así como una cultura digital contemporánea robusta en Latinoamérica, brindan un entorno completamente diferente en la actualidad.

La importancia de los SIC suele considerarse en distintos niveles. En primer lugar, se supone que estas herramientas ayudan a las instituciones culturales a formular, adaptar y evaluar políticas en relación a los objetivos que se persiguen y a los recursos disponibles. De acuerdo con la OEA (53), los Sistemas de Información Cultural “responden a la necesidad de contar con información que sea accesible al público, sistematizada y generada en forma regular para elaborar diagnósticos, orientar la toma de decisiones y evaluar las políticas culturales” (54). En segundo lugar, son dispositivos que permiten mayor conocimiento sobre el “fenómeno cultural” que debería ser “de utilidad para promotores, gestores culturales e investigadores.”. En tercer lugar, también son herramientas para garantizar la rendición de cuentas y transparencia, para comunicar cuánto se gasta, en qué y con qué resultados:

Debido a que las políticas públicas *compiten por estos recursos* [financieros], es necesario mostrar lo que se ha hecho con estos recursos y el impacto que tienen en la sociedad. Esta información es indispensable para que los ciudadanos evalúen a las instituciones y afecten la toma de decisiones sobre el uso de los recursos públicos (OEA, 2011; mi énfasis).

La publicación de la OEA manifiesta que los SIC sirven como herramientas para negociar y administrar más recursos financieros, tanto públicos como privados (53). El rol de los SIC como herramientas para apoyar reclamos sobre el aumento de presupuesto o su preservación, y como dispensadores de “información útil”, los sitúa en un terreno bastante complejo, donde se reúnen varias clases de imperativos. Uno podría decir que ambos imperativos (ser útil para negociar y competir en los presupuestos nacionales y servir como recurso útil a los ciudadanos) pueden ser compatibles, pero este objetivo simultáneo puede ser difícil de alcanzar. La idea de que las agendas de la sociedad civil y del Estado coinciden en la necesidad de un tipo singular de información es problemática, y parece asumir una visión apolítica de la recolección y el procesamiento de información, dos procesos políticos



que responden a impulsos y mandatos específicos. El asunto de los mandatos se hará más claro a medida que exploremos el caso peruano, donde existen ejemplos de SIC auspiciados por el Estado y esfuerzos privados desde la sociedad civil para generar SIC alternativos y útiles, en otros sentidos.

Los impactos de la implementación de SIC en la última década son considerados importantes (OEA, 2011). De acuerdo con la OEA (2011) los SIC han generado un amplio archivo de recursos de gran utilidad en los procesos de toma de decisiones al servicio de distintos actores sociales, así como para orientar una discusión pública informada:

Los SIC constituyen una base necesaria para lograr una mejor comprensión de la situación actual del sector y de sus tendencias, para evaluar los resultados de las políticas que se llevan a cabo; para activar procesos de análisis y reflexión sobre la cultura y sus desafíos; para promover un debate informado y hacer posible acuerdos y consensos que sostengan a las políticas en el mediano y largo plazo. Planificar sin contar con una buena base de información es un riesgo y evaluar sin contar con referencias sólidas y un criterio claramente definido es inapropiado (2011).

De acuerdo con este punto de vista, los SIC son la base para desarrollar instrumentos que permitan una mejor autoevaluación, la retroalimentación sobre el trabajo y el diseño de políticas y programas que respondan a objetivos propuestos. También son generadores de materia prima para informar en una forma clara y transparente sobre las acciones que se llevan a cabo, para ser responsables frente a la sociedad acerca de los resultados de la administración pública, y para promover buenas experiencias y prácticas exitosas.

El desarrollo de los SIC no se reduce a un proceso técnico-administrativo, “ya que su sostenibilidad, y por encima de todo, su utilidad, requieren de la participación de numerosos actores” (OEA, 2011). El informe indica que los SIC son el resultado del trabajo institucional de muchos años para desarrollar bases de datos abiertas que pueden ser actualizadas permanentemente y de forma descentralizada (23). Este “trabajo institucional” es importante. Este es un proceso mediante el cual los operadores que trabajan en la construcción de un SIC, generan enlaces institucionales entre las unidades administrativas y las personas, algunas veces en distintas regiones y en áreas de gobierno muy diferentes. Este tipo de trabajo institucional constituye la construcción activa del aparato, ya que puede generar nuevas ideas y discursos sobre la relación entre, por ejemplo, la salud y las artes y la cultura. Un tejido de instituciones es también un tejido de personas e ideas; de discursos sobre lo que las bases de datos pueden hacer para la institución y la sociedad, y en cuanto al valor de la información en la conducción de un gobierno eficaz:

Con respecto al impacto que estos sistemas han tenido, la OEA afirma que los SIC contienen una gran cantidad de información recolectada y sistematizada a lo largo de los años. También han desarrollado una red de usuarios y contactos de gran importancia, y un proceso de reflexión y debate informado. Los ingresos a estas bases de datos llegan a cientos de miles, así como las consultas a través de Internet. En este sentido, los SIC han sentado las bases para que las organizaciones responsables de políticas culturales hagan un mejor trabajo y que su actividad sea más transparente hacia los ciudadanos, las instituciones y otros agentes sociales (OEA, 2011).

Las redes formadas entre instituciones y personas, así como el trabajo institucional que implica establecer un SIC, constituyen los procesos e instancias más concretas para estudiar la mecánica de los SIC como aparatos y su evolución a través del tiempo. Desde una perspectiva metodológica, futuras investigaciones deberán considerar una aproximación cualitativa y *multi-sitio*, buscando estudiar aquellos momentos e instancias en los que se construye “el sistema”. Serán de utilidad enfoques como los desarrollados por Riles (2000) en “The Network Inside Out,” donde se estudia una red transnacional de ONGs a través de metodologías etnográficas, en un intento por entender cómo una formación organizacional descentralizada imagina, construye, materializa y “performa” [performs] la red. De la misma manera, el estudio de los SIC en el futuro tendrá que abordar este tipo de procesos formativos, entendiendo al SIC como un aparato formado por personas, instituciones, sus discursos y relaciones.

Una perspectiva emergente de los SIC actualmente en desarrollo en Centroamérica, intenta concebir a estos sistemas como “Ecosistemas de Información Compleja” o EIC. De acuerdo con Ana Cecilia Montilla, Investigadora Principal en este proyecto, esta aproximación considera los distintos subsistemas que en realidad forman parte de cualquier SIC (comunicación personal, 20 de octubre 2011), pero que frecuentemente son considerados separadamente. Esto significa integrar cuatro subsistemas interrelacionados: el SIC oficial (formado por directorios, inventarios y catálogos); el subsistema de programas para el estudio de públicos y prácticas culturales, el subsistema de “economía y cultura” (datos sobre tendencias económicas) y el subsistema de indicadores culturales, que se encuentra en la intersección de los tres sistemas antes mencionados. La perspectiva del EIC considera también la necesidad de Observatorios, externos al ecosistema en sí, y la provisión de análisis críticos de la información producida (Montilla, 2010). La conceptualización de los EIC se inició en 2009 y fue realizada considerando el contexto de varios países en Centroamérica, incluyendo Guatemala, Costa Rica, Panamá, Honduras, Nicaragua y El Salvador.

El enfoque de EIC plantea la necesidad de constituir varias redes, en un intento por generar comunidades de práctica e interés en interacción con los distintos sistemas. Una de estas redes estaría formada por la sociedad civil y por representantes del sector cultural. Montilla explica que las redes son clave en el esfuerzo por democratizar los SIC. Por ejemplo, el SIC mexicano se benefició con la creación de una Red Nacional de Información Cultural (RENIC) formada por instituciones públicas y privadas. Esta red permitió el aumento de los registros en el sistema de 40,000 recolectados entre 1996 y 2006, a 350,000 en la actualidad (Montilla, 2010).

La perspectiva del EIC ofrece una mayor profundidad en el análisis de los SIC y destaca la compleja interacción de los subsistemas involucrados en la generación del conocimiento en un sector cultural, ampliando nuestra comprensión de lo que implica la generación de información cultural. Sin embargo, creo que la perspectiva de los EIC no necesariamente implica la construcción de un aparato alternativo, mas bien, este actúa hacia la constitución de un aparato ampliado. Si bien Montilla explica que la sociedad civil tendría mayor oportunidad para intervenir en la construcción de categorías y en la dirección general de los procesos para recolectar información, el esfuerzo aún está enmarcado bajo la lógica del Estado. El rol de un Observatorio externo, si bien se considera importante, queda fuera del ecosistema y su presencia depende de la posibilidad que tenga la sociedad civil y el sector privado de movilizarse hacia su constitución. Tratándose de una experiencia reciente y emergente, no contamos con suficiente información para evaluar el éxito del enfoque de los EIC. Sin embargo, la estrategia para introducir una visión más compleja de los distintos “subsistemas” de información cultural en el diseño de los SIC es muy importante y podría brindar un desarrollo innovador en el campo de la implementación de estas infraestructuras.

---

# Construyendo un Sistema de Información Cultural en Perú

La idea de consolidar un SIC en el Perú ha existido por muchos años y ha salido a la luz en varios gobiernos anteriores. En 2005, por ejemplo, el Instituto Nacional de Cultura (INC), elaboró un Directorio Nacional de Artes y Cultura (INC 2005). La idea era hacer que este Directorio fuera la base para la construcción de un SIC adecuado en el país. Sin embargo, el esfuerzo recibió críticas muy negativas, pues se consideró que el Directorio era “incompleto”. Cuando el INC se convirtió en Ministerio de Cultura en octubre 2010, la idea de consolidar un SIC nacional cobró mayor importancia, en tanto que la falta de información para formular políticas basadas en evidencia se volvió evidente. Por ejemplo, no existe información sobre la cantidad de espacios disponibles en el Perú para el teatro y las artes escénicas, tampoco está disponible el número de salas de cine y centros culturales<sup>2</sup>. Esto genera un problema pues revela que la política y el presupuesto nunca han correspondido a una visión de la realidad y que mas bien son el resultado de contingencias, visiones politizadas e incluso enfoques carismáticos del gobierno (Alfaro, 2011).

En 2010 el primer Ministro de Cultura del Perú, Juan Ossio Acuña, logró obtener el apoyo financiero de la Fundación Interamericana para Cultura y Desarrollo (creada por el Banco Interamericano de Desarrollo) para desarrollar un Atlas de Infraestructura Cultural del Perú. El proyecto forma parte de una iniciativa mayor llamada “Atlas de Infraestructura Cultural de las Américas”, que consiste en el desarrollo de un Atlas en cuatro países, y es visto por el gobierno peruano como “un primer paso hacia la consolidación del Sistema de Información Cultural en Perú” (M. Noriega, comunicación personal, 10 de noviembre, 2011). La Fundación describe la iniciativa en su página Web (ICDF, 2011) de esta forma:

Después de haber conducido un intenso análisis regional, la Fundación concluyó que una de las limitaciones para un mejor uso de los recursos culturales en Latinoamérica es la falta de información confiable, pertinente y completa sobre el patrimonio con el que cuentan los latinoamericanos. Por esta razón, junto con los Ministerios de Cultura de cada país, la Fundación Interamericana de Cultura y Desarrollo ha decidido enfocar gran parte de sus esfuerzos en la consolidación del Atlas de Infraestructura Cultural de las Américas: una plataforma que reúne información cualitativa, cuantitativa y georeferenciada acerca del patrimonio cultural de la región.

En su primera etapa, el Atlas incluye a cuatro países: Costa Rica, Ecuador, Jamaica y Perú. Durante este año se concluirán y publicarán cuatro Atlas de Infraestructura Cultural, y en los próximos cuatro años la Fundación espera concluir el proyecto en su totalidad. Estamos convencidos de que esta iniciativa será de enorme importancia en el proceso de construir indicadores culturales comparables en la región y que, sin duda alguna, constituirá una herramienta valiosa para los tomadores de decisiones, las instituciones públicas y privadas y el público en general (ICDF, 2011; mi traducción y énfasis).

El proyecto del Atlas de Infraestructura Cultural de las Américas está actualmente bajo la dirección de Alfonso Castellanos, un consultor mexicano que fue responsable, no sólo de la dirección del desarrollo del SIC mexicano, uno de los ejemplos pioneros de estos sistemas, sino de otros SIC en varios países de la región. Castellanos explica que el Atlas en el Perú se beneficia directamente de la experiencia mexicana (comunicación personal, 18 octubre 2011). Analíticamente, este momento en el Perú es muy interesante ya que nos permite apreciar el proceso de constitución de un SIC, momento en el que podemos apreciar la naturaleza “virtual” de estas clases de sistemas, y cómo se vuelven tangibles mediante la generación de aplicaciones Web, por ejemplo, y la constitución de relaciones entre las personas y las instituciones. En otras palabras, este momento nos permite apreciar la forma en la que se estructura y entiende “la promesa” de los SIC y sobre la cual se apoya el aparato, constituido por los distintos discursos, ideas e instituciones que se juntan para “formar” el sistema.

Mariela Noriega, Directora de Artes y Acceso a la Cultura en la Dirección General de Industrias Culturales y Artes, ha estado a cargo del proyecto del Atlas de Infraestructura Cultural, la base para el futuro Sistema de Información Cultural en Perú. El proyecto contó con tres profesionales que trabajaron durante un periodo de 10 meses recopilando información sobre (1) centros culturales, (2) salas de cine, (3) prensa (4) “espacios para exhibición de artes escénicas”, (5) salas de cine, (6) galerías de arte, (7) librerías, (8) revistas, (9) sellos discográficos y estudios de grabación, así como (10) programas educativos en gestión cultural (DGICA, 2011a). Cada una de estas categorías para el desarrollo del Atlas responde a propósitos específicos de enumeración y valuación y no se deben considerar “naturales” o carentes de intencionalidad.

Lo primero que uno observa en el Atlas y las categorías enumeradas líneas arriba, es que prevalecen la economía y las industrias. Por ejemplo, se entiende por “Carreras Culturales” a aquellas carreras (programas académicos) o “programas especializados en temas culturales, nuevas tecnologías de información, producción artística y economía cultural” (DGICA, 2011a). Un Centro Cultural es concebido como “un espacio físico abierto a la comunidad y dedicado al fomento y progreso de las artes y la cultura, mediante la organización de actividades educativas, de exhibición e intercambio cultural.” En cuanto a las Salas de Cine, se definen como “el espacio físico destinado a la exhibición de películas (trabajos cinematográficos), abiertos al público, ya sea que incluyen entrada libre o un pago” (DGICA, 2011a). En esta primera versión del Atlas no se menciona otros tipos de infraestructura como espacios tradicionales o comunitarios y sitios indígenas.

---

## Los SIC como Tecnologías de Mapeo

En general, todos los SIC sirven como dispositivos de mapeo. La OEA (2011) explica que toda la información que es susceptible a ser ubicada en un punto específico en el territorio es presentada en mapas, lo cual refuerza su uso como herramienta analítica (54). En cuanto al SIC peruano, el hecho de que sus cimientos vengan de un Atlas de Infraestructura Cultural debería hacer que prestemos mayor atención a las políticas de los SIC como

dispositivos de mapeo que funcionan a través de un sistema específico de clasificación. Las clasificaciones requeridas para mapear un conjunto de entidades similares (museos, centros culturales, salas de cine, etc.) suponen una segmentación espacial, temporal o espacio-temporal del mundo (Bowker y Star, 1999:10) (Ver Figura 2). En el contexto del sector cultural, esto implica un ordenamiento del mundo y – en el caso de los Atlas y SIC – el reconocimiento de ciertos espacios y el ocultamiento de otros. En otras palabras, el mapeo de espacios culturales constituye un acto profundamente político.

Figura 2 (ver página 97)

El Atlas y SIC en general, funciona como un dispositivo para representar un “espacio cultural” específico, visible o invisible y por tanto hace que los “espacios culturales incompletos” sean una realidad. Propongo “espacio cultural incompleto” como un término que se basa en el concepto de Miller (1994) de “sujetos culturales incompletos”, pero que implica una política espacial. Este término trata de complicar las ideas sobre espacios vacíos en los “mapas culturales” y cuestiona por ejemplo, qué significa un territorio sin “salas de cine”. Propongo que el problema es que al establecer la ausencia de salas de cine en un territorio, podríamos también estar asumiendo la ausencia de culturas audiovisuales alternativas (por ejemplo, comunidades que desarrollan cine independiente o comunitario), cuando en realidad este es solamente un indicador de la ausencia de un tipo específico de espacio social para la ocurrencia de ciertas manifestaciones audiovisuales determinadas culturalmente (películas) y de la manifestación de una economía específica (la de las películas y productos de Hollywood, por ejemplo). En otras palabras, estos territorios pueden estar ya comprometidos con culturas audiovisuales de un tipo y legibilidad distintas, con espacios diferentes para el acceso cultural. Como se ha mencionado anteriormente, un “espacio cultural incompleto” se vuelve una oportunidad y justificación para la intervención del Estado y significa el registro e inscripción política de un paisaje cultural indígena como (culturalmente) vacío.

El campo de la cartografía crítica nos recuerda que los mapas *hacen* la realidad tanto como la representan (Crampton, 2010). Igualmente, las categorías de mapeo pertenecen, no a una experiencia particular del mundo sino a una mirada (cartográfica) específica. Los atlas culturales le dan al mundo cultural un tipo de legibilidad, que no es ni natural ni inocente. Otro tema clave es que el mapeo no es científico. Crampton (2011) manifiesta que el mapeo *se volvió* científico durante las prácticas de “gobierno” en tiempos de guerra y su secuela (89). Los mapas han logrado presentarse como dispositivos de representación natural, cuando en realidad “son *traídos al mundo* y puestos a trabajar mediante prácticas como el reconocimiento, la interpretación, la traducción, la comunicación y así sucesivamente” (Kitchin and Dodge, 2007, en Crampton, 2011). Diría que los SIC que emplean tecnologías de mapeo (SIG) como los mapas de Google, no son solamente mashups [mezclas] técnicos (de Sistemas de Gestión del Contenido como Drupal con Googlemaps), sino que constituyen “mashups políticos”, ya que combinan varias tecnologías de gobierno, como el mapeo y la clasificación, por ejemplo. De particular importancia para esta perspectiva es el concepto de Hannah (2009) acerca de un “territorio calculable”, formado por dos componentes clave; *legibilidad* como la entiende Scott (1998) y las formas en que el conocimiento de los territorios es movilizado. La idea es que la legibilidad es una precondition para la intervención del Estado y los SIC son dispositivos que ofrecen legibilidad para un tipo de intervención que busca explotar y administrar los recursos culturales. La pregunta es si un SIC que funciona a través de un sistema de clasificación diferente puede catalizar una forma de movilización alternativa de naturaleza política y posicionada directamente en contra de la economización de la cultura ¿Qué tipo de sistema sería ese?

Como ya lo he mencionado, las categorías empleadas por el SIC para clasificar la “infraestructura cultural” en el Perú (centros culturales, museos, salas de cine, etc.) pueden ser asociadas directamente con una perspectiva de industrias culturales. Esto puede tener que ver con el hecho de que el proyecto SIC en sí es de responsabilidad de la Dirección General a cargo de industrias culturales, un sector que ha recibido muy poca atención en el pasado y para el cual no contamos con información sistematizada. En efecto, el Ministerio de Cultura del Perú creado en 2010 sorprendió al incluir un Viceministro de Patrimonio e Industrias Culturales en su organización, revelando quizás un interés en promover esta perspectiva en la evolución general de la institución. En efecto, el concepto de “infraestructura cultural” es muy maleable (Duxbury, 2008). Generalmente, cada país que intenta mapear su infraestructura cultural, le da forma a su propia definición, influenciado por necesidades específicas. Esto es de particular interés en Latinoamérica, donde la organización interna de los Ministerios de Cultura y los términos empleados para describir sus unidades administrativas suelen determinar el empuje de muchos de sus programas. Por ejemplo, Bolivia tiene un Ministerio de Culturas, en línea la idea de un Estado “plurinacional”. También tiene un Viceministerio de Descolonización, el mismo que genera diversos programas para abordar este proceso.

Si bien no he tenido acceso a la definición operativa de este término como se aplica en el Atlas en Perú, Alfonso Castellanos (comunicación personal, 18 de octubre, 2011) explica que las categorías empleadas se basan en la experiencia del Atlas Mexicano de Infraestructura Cultural, con algunas variaciones locales. En la práctica, es muy difícil trazar límites alrededor de un concepto que incorpora una amplia variedad de lugares empleados para actividades culturales (Duxbury, 2008). Sin embargo, es importante reconocer el acto inherentemente político de clasificar un lugar como infraestructura cultural. Por ejemplo, en el mapeo de la infraestructura cultural en Canadá (23), se consideró la infraestructura como el “lugar físico, la plataforma” donde pueden suceder actividades y se ofreció una definición de trabajo:

Los activos y espacios físicos, ya sea a tiempo completo o parcial, con un solo o múltiples propósitos, históricos o contemporáneos, que tienen productos culturales y que cumplen y satisfacen los requerimientos de actividades culturales y de la industria cultural (24).

Aunque amplia, esta definición de trabajo llevó al equipo canadiense a cargo del mapeo a definir 24 clases de lugares, agrupados en espacios de presentación, creación/producción y de trabajo en vivo. En el caso de Perú, el Atlas cuenta con 10 clases de lugares, de los cuales por lo menos 7 tienen que ver directamente con las industrias culturales. No encontramos en esta etapa ninguna categoría o definición —y por tanto reconocimiento— de sitios o lugares indígenas tradicionales, ni lo que se podría llamar “espacios de la memoria”, lugares en los que las personas participan en procesos de memoria que no suceden dentro de museos, pero que también implican una expresión cultural y actividad cultural de un tipo, frecuentemente asociado con comunidades e identidades indígenas. Claramente, definir e identificar la infraestructura cultural significa también reconocer la “actividad cultural” legítima. Si bien pronto se hace evidente que el alcance limitado del Atlas en Perú tiene que ver principalmente con razones presupuestarias, es necesario reconocer que la publicación de estos resultados iniciales impactará la forma en que las personas y los gestores culturales entienden la “infraestructura cultural” en Perú, lo que tenemos y lo que no tenemos, lo que está ahí y lo que no.

---

## Imperativos/Limitaciones de Gestión

El equipo peruano a cargo del Atlas de Infraestructura Cultural está trabajando actualmente en el diseño de una página Web que contenga sus hallazgos iniciales, y que “servirá como un producto concreto” que los ayude a sustentar la necesidad de fondos adicionales para continuar su trabajo (M. Noriega, comunicación personal, 10 de noviembre, 2011; DGICA, 2011b). En cuanto a la página Web que se está desarrollando, Noriega admite que “este no es el sistema en sí, obviamente, pero es algo.” El sistema como tal, tendría que ver más con la coordinación entre las Direcciones y las Unidades Administrativas dentro y fuera del Ministerio (Ministerio de Finanzas, Ministerio de la Producción y Direcciones Regionales de Cultura, por ejemplo), que trabajen como una red para producir y compartir información oportuna sobre temas culturales. Como se ha mencionado anteriormente, el establecimiento de un SIC implica una ingeniería social entre las personas y las instituciones. Esto significa no solamente obtener información una vez o esporádicamente, sino la generación de mecanismos permanentes para recolección y gestión de información, de manera que la información tenga mejor calidad y los funcionarios públicos puedan incorporar estas tareas a sus prácticas habituales. Noriega explica que con respecto a la información y las bases de datos, otras Direcciones dentro del Ministerio han desarrollado recursos importantes, como la Dirección General de Patrimonio Cultural, por ejemplo. El problema es que la información dentro de la institución está dispersa, y los funcionarios no están acostumbrados a compartirla entre ellos o con personas externas al Ministerio (M. Noriega, comunicación personal, 10 de noviembre, 2011).

Noriega explica que la idea de generar una página Web que sirva como una especie de “demo” para el sistema, también puede contribuir a la “apropiación del sistema por parte del sector (cultural)” (comunicación personal, 10 de noviembre, 2011). El tema de la apropiación social es clave, y está en consonancia con la opinión general del SIC como proveedor de información para el público en general, gestores, organizaciones e instituciones culturales esbozadas por la OEA (2011). En este sentido, los SIC constituyen una posibilidad para el diálogo entre el Estado y la sociedad civil, si bien a través de una “mirada” predeterminada del sector como territorio cultural. Las categorías como “Museo” o “Centro Cultural” no están en debate sino que aparecen predeterminadas, en consulta con un Consejo Editorial, pero generalmente desde la perspectiva de expertos. Por ejemplo, el Consejo Editorial del SIC peruano fue constituido por representantes del Ministerio de Cultura, Ministerio de Transportes y Comunicaciones, Instituto Nacional de Estadística e Información y el Ministerio del Medio Ambiente. La reunión para constituir el Consejo Editorial contó con representantes del Archivo General de la Nación, la Biblioteca Nacional, el Centro Cultural de la Universidad de San Marcos, la Pontificia Universidad Católica del Perú (PUCP) y la Cámara Peruana del Libro, entre otros (Andina, 2011).

Noriega explica que otras Direcciones, como la de Patrimonio Cultural, cuentan con mucha información que se considera ha sido generada de “abajo hacia arriba”. En contraste, ella ve el Atlas como un esfuerzo “de arriba hacia abajo”, donde la idea de crear un SIC involucra instar a las Unidades Administrativas y otras ramas del gobierno a crear información. Esto significa que en vez de pensar en cómo compartir la información existente, la tarea es recolectar y proc-

esar información, identificando como generar el tipo de información que sería útil en las actividades diarias de los usuarios y las instituciones. La obtención de información para el Atlas incluyó una campaña virtual denominada “¿Estamos todos?”, solicitando a las instituciones y organizaciones culturales que envíen su propia información al Ministerio (Ver Figura 3).

Figura 3. (ver página 99)

Uno de los problemas identificados por Noriega durante este proceso es que en el Perú no existe una cultura institucional de compartir información, de considerar a la información como una herramienta, o de imaginar cómo la información se puede usar para algo estratégico (comunicación personal, 10 de noviembre, 2011). Esto también se puede ver en las instituciones privadas que carecen de tiempo, recursos financieros y recursos humanos para involucrarse en este tipo de actividades. Noriega explica que una de las más grandes limitaciones para el desarrollo del Atlas y del SIC es “la falta de personas que sean capaces de imaginar el sistema, especialmente en los niveles administrativos más altos, y como esta información puede contribuir a la toma de decisiones políticas y planes estratégicos informados” (2011). La idea de “imaginar el sistema” resuena con las ideas de Riles (2000) sobre la construcción social de la Red. La imaginación es clave en el establecimiento de aparatos complejos socio-técnicos como el SIC.

Noriega indica que la creación de esta primera versión del Atlas ha sido un gran reto y que se necesita mucho más tiempo. En el futuro el Ministerio espera establecer asociaciones con otras instituciones públicas, como el Instituto Nacional de Estadística e Informática, con el fin de realizar encuestas preliminares sobre consumo cultural, por ejemplo. En este sentido, el caso de Colombia destaca como un ejemplo de coordinación entre instituciones. Ese país ha logrado establecer una “Cuenta Satélite” para la cultura, una instancia para la expansión de información económica, cultural y social que permite tener una visión más clara acerca de las actividades económicas de las industrias culturales en Colombia. Una Cuenta Satélite puede mostrar cuanto dinero genera el sector para el presupuesto nacional (en cuanto a exportaciones, consumo, generación de empleo, etc.), y así legitimar la inversión pública en programas culturales.

Las Cuentas Satélite de Cultura existen en Canadá, España, Colombia y Finlandia, entre otros. En 2009, el Ministerio de Cultura de Finlandia reconoció que actualmente varios países en Latinoamérica están planificando contabilidad satélite:

El objetivo de la contabilidad Satélite] es promover el desarrollo de una economía cultural en estos países. En Chile, ya se han aplicado los cálculos y por ejemplo, Colombia, México y Uruguay están siguiendo esa pauta. La organización intergubernamental Convenio Andrés Bello, ha apoyado y coordinado el trabajo satélite con apoyo de la UNESCO y del PNUD. También se está preparando un manual sobre contabilidad satélite (Finlandia, 2009).

Las promesas del SIC y de la Contabilidad Satélite para el mejoramiento de la gobernabilidad tienden a ocultar otra realidad, más tensa, relacionada con las expectativas que enfrentan diariamente funcionarios como Noriega, y para las cuales los SIC son también concebidos como parte de la solución. Noriega explica que la filosofía actual de presupuesto público se concentra en una metodología denominada “Presupuesto por Resultados”, empleada en otros países latinoamericanos como México y Argentina (Schick, 1991). Esta metodología es descrita con claridad por el Ministerio de Finanzas de Perú en su página Web y forma parte de la Ley General del Sistema Nacional de Presupuesto (Ley 28411) (MEF, 2011):



*Presupuesto por Resultados* es una metodología que se aplica progresivamente al proceso del presupuesto y que integra la programación, formulación, aprobación, ejecución y evaluación del presupuesto, dentro de una lógica de producto-resultado, resultados, uso eficaz y eficiente de los recursos del Estado a favor de la población, generación de retroalimentación en el proceso anual de asignación de presupuesto y mejoramiento de los sistemas del Estado para la gestión administrativa (Página Web, mi traducción).

El imperativo de “eficiencia y eficacia” de la administración pública conduce a una meta-instrumentalización de dispositivos como los SIC, pues la necesidad no incluye solamente controlar y administrar los recursos naturales, sino hacerlo a través de una lógica de eficiencia que es en sí un constructo de la administración. En otras palabras, no solo tiene que ser eficiente la gestión de recursos culturales, sino *también la gestión de la gestión*. Esta meta-tensión es importante, ya que explica muchas decisiones que personas como Noriega tendrán que tomar para maximizar la eficiencia y así poder obtener un presupuesto razonable. Esta eficiencia implica competir por los recursos financieros dentro de la institución, algo que la OEA (2011) reconoce como una de las razones de porqué los SIC son importantes. Noriega explica que es por ello que el sector necesita de una “profesionalización” para poder “identificar oportunidades para los negocios y la industria”. Noriega explica que Colombia cuenta con una Unidad oficial a cargo del Sistema de Información Cultural, algo que ella aspira tener algún día en el Ministerio de Cultura del Perú. La experiencia de Noriega describe los efectos de lo que Lemke (2001a) identifica como una gubernamentalidad neoliberal en la que no solamente el cuerpo individual sino también los cuerpos colectivos y las instituciones (administraciones públicas, universidades, etc.), corporaciones y estados deben ser “esbeltos”, “aptos”, “flexibles y “autónomos” (13). La referencia a la profesionalización es clave por que nos refiere a lo que Escobar (1988) describe como “un conjunto de técnicas y prácticas disciplinarias mediante las cuales se organiza, gestiona y controla la generación, difusión y validación del conocimiento; en otras palabras, el proceso mediante el cual se crea y mantiene una política de la verdad” (430). Escobar (1988) se refiere al discurso de la profesionalización como uno de los mecanismos para gestionar al Tercer Mundo, bajo la bandera del desarrollo. Investigaciones futuras deberán concentrarse en el estudio de lo que implica la “profesionalización” del sector cultural en un país en desarrollo, qué tipo de ideologías toman cuerpo y actúan a través de esta, y que tipo de racionalidades son impedidas de entrar en espacios para la gestión. ¿Que tipo de prácticas y habilidades podrían considerarse como “no profesionales” o incluso innecesarias en este contexto? ¿Qué implica esto a nivel del discurso y de la práctica?

La información sobre el desempeño [performance] es clave en las prácticas de “Presupuesto por Resultados”. Sin embargo, la conclusión actual es que el Ministerio de Cultura en el Perú no cuenta con recursos financieros para generar la información que se requiere. Esta situación conduce a un nudo Gordiano, en el que la falta de fondos afecta la posibilidad de generar información, que a su vez podría ayudar a asegurar más fondos. Esta situación esboza un camino de desarrollo (o emergencia) de los SIC como un tipo de “tecnología precaria”, siempre incompleta y contingente. Por ejemplo, la versión del SIC que estará disponible en línea a fines de 2011 “no es el sistema en sí”, pero necesita estar en línea para justificar fondos adicionales. Esto conduce al desarrollo de infraestructuras contingentes y dispositivos incompletos, a través de los cuales los funcionarios públicos comprometidos pueden sustentar la necesidad de un presupuesto mayor. Esta dinámica contextual no ha sido estudiada en profundidad, y nos puede ayudar a entender otro nivel del SIC como aparato en el Sur, uno donde un carácter “incompleto” sirve para tornar su existencia siempre virtual, parcial

y aparentemente llena de potencial. Esta condición ambivalente actúa como una fortaleza y debilidad, al mismo tiempo.

Noriega explica que el presupuesto asignado para el desarrollo del Sistema de Información Cultural en Perú este año es claramente insuficiente. Explica —con toda franqueza— que la cifra le asusta. Si bien está claramente establecido que medir la productividad del sector público es uno de los temas universales más polémicos (Käyhko, 2011), esto no impide a los gobiernos ejercer presión de gestión en sus recursos humanos, algo que preconfigura los propósitos de recopilación de información, y más importante aún, vuelve a los funcionarios ansiosos por “probar” el éxito de su unidad administrativa en términos impulsados por el mercado, a través de la lógica de “Presupuesto por Resultados”, la enumeración de productos y entregables, así como otras señales de crecimiento económico “concreto”.

---

## Construyendo Alternativas, Combatiendo Aparatos

En vez de intentar usarlos “de la manera correcta” (algo que considera ingenuo), la estrategia propuesta por Giorgio Agamben (2009) para combatir aparatos tiene que ver con la noción de “profanación”. Para Agamben, mientras que la *consagración* representa “la salida de las cosas de la esfera de la ley humana,” la *profanación* es la restauración de las cosas “para el uso libre de los hombres”. En tanto la consagración opera a través del *sacrificio*, la profanación funciona como un contra-aparato que restaura al uso común lo que el sacrificio ha separado y dividido (19). Podemos concebir el rol de los SIC como ejemplo de una forma moderna de poder que consagra y *separa* activamente. Los aparatos modernos son difíciles de profanar, y si bien Agamben los describe como “máquinas que producen subjetivaciones”, también reconoce que en esta etapa del capitalismo los aparatos no actúan tanto a través de la producción de un sujeto, sino más bien a través de lo que él llama la *desubjetivación*, proceso por el cual una negación del sujeto no da lugar a una recomposición de un nuevo sujeto, “excepto en forma larvaria o espectral”:

Aquel que se deja capturar por el aparato del “teléfono celular” – cualquiera que sea la intensidad del diseño que lo ha impulsado – no puede adquirir una nueva subjetividad, sino adquirir solamente un número mediante el cual puede eventualmente ser controlado. El espectador que pasa sus tardes frente al televisor solamente obtiene, a cambio de su desubjetivación, la máscara frustrada del “couch potato”, o su inclusión en el cálculo del rating de televidentes (21).

Esta es la razón por la cual el problema de los aparatos no se puede reducir al tema de su uso correcto. Para Agamben, si un determinado proceso de subjetivación (o en este caso, desubjetivación) corresponde a cada aparato, entonces es imposible para el sujeto de un aparato usarlo en la forma correcta (21). Aquellos que continúan promoviendo argumentos similares, son por su parte, “el producto de los aparatos de los medios en los que han sido

capturados” (22). Pero ¿que pasaría si en vez de usar el aparato “en la forma correcta”, construimos un nuevo aparato, considerando una red distinta de relaciones entre ideas, discursos, predisposiciones, instituciones y personas, con una meta diferente en mente? ¿Que tal si este nuevo contra-aparato busca profanar activamente las categorías culturales desarrolladas por los aparatos como los SIC auspiciados/desarrollados por el Estado? ¿Implicaría esto una liberación o emancipación de algún tipo? ¿Acaso ser capturado por un contra-aparato es mejor? ¿Existe alguna salida? Estas son algunas de las preguntas que deberían ser tratadas de cara al futuro. Considero importante que los actores no estatales se involucren en ellas y en la construcción de contra-aparatos, ya que el origen y mandato detrás de estas construcciones podría determinar la naturaleza de los procesos de subjetivación ¿Qué tal si nosotros construimos nuestras propias máquinas para (otras) subjetivaciones?

Culturaperu.org es un proyecto que puede entenderse como un esfuerzo para construir un contra-aparato, una máquina para construir subjetivaciones alternativas y plantear una cultura diferente de mapeo (Perkins, 2004). El proyecto está concebido como un Sistema de Información Cultural, sin embargo es “definido y construido desde la perspectiva de la sociedad civil” (Delfin, 2010). El diseño y conceptualización de Culturaperu.org se inició en 2005. La primera versión del sistema en línea fue desplegada en 2009. El proyecto empezó mapeando asociaciones culturales sin fines de lucro en Lima Metropolitana, un proyecto piloto para identificar el sistema cultural local. Inicialmente se identificaron y mapearon a más de 350 asociaciones culturales. Actualmente el sistema ha mapeado a más de 700 asociaciones y se ha extendido a otras tres ciudades en el país.

El trabajo del mapeo en este proyecto incluye identificar sistemas (y luego redes) y nos enfrenta con temas ideológicos desde el inicio. Se tienen que tomar muchas decisiones en cuanto a la política de “captura a través del mapeo” (Agre, 1994) y la consideración de qué cosa es o no es una asociación cultural, por ejemplo. En el caso de Culturaperu.org la aproximación consistió en generar una categoría flexible, contingente e inclusiva denominada “asociación cultural para el desarrollo social” con características que no fueron definidas exclusivamente por los miembros del proyecto, sino por los mismos usuarios. Con este intento de trabajar mediante una categoría más abierta, se pudo agrupar a una gran cantidad de asociaciones diversas bajo el mismo sistema, voluntariamente. Esta lógica implica que los usuarios que no sienten una afinidad con la categoría pueden optar por salir del sistema en cualquier momento.

Con el uso de esta categoría flexible el proyecto intenta abordar “la tensión entre la universalidad y la divergencia que informa al espacio abierto de interconexión de redes” descrito por Terranova (2004), uno que “produce una dinámica cultural rica y un conjunto de asuntos políticos que se asumen una y otra vez a través de la cultura de red en general. (62). La idea era ofrecer una “apertura estructural a la diferencia y la divergencia” (64) necesaria para incluir agentes en vez de excluirlos. Como tal, Culturaperu.org intenta consolidar lo que se podría denominar como una doctrina inclusiva, donde no son necesarias las definiciones absolutas y donde la fluidez es clave. Esta experiencia muestra que la clasificación y captura a través de un SIC – ya sea desarrollado por el Estado o por la sociedad civil – es inevitable. Sin embargo, el contra argumento indica que debido a que las asociaciones de arte y culturales son capturadas constantemente por otros sistemas (corporativos, públicos, económicos y políticos), esta captura inicial con mapas parece políticamente tolerable en el corto plazo.

Es interesante observar que el Atlas de Infraestructura Cultural desarrollado actualmente en Perú no incluye el mapeo de las organizaciones o asociaciones culturales, por lo menos no

todavía. Sin embargo, es importante mencionar que el equipo a cargo del Atlas solicitó una copia de la base de datos o Directorio de Asociaciones Culturales de Culturaperu.org en abril de 2011. Como una manera de limitar el poder del Ministerio sobre esta información, la misma que todavía no había sido hecha pública en un solo formato descargable, la base de datos se puso a disposición del público en general en la Web como un solo archivo para su libre descarga (Culturaperu.org, 2011). Esta interacción con el Ministerio afirmó el rol de Culturaperu.org como actor clave en un escenario de información y cultura, un rol relativamente nuevo para un proyecto independiente y no estatal en Perú. La publicación de la base de datos de Culturaperu.org para el uso irrestricto del público en general, tuvo por objetivo fijar un estándar para compartir información que con suerte sería imitado por proyectos auspiciados por el Estado.

Esta idea también muestra un momento específico en la evolución de los SIC, tanto desde la perspectiva del Estado como de la sociedad civil. Este tiene que ver con la ausencia de un debate crítico sobre el tema de las bases de datos en el diseño e implementación de los SIC en Perú. Actualmente los SIC no son descritos comúnmente como formados por una base de datos y un *diseño de base de datos* en particular. Investigaciones futuras sobre los SIC deberían poner en primer plano las políticas detrás de las bases de datos que lidian con elementos culturales en su diseño. Esto abriría una discusión sobre estructuras de datos y la relación entre estas arquitecturas y los asuntos vinculados a interfaces, por ejemplo (Tuomi, 1999; McGann, 2007). Es importante recordar que el diseño de interfaces y de bases de datos también implica asuntos de política y poder. Enfocarse solamente en los datos supondría un problema. Como ya lo mencioné en la introducción, los datos no se vuelven información después de que se les agrega significado. Por el contrario, los datos se crean a partir de la información al colocar a la información en una estructura de datos predefinida que define completamente su significado. En vez de ser materia prima para la información, los datos surgen como resultado de agregar valor a la información al ponerla en una forma que puede ser procesada automáticamente (Tuomi, 1999). Las estructuras y diseño de los datos también responden a la red del aparato ya que incorporan discursos, ideas e ideologías.

Este es un tema crítico. Estudiosos como Manovich (2011) han hablado de la base de datos como una nueva forma cultural. Para Manovich, la base de datos representa el mundo como una lista de elementos que se resisten al orden; una base de datos pura sería “un conjunto de elementos no ordenados en forma alguna”. Sin embargo, de acuerdo con Van der Velden (2011) este nunca es el caso cuando accedemos a una base de datos (244). En las bases de datos “siempre hay algún tipo de orden preexistente en juego, en forma de normas, esquemas, directorios de archivos, derechos de acceso, etc., que afectan el tipo de interfaces que pueden crearse para la base de datos y el tipo de trayectorias que son posibles” (245, mi énfasis). La idea de la “base de datos pura” ha influenciado el entendimiento de lo que una base de datos es y de lo que puede hacer, en la misma forma que los “datos crudos” [raw data] han sugerido virtudes epistémicas de objetividad y pureza.

La afirmación más provocativa de Van del Velden (2011) es que existe un tipo de performatividad en el diseño de bases de datos. Por ejemplo, una estructura de metadatos occidental determinará cómo ordenar un objeto en el sistema general, por ende limitando las posibilidades de relacionalidad (185). Refiriéndose a bases de datos indígenas, Agrawal (1995, en Van del Velden, 2011) argumenta que una base de datos indígena debe ser mucho más que simplemente una base de datos convencional llena de representaciones de conocimiento aborigen:

Para que sea una base de datos indígena, su arquitectura y estructura, sus procesos de búsqueda e interfaces, su términos de propiedad y usos deben reflejar y apoyar también *formas indígenas y contextualmente específicas de ser y saber, y el control que las personas tienen sobre su propio conocimiento* (Agrawal, 1995, mi énfasis).

Las bases de datos reflejan una teoría de conocimiento que está bien escondida y trasmite el sesgo cultural de sus diseñadores (17). Por lo tanto, las discusiones en cuanto a qué conexiones son productivas y cuales se deben ignorar, necesitan llevarse a cabo a medida que se usan las bases de datos, no sólo cuando se están construyendo (Agrawal, 1995). Esto implica la posibilidad de *modificar y rediseñar*; una situación que no siempre es posible. En ese sentido, el trabajo reciente de Srinivastan (2007) sobre “ontologías fluidas” será clave en el diseño del SIC en el futuro. Considerando estas ideas sobre las políticas detrás del diseño de bases de datos, creo que los SIC podrían beneficiarse ampliamente de estas consideraciones e inquietudes. Esto nos llevaría de la construcción de SIC que tienden a ser concebidos y ordenados como listas y mapas, a SIC concebidos como redes semánticas, bases de datos relacionales y sistemas de conocimiento inter-operativos.

Como se ha mencionado anteriormente, la primera base de datos de “asociaciones culturales para desarrollo social” generada por Culturaperu.org en 2009 contó con más de 350 asociaciones en Lima, y fue generada cruzando y actualizando información de tres directorios públicos oficiales. El resultado es una visión de cómo, a pesar de algunas superposiciones, cada directorio oficial clasifica a las asociaciones de manera diferente y ve la distribución de asociaciones culturales en Lima de diferentes maneras (Ver Tabla 1).

Tabla 1 (ver página 93).

En otras palabras, distintas unidades administrativas del Estado y de la Cooperación Internacional “ven” cosas diferentes a través de distintas perspectivas o miradas. Esto significa que generalmente trabajamos mediante una visión “oficial” no muy estable. Este mapeo inicial también obtuvo información referente al uso de Internet por parte de las asociaciones culturales. De 350 asociaciones culturales identificadas en Lima Metropolitana, solamente 100 tenían una página Web en 2009. Si generamos una visualización o gráfico de cómo están interconectadas las páginas Web (cuales comparten enlaces), podremos ver un gráfico interesante (Ver Figura 4) que muestra como se forman grandes agregaciones (páginas Web altamente interrelacionadas) entre los grandes actores institucionales privados y públicos (universidades, centros culturales internacionales), mientras que una sola asociación cultural (Yuyachkani) parece compartir enlaces con otros sitios más institucionales. Ninguna asociación cultural comparte enlaces con otras asociaciones culturales en el grupo.

Figura 4 (ver página 101).

Si bien esta es una medición parcial en cuanto a lógicas de sitios Web, se convierte en una analogía interesante. Cuando se muestra este mapa a los actores culturales, muchos la identifican como una imagen que muestra la alta centralización de “poder cultural” entre unos cuantos participantes en el sector (Culturaperu.org, 2009). Estas clases de visualización y mapeo generan maneras alternativas de “leer” al sector cultural y sugieren que es posible concebir a los “sitios” de actividad cultural de diferentes formas.

El hecho de que Culturaperu.org no está definida como una red, sino más bien conceptualizada como un SIC que eventualmente lidiará con redes culturales, es importante (Del-fin, 2010). Esta es una jugada estratégica en cuanto a las etapas iniciales de desarrollo del proyecto. Al construir un sistema alternativo y llamarlo “Sistema de Información Cultural”, se da lugar a un proceso de re-significación y *profanación* (Agamben, 2009) del poder del Estado. Culturaperu.org ejerce un tipo de poder restaurador: devuelve el locus de actividad cultural a las personas y grupos de personas, en vez de situar a la cultura en un espacio o institución física en virtud de su “productividad” cultural, entendida en términos industriales o corporativos.

Existe también una clase diferente de profanación que ocurre a nivel tecnológico. Al construir un sistema tecnológico, muy similar al sistema que el Ministerio de Cultura lanzará a fines de 2011 o inicios de 2012, Culturaperu.org se presenta como prueba de que la sociedad civil también puede usar la tecnología a su favor, y que esto no implica una cantidad inalcanzable de trabajo especializado, como solía ocurrir a inicios de los noventa cuando se construyó el primer SIC. En efecto, la cultura digital y amateur cambia las dinámicas de poder en cuanto al uso tecnológico y al diseño del SIC. Como Crampton (2011) ha identificado, el acceso a la tecnología y las culturas emergentes dan lugar al nacimiento de nuevos cartógrafos. Hoy día, más personas pueden construir recursos de datos georeferenciados usando Google Maps o Google Earth, y Sistemas de Gestión de Contenidos de fuente abierta como Drupal o Joomla. Hoy se pueden imaginar, diseñar e implementar nuevas ontologías, más fácilmente.

El ejemplo de Culturaperu.org sugiere cómo se puede construir una ontología alternativa para capturar e instrumentalizar la cultura. Sin embargo, esta alternativa tiene sus propias complicaciones. La diferencia entre un SIC construido por el Estado y uno construido por la sociedad civil, radica en el tipo de ingeniería social que tiene lugar y el tipo de redes establecidas para generar información. En el caso del Estado, si bien al principio es difícil establecer y mantener las relaciones entre las unidades administrativas, a la larga estas pueden formalizarse en planes estratégicos y obligaciones institucionales. En el caso de la sociedad civil, la estrategia de trabajar juntos o participar en un SIC como Culturaperu.org, proviene de motivaciones muy diferentes. El tema del mandato es clave: Si bien un mandato público puede implicar estructuras y ontologías rígidas, este garantiza un tipo de relación con el Sistema (por ley). Un mandato diferente que proviene del interés de la sociedad civil puede ser más flexible, pero muy difícil de sostener mediante trabajo voluntario (casi afectivo) y afinidad pura. También está por supuesto el tema de la economía. Si bien el Estado enfrenta retos para mantener un SIC, su desarrollo está embebido en la trama de prácticas contemporáneas de gobierno, lo que implica algún financiamiento y sostenibilidad institucional. En el caso de la sociedad civil, no hay una obligación estructurante de por medio y puede ser un reto demostrar cómo este tipo de información puede ser valiosa para las asociaciones.

Creo que una manera de superar estos retos, o de hacer que esta tensión sea más productiva, es comprometerse en lo que se podía denominarse una “análisis relacional” que hace que ambos sistemas “hablen entre ellos” y generen nueva información sobre temas específicos. Por ejemplo, una de las primeras acciones que Culturaperu.org realizará una vez que se publique la primera versión del Atlas de Infraestructura Cultural, es la solicitud de sus bases de datos. La idea es “preguntar” a todas las asociaciones culturales en la base de datos de Culturaperu.org, “¿con qué frecuencia han usado la infraestructura que el Estado ha mapeado y cual ha sido su experiencia?”. El argumento es que saber cuantos “espacios para las artes escénicas” existen en el país no es suficiente: También necesitamos saber cuan accesibles y útiles son estos espacios para las personas y las asociaciones culturales. ¿Estamos acaso apre-

ciando un panorama incompleto, otra vez? Creo que estos tipos de análisis relacionales y entre sistemas deberían convertirse en un horizonte para intervenciones futuras, ya que también contribuyen a legitimizar la importancia de sistemas de conocimiento co-existentes.

Una pregunta importante para un debate teórico adicional es si la participación de los miembros de la población en la recolección de datos (y en la generación de técnicas y razones para la recolección de datos) implica lo que Appadurai llama “gubernamentalidad desde abajo” (1988):

Para los que están familiarizados con las ideas de Foucault, esta podía parecer una forma inquietante de auto gubernamentalidad, una combinación de auto vigilancia y auto enumeración, realmente insidiosa en su alcance/llegada capilar. Pero mi propia opinión es que este tipo de gubernamentalidad desde abajo, en el mundo de los pobres en zonas urbanas, es un tipo de contra-gubernamentalidad, animada por las relaciones sociales de pobreza compartida, por el entusiasmo de la participación activa en la política del conocimiento y por su propia apertura a la corrección a través de otras formas de política cotidiana de conocimiento íntimo y espontáneo. En pocas palabras, esta es la gubernamentalidad puesta contra sí misma.

Si podemos emprender actos de profanación y generar contra-aparatos, ¿podemos hablar también de una gubernamentalidad “puesta contra sí misma”? Ananya Roy (2005) trata este tema y propone el concepto analítico de “gubernamentalidad cívica”. Esta idea tiene que ver con el estudio de políticas espaciales y la distinción hecha por investigadores entre gubernamentalidad y “contra-gubernamentalidad”, entre “gubernamentalidad desde arriba” y “gubernamentalidad desde abajo,” entre “sociedad civil” y “sociedad política” (Appadurai 2002; Chatterjee 2004). Para Roy, el concepto de “gubernamentalidad cívica” se basa y también se aparta de dichas conceptualizaciones de gubernamentalidad. Este autor imagina la gubernamentalidad cívica como un *régimen espacializado* que funciona a través de mentalidades o racionalidades particulares:

Estas incluyen una infraestructura de mediación populista, tecnologías para gobernar (por ejemplo, producción de conocimiento) y normas de auto-gobierno (por ejemplo, conceptos de civilidad y civismo). Sin embargo, rechazo la distinción que hacen Appadurai y Chatterjee entre “gubernamentalidad desde arriba” y “gubernamentalidad desde abajo” (160).

Roy se enfoca en organizaciones de base que buscan construir y gestionar un ámbito cívico y observa que estos regímenes de gobierno de base *resisten y acatan* lo que se puede percibir como formas de gobierno de arriba hacia abajo, ya sea aquellas que emanan del Estado o de instituciones internacionales (161). Tales regímenes cívicos producen una “gubernamentalización del Estado”, recreando los términos de gobierno y ciudadanía. Al mismo tiempo, hay también una “civilización” de la sociedad política, de tal forma que la gubernamentalidad de las bases se vuelca contra formaciones de identidad cívica y un compromiso cívico más amplio con la idea – en el caso del estudio de Roy en Mumbai – de una ciudad unificada (161). El concepto de “gubernamentalidad cívica” identifica un tipo de contra-gubernamentalidad que no es ni totalizante ni unidireccional, y es más matizada. Más importante aun, arroja luz sobre los límites y contradicciones de las políticas de inclusión. Coincido con Roy en que hay mucho por aprender acerca del poder y la autoridad, estudiando cómo los

sujetos y espacios llegan a estar “dentro” del proyecto de ciudadanía (162), especialmente cuando esta inclusión se da mediante el uso de dispositivos socio-técnicos como los SIC.

En el caso de Culturaperu.org vemos una clase emergente de gubernamentalidad cívica. Podemos reconocer la infraestructura de mediación populista (“nosotros, las asociaciones culturales”), tecnologías de gobierno (centradas en la producción de conocimiento) y normas de auto-gobierno (en este caso conceptos de “asociatividad para desarrollo cultural”, una clase de ciudadanía cultural). Al abordar el mapeo de estas instancias de asociatividad, Culturaperu.org se involucra en una política espacial y en el establecimiento de un régimen espacializado. Estudios adicionales – una vez que el SIC del Estado en el Perú esté plenamente funcional – deberán observar la política de interacción entre sistemas y la forma en que emergen ideas y prácticas de ciudadanía cultural alternativas y que compiten, mediadas a través de medios tecnológicos.



# Conclusión

Este ha sido un esfuerzo por problematizar un tipo de sistema de información, buscando concretamente constituir a los Sistemas de Información Cultural como importantes objetos de estudio y pensamiento en el campo de la investigación sobre políticas culturales. Los SIC pueden concebirse como aparatos — es decir, redes de discursos, conocimiento, propuestas e instituciones — que se involucran en la creación de sujetos. Son tecnologías de control y gobierno que establecen regímenes de verdad y que actualmente se están expandiendo en toda la región Latinoamericana. Los Sistemas de Información Cultural aparecen a inicios de los noventa, en un momento en el que ideas neoliberales sobre la Nueva Gestión Pública y “Presupuesto por Resultados” empezaban a surgir.

Como dispositivos que buscan proporcionar evidencia para la toma de decisiones políticas, los SIC son esencialmente dispositivos políticos. Su estudio no puede reducirse a su materialidad como sitios Web o plataformas en línea. Los análisis críticos necesitan apreciar sus múltiples estratos. Enfocarnos en un SIC como sitio Web o artefacto digital, puede llevarnos a ignorar su rol como dispositivos para la ingeniería social y el establecimiento de regímenes epistemológicos específicos. Como dispositivos que combinan la clasificación y el mapeo, los SIC representan maneras de comprender pero también de recrear el mundo. Los SIC tienen un rol crucial en la creación y recreación de un sector cultural y en la construcción de “espacios culturales incompletos”, ya que los mapas pueden “mostrar” la necesidad de construir más museos o de diseñar políticas para fomentar más salas de cine en un área determinada, escondiendo al mismo tiempo la necesidad de reconocer y promover otra infraestructura cultural indígena.

Agamben (2009) menciona que existimos en un tiempo en que hay un crecimiento sin límites de aparatos que corresponde con la extrema proliferación de procesos de subjetivación (21). En cuanto al sector cultural, existen pocas “luchas incansables” (20) explícitas y visibles entre los SIC como aparatos y las criaturas vivientes. En cualquier caso, estos aparatos parecen estar ganando “las luchas”, al expandirse fácilmente en los distintos contextos nacionales, sin encontrar una resistencia sistemática o un cuestionamiento crítico. Esto se ve representado claramente en la forma como incluso los grupos independientes y de base tienden a promover una agenda de economización cultural, a través de su franco apoyo a los esfuerzos del Estado por definir la contribución del sector cultural en términos del PBI nacional, o en términos del porcentaje con el que las industrias culturales contribuyen a la economía de un país (una “performance” del tipo de desubjetificación que Agamben advierte). En otras palabras, la legitimación de las políticas culturales a través de medios económicos tiende a ser la norma y más aun, recibe el apoyo de grupos de base y de la sociedad civil. La aseveración de Roy (2004) de que los regímenes de inclusión son también regímenes de gubernamentalidad cívica debería ser estudiada en mayor detalle, y en

términos de cómo esto se manifiesta en el uso de dispositivos tecnológicos desde las organizaciones culturales de base en el sector cultural.

Los Sistemas de Información Cultural, tal como se expresan hoy en día, contribuyen a la construcción de la idea de una Economía Cultural *singular*; un universo naturalizado y naturalizante que articula otras ideas contemporáneas sobre industrias culturales, industrias creativas, clases creativas, ciudades creativas, regímenes de propiedad intelectual, indicadores y estadísticas culturales, etc. Estas ideas dan forma a las clases de categorías que gestiona un SIC, su dirección general epistemológica y el tipo de mapeo concreto que se realiza. Sin embargo, el concepto de Economía Cultural no es estable. Gibson y Kong (2005) han mostrado como muchas de las interpretaciones contradictorias y divergentes de la economía cultural todavía tienen que ser analizadas. Es importante impugnar los conceptos establecidos y nociones naturalizados de la Economía Cultural. Esto podría llevarnos a otras conceptualizaciones alternativas, indígenas y/o plurales

Como hemos visto, el SIC usa categorías fijas para censar un territorio y paisaje cultural específico e interpretarlo como una realidad cultural. Por lo tanto, es crucial promover concepciones alternativas para el desarrollo de SIC y sistemas para la clasificación cultural, aquellos que puedan resignificar los sistemas de información cultural y permitir la creación y coexistencia de varios SIC que trabajen mediante sistemas diferentes de valuación y la exploración de alternativas a economías políticas orientadas por el mercado. Lo que está en juego es la diversidad cultural, no solamente en cuanto al significado cultural, los contenidos y espacios para la creación de significado generados por la actividad humana, sino también en cuanto a procesos poderosos de subjetivación. Estos procesos determinan, entre otras cosas, nuestra capacidad de aspiración (Appadurai, 2004). También condicionan la forma en cómo concebimos a la cultura como un factor para desarrollo social, mientras somos incorporados en las funciones del poder (Deleuze en Armstrong, 1991).

Si bien Culturaperu.org es un ejemplo de un marco de trabajo alternativo para el desarrollo de SIC, es demasiado prematuro establecer su impacto general. Más aun, la aparición del SIC auspiciado por el Estado en el Perú marcará un nuevo momento, ya que podría implicar la comunicación entre sistemas basados en mandatos diferentes; una situación muy importante para análisis a nivel técnico y político. Sin embargo, el éxito relativo de este proyecto (expresado en el reconocimiento del Estado y de la sociedad civil) puede apoyar la afirmación de que una meta para la sociedad civil en el futuro cercano debería ser la promoción de una base amplia de conocimiento, generando y sosteniendo sistemas SIC que profanen categorías culturales, reexaminan y modifican convenciones vigentes acerca de lo que cuenta como conocimiento creíble y promoviendo actividades para la consolidación de conocimiento que cruce los sistemas y los límites disciplinarios (Schorr, 2003). Otro aspecto importante para mayor estudio, es cómo podemos desarrollar a nivel de arquitecturas informacionales de los SIC, lo que Srinivasan (2007) denomina “ontologías fluidas” (Srinivasan, 2007; Srinivasan & Huang, 2005). De acuerdo con Srinivasan (2007), el poder la aproximación desde ontologías fluidas radica en que no enfatiza la construcción de estructuras de conocimiento inteligente, estandarizado a priori, sino más bien se enfoca en la creación de procesos y la entrega de herramientas para apoyar gradualmente los procesos humanos de creación de sentido, cuando se confrontan con el patrimonio cultural y artístico. (15).

Como aparatos y redes de elementos heterogéneos, es plausible asumir que los SIC varían de acuerdo al contexto. El enfoque del Ecosistema de Información Cultural en Centroamérica, es una prueba de esta variación. Al estudiar este tema en relación a su desempeño en

el contexto de un país como el Perú, esta tesis buscó contribuir a un entendimiento más matizado de los procesos de implementación de un SIC que tienen lugar en un contexto institucional específico. Si bien podemos encontrar similitudes entre los países, dentro de la intención general de construir marcos de trabajo regionales para el gobierno cultural (como se ha visto en el caso SIC-SUR), las diferencias contextuales y las experiencias locales podrían brindarnos información más rica y conocimiento fundamentado sobre la experiencia de la gubernamentalidad, tal como se expresa en el sector cultural de los países en el Sur en la actualidad. Este debería ser un tema para investigación futura, así como también para estudios comparativos sobre implementaciones de SIC.

También debemos interesarnos en desarrollar una crítica de la infraestructura cultural como concepto, ya que “la infraestructura de una persona puede ser la barrera para otra” (Bowker y Star, 1995). Una agenda de diversidad cultural tal como está expresada en el diseño del SIC puede en realidad implicar el desarrollo adicional de sistemas de clasificación para lo que podríamos llamar “infraestructuras culturales indígenas” (para memoria, reconstitución, celebración); categorías que podrían explicar actividades culturales en espacios no industriales y para fines no comerciales. El trabajo de Bowker y Star (1995; 2002) sobre infraestructura será clave en esta búsqueda.

La principal lección es que los Sistemas de Información Cultural no se pueden entender sin considerar la economía de la cual son parte, y el tipo de rol performativo que tienen en el establecimiento y recreación de una Economía Cultural (Castree, 2004). Finalmente, comparto las inquietudes mencionadas por Hannah (2009) acerca de otra característica del “territorio calculable”: El hecho de que la potencial consolidación de un territorio calculable aún fragmentado continua siendo un problema político importante. Coincido en que “a medida que las barreras técnicas para esta consolidación van siendo completamente eliminadas” (mediante el uso de tecnologías de código abierto y una cultura digital cada vez más potente, por ejemplo) “la responsabilidad de detener la consolidación del territorio calculable recae cada vez más exclusivamente en el ámbito de la política y el activismo” (23).



# THE APPARATUSES OF CULTURE

Cultural information Systems, technologies of government  
and the political economy of culture in Latin America



# Introduction

The notion of cultural policy has changed in recent years. The term “culture” has expanded from a concern solely with the arts and heritage to a broader interpretation of culture as a way of life (Throsby, 2010). This expansion has to do with a profound transformation of the economic environment in which cultural goods are produced, distributed and consumed, in the framework of globalization (10), but also with the emerging instrumental notion of culture as platform for social transformation, advanced by cultural grassroots organizations and networks around the world, connected through established and emerging information and communication technologies (Mercer in Cvjeticanin, 2011).

While this expanded notion of culture can be perceived in many instances, there is a tendency to focus primarily on the importance of cultural policy in economic and market-driven terms (Di Maggio, 1983). The fact that cultural industries in developed countries have grown faster than other sectors in the past decade has contributed to strengthening cultural industry rhetoric and the economic legitimacy of cultural policy (Throsby, 2010: 6). This has led to an increased interest by international organizations like UNESCO to promote the expansion and strengthening of cultural industries in the South, and the creation of regional “cultural markets.” While this interest has been met with enthusiasm by some historically relegated sectors, there is an increasingly organized discursive and practical resistance towards a logic that is perceived by cultural grassroots organizations as a product of neoliberal ideologies, and even as a new kind of cultural imperialism.

Those who oppose a purely economic understanding of the importance of cultural policy in the world today, propose a number of alternative conceptions of the role of cultural policy in social development. Some describe culture as a resource for social amelioration (Yúdice, 2003). According to this view, cultural action can initiate and maintain important processes for human development in communities all over the world, related to sustainability, minority rights, social cohesion, peace building and public health, among other issues. Authors like Lewis and Miller (2002) identify cultural policy as “a site for the production of cultural citizens, with the cultural industries providing not only a realm of representations about oneself and others, but a series of rationales for particular types of conduct” (in Isar, 2009). In this view, cultural policy is directly related to the way we conceive of what is permitted and possible. It has to do with how we construct a worldview and our capacity to aspire (Appadurai in Rao and Walton, 2004). This thesis will focus on this last conception on the effects of cultural policy and the technologies of government that sustain these processes of subjectification.

The rhetoric of cultural policy today includes the invocation and use of technologies of measurement and quantification of cultural resources (cultural sites, objects, expressions, etc.) as a way to legitimize government decisions and actions in this field. Sets of cultural indicators and ideas on the importance of cultural statistics have become very popular, revealing a politics of enumeration that, as I will argue, is concomitant with the drive towards the economization of the cultural sector. This has led governments to promote what could be referred to as the “technification” of cultural policy, a process through which information and communication technologies, and information sciences are brought into governance processes, as a way to legitimate particular knowledge regimes and political objectives. This brings standards, classification and benchmarking systems, mapping technologies, and the use of information systems and communication technologies for surveillance and control, into the universe of cultural policy and management. These informational systems are not innocent, and as such are embedded with ideas and politics (Bruno, 2009).

This thesis is concerned specifically with Cultural Information Systems (CIS) as developed and supported by States; understood as sociotechnical arrangements developed by governments, and conceived as technologies of power as described by Foucault (in Stahl, 2018). Technologies of power form subjects as a means of dominating individuals and bringing them to define themselves in particular ways (Miller, 1993). In this case CIS work also as a technology of governance, “a means of manipulating the public by having it manage itself” (20). As Miller (1993) suggests, this is achieved through the material inscription of discourse into policies and programs of the cultural-capitalist state (xiii):

The operation of knowledge, then, becomes a tracing of power, power exercised by institutions formed by and themselves in turn forming knowledges about *available subjectivities* (Miller, 1993: xxii, my emphasis).

This study explores how CIS have an active role in what Miller (1993) identifies as the creation of “incomplete” cultural subjects. The idea of incomplete cultural subjects points to a hegemonic force that dictates what a citizen requires in order to be a full citizen, and it is important, especially in terms of contemporary debates on cultural citizenship. This thesis uses this notion of incompleteness, and proposes the idea of “incomplete cultural spaces,” a notion that emerges through “cultural mapping,” and the recognition of the absence of hegemonic cultural institutions (e.g. libraries, cultural centers, museums and theaters) in particular areas of a territory, while making other cultural spaces (e.g. indigenous, independent or counter-cultural sites) invisible. The issue is that an incomplete cultural space becomes an opportunity for legitimate State intervention and the political inscription of a cultural landscape. As we shall see, at stake in CIS design and use is a kind of legibility (Scott, 1998).

Developing a critical understanding of CIS is crucial because these systems have direct impact on our understanding of cultural policy and on the possibility of intervening in it, something which Yúdice and Miller consider an important part of participating in culture (in Lewis and Miller, 2002). Understanding the work of CIS is also important as these arrangements establish powerful epistemological regimes and consolidate government discourses – sets of statements that determine actions and thoughts – on cultural policy. The study of CIS entails not only addressing discursive practices that inscribe themselves on particular policies, but also socio-technological apparatuses and informational practices that sustain infrastructures and ideologies for cultural action.



This thesis constitutes a first step towards a critical understanding of CIS and the role they play in cultural policy. The study focuses in the case of Peru, a country that recently begun work towards the implementation of a national CIS, inspired and informed by the experience of other Latin American countries like Mexico. The Peruvian experience – currently unfolding – is particularly revealing in this initial stage as it shows the State aspirations that guide the building of conceptual foundations for CIS, and the logics that situate this kind of system politically in a developing country. This study integrates ideas from the study of governmentality (Foucault in Kritzman, 1988:155; Agamben, 2009; Appadurai, 2001; Roy, 2009; Bröckling et al, 2010), the emerging field of critical research on information systems (CRIS) (Stahl, 2008; Mingers & Willcocks, 2004), critical cartography (Crampton & Krygier, 2006), and contemporary debates on the changing notion of cultural policies (Yúdice, 2004; Miller, 1993).

The first step in establishing a critical framework for the study of CIS as experienced in the South is to outline a critique of cultural policies. One of the main arguments of this thesis is that cultural policy today is not only a disputed term, but also a construct that responds primarily to capitalist ideologies and particular neoliberal global aspirations. Today, cultural policies are generally worded in the language of global markets that understand cultural subjectivities from a multiculturalist perspective. Multiculturalism, as many have noted, imposes those valid (and safe) ways of “being cultural” in the world today, constituting itself as what Žižek refers to as “the cultural logic of multinational capitalism” (1997). This thesis addresses the effects of the contested nature of the term “cultural policy” today, proposing a critique of cultural policy articulated at multiple levels.

The most obvious level is the one concerned with the particularly unstable and multivocal notion and definition of the term “culture” itself, and how this indeterminacy plays out in the public policy practice and experience. Another level has to do with the discursive practices of “invoking culture” in cultural policy (Dominguez in Bradford et al, 2000). By conceiving of culture as something invoked rather than something that is we may move away from an endless and fruitless debate in terms of what culture really “is”, to what its political uses are today (23). From this radical perspective, “Culture” can be understood as a historically situated discursive object with a particular European origin and ethnocentric history (27). The relationship between culture and cultural policy, loaded with a Western sensibility (Isar, 2009), stands as an irony in the South, where grassroots arts and cultural organizations often state that cultural policies are necessary for the autonomous and independent development of their societies, generally from a nationalist and sometimes postcolonial perspective. It is also important to consider that invoking the need for cultural policies is also an invocation of the State as a valid political (Western) form. This stands as a contradiction, since grassroots cultural organizations simultaneously insist in a post-national conception of cultural policies, transcending State borders and political frontiers. It becomes clear that it is necessary to complicate the notion of cultural policy today. This is a crucial step towards a contemporary debate of CIS as socio-technological arrangements and technologies of power, as apparatuses that constitute important sites for debate and intervention.

CIS bring together the politics of cultural policy, mapping and information systems. They constitute an opportunity to bring in knowledge from information sciences, systems theory, critical theory and philosophy into the cultural policy realm. These types of information systems have not been studied from a critical perspective in the past, and tend to be considered a topic that all political actors can agree upon. This is because the idea of information systems in cultural policy studies is often considered to be apolitical. Likewise, in the

universe of cultural policy, technology is often considered to be apolitical. It is important to debunk this perspective. In order to do so, we should approach CIS as they work simultaneously in different levels: as classificatory and mapping mechanisms, as networks of people and institutions, and as technologies of knowledge and power.

All CIS engage in a kind of cultural mapping, sometimes referred to as cultural cartography. As cartographic devices, they directly inherit a particular cultural history (Haley, 2000). For example, specialists in Peru describe the “foundations” of the Peruvian CIS to be the “Atlas of Cultural Infrastructure,” currently being developed in four countries of Latin America (M. Noriega, personal communication, November 10, 2011). Mapping technologies are central to CIS, and constitute the primordial media for representing information in the system. Most CIS include maps, and most are currently undergoing changes due to the popularization and greater access to GIS technologies like Google maps. These changes will have considerable ramifications in terms of the relationship between people’s every day life and CIS in the future. Today, the cultural maps that are rendered through CIS constitute an important level of mediation of cultural information and policy. The politics of this process have not been studied in depth before. This thesis constitutes a first step in this direction.

Through interviews with officials responsible for establishing Peru’s CIS, it will become clear that CIS provide States a power to grant cultural legitimacy, albeit in a precarious way. As we shall see, the underfunded character of public initiatives to generate “cultural information” in countries like Peru, turn CIS into a kind of incomplete surveillance technology, dependent on the people and groups the State aims to govern. In this sense, studying CIS in developing nations is an opportunity to study what this thesis defines as precarious technologies for governance, that is, socio-technological devices that by virtue of their limited funding, lack of access to adequately trained human resources, lack of long-term planning and political vulnerability vis-à-vis changes in government leadership, exist in the form of a discourse of “incompleteness,” similar to the incomplete citizenship that Miller (1993) describes.

From the perspective of critical cartography, maps are active; they make reality as much as they represent it (Crampton and Kryeger, 2006, Harley, 2012). Maps actively construct knowledge, they exercise power, and they can be a powerful means of promoting social change (Kowalski in Calhoun & Sennett, 2007). Just like cultural policies, mapping and the cartographic gaze “code” subjects and produce identities. Pickles (in Crampton and Kryeger, 2006) rethinks mapping as the production of space, geography, place and territory as well as the political identities of people who inhabit and make up these spaces. In this sense, CIS can be understood as cognitive artifacts (Norma, 2009). While many specialists and scholars consider mapping cultural products, spaces and expressions as a fundamental exercise in the promotion of cultural citizenship (Mercer, 2002), it is important to argue that this practice is not purely emancipatory, as the act of mapping becomes also a process through which certain cultural resources become inserted and configured as part of a Cultural Economy. I propose that Cultural Economy is a construct that should be understood primarily as political economy. In other words, as a political project that endeavors to create – through the arrangement of the forces and politics of capitalist production – “a social reality that it suggests already exists” (Lemke, 2011b). This is not necessarily beneficial or leading towards the betterment in the quality of life of those communities involved in the creation of these cultural products and services.

Today, the Cultural Economy where cultural resources are inserted into implies a particular division of cultural labor (Yúdice, 2003) and various practices for the extraction of value.

When “captured” by CIS, cultural resources (places, institutions, ideas, artifacts, images and activities) are not only set in the motion of global information flows. More importantly, they become configured as part of a Cultural Economy through informational means. I refer to “capture” as the philosophical metaphor-model described by Agre (1994) and propose that the informational and computational aspect of CIS tends to be underestimated. Indeed, it is important to address how CIS are composed not only of human resources but also of a computational infrastructure – one that depends on machines to process information and render visualizations – because this leads to the constitution of a particular epistemic regime. As Agre (1994) mentions, since a machine can only compute what it can capture, the world must be instrumented accordingly. This speaks to the epistemic and ontic functions computers have (Brey, 2005). In other words, computers work not only as cognitive devices, but also as devices through which a particular environment can be engaged (32). This thesis is concerned with the politics behind the potential engagement of cultural resources and economies through informational means, and how these play out through actions by the State and Civil Society.

The instrumentalization of a world implies an ontology. In other words, it implies an ordering of the world, one to which all captured elements will be subjected. While it is tempting to conceive of these as inevitable mechanics, this study will argue that being aware of the politics of capture in information systems can allow us to design alternative CIS and foster alternative “cultures of mapping” (Perkins, 2004), from a different ideological perspective, with other economies in mind and thus providing for alternative ontologies embedded in computational infrastructures. Using the example of *Culturaperu.org*, a CIS developed and maintained by a group of cultural organizations in Peru, this study will suggest how an alternative ontology for capturing and instrumentalizing culture may be constructed, while describing various political implications which may be insurmountable in the logic of CIS and could be understood as the limits of participative cartographies (Elwood, 2006).

At the level of discourse and the rhetoric of public policy, CIS are considered important infrastructures that inform decision-making processes in cultural policy design. For example, Mexico’s Cultural Information System (<http://sic.conaculta.gob.mx>) is described as “an electronic portal and an Internet database developed by the National Council for Culture and Arts of Mexico, which offers diverse and updated information to elaborate diagnostics, orient decision-making processes and the evaluation of cultural policies” (SIC-Mexico, 2011). “Evidence-based policies” and “informed decision-making processes” are some of the most popular terms linking information and policymaking today. CIS are part of the discourse of evidence-based actions, and a critical study of CIS should question what “evidence-based” means in the context of cultural resources and public initiatives.

In order to develop a critique of CIS it is also necessary to address the notion of cultural information, per se, questioning the apparently stability of this notion and other related concepts like data, knowledge and wisdom. The information part of “cultural information” invokes a seemingly pure technical concept, related to the presumably straightforward mechanics of information and knowledge management. However, our current understanding of information is relational: Information is generally understood in relation to the idea of data and knowledge. The general trope is that data are simple facts or symbols that contain no meaning; patterns of data generate information, and the interpretation of information generates knowledge. This underlying relational conception assumes sequentiality and hierarchy; a process model where something simple is converted into something more complex and valuable (Tuomi, 1999). This, however, is not true. Information cannot simply be the injection of meaning into data, because data already has meaning; otherwise it would be not

possible to perceive it (Introna, 1997 in Stahl, 2008). According to Galloway & Thacker (2007), while data has no technique for creating meaning - only techniques for interfacing and parsing - meaning only ever exists as the threshold of mixtures between two or more technologies: Meaning is data conversion.

The essence of the Data-Information-Knowledge-Wisdom (DIKW) pyramid is this sequentiality and hierarchy of abstractions, a model that is part of the Information Sciences cannon and on which there is abundant literature (Hey, 2004; Bernstein, 2009; Jennex, 2009; Fricke, 2009; Rowley, 2006; Tuomi, 1999). We may say that the “knowledge pyramid” is one of the most fundamental, widely recognized and taken-for-granted models in the information and knowledge literatures (Fricke, 2009). The traditional approach to the DIKW pyramid considers data as “basic, discrete, objective facts such as who, what, when, where, about something” (Jennex, 2009: 2). It follows that information is considered as “data that is related to each other through a context such that it provides a useful story” (3). From this perspective, knowledge is “information that has been culturally understood such that it explains the how and the why about something or provides insight and understanding into something” (2). According to Jennex (2009, 2) wisdom places information into a framework that allows the knowledge to be applied to different and not necessarily intuitive situations, while Bernstein (2009) argues that “wisdom” means an ability to see the long-term consequences of any act and evaluate them relative to the ideal of total control (3).

It should then come as no surprise that the political condition of data and information is generally understudied. The DIKW hierarchy, with its broad base of data is seen as safe, secure and stable (Rowley, 2006) and is also present in CIS design. Cultural policy conceives of “cultural information” as something that is common sense and concrete. It is crucial to destabilize cultural information as a construct and complicate the DIKW hierarchy as seen in the CIS realm. Future research should engage in a profound critique of cultural data and cultural databases: both products of CIS that are also conceived as apolitical by those invoking their power. While different authors have already recognized the importance of databases in cultural sectors (Shackley, 1997), there are not many critical inquiries on the politics of databases in the study of CIS and cultural policies — with the notable exception of Srinivastan’s work (2007).

Claims on the objectivity of data and information can be traced to empiricist assumptions and particular epistemological regimes in which the world is assumed to exist independent of those who observe it, true knowledge being independent of the knower, potentially available to all careful observers (Tuomi, 1999). One of the central arguments in this study is that cultural information is not different from other kinds of information per se, but that the cultural part of “cultural information” serves as a type of “tag” that operationalizes the work of this information in the construction of a particular epistemological regime. CIS constitute the informational infrastructure for this regime, in which culture appears to be clearly localizable and measurable within a specific terrain, thus turned into a “calculable territory” (Hannah, 2009), measurable and quantifiable, incorporated into a seemingly concrete Cultural Economy and thus subjected to its harnessing and exploitation.

This thesis offers two main sections and a conclusion. The first section “The Apparatuses of Culture” conceptualizes Cultural Information Systems (CIS) as apparatuses of a neoliberal governmentality, as it is experienced in the cultural sector. This section introduces the managerial regimes and imaginaries that condition contemporary CIS design, the proliferation of CIS in Latin America and the issues that surface in the construction of a CIS in Peru. The section also addresses CIS as mapping technologies, and the managerial lim-

itations and restraints that may emerge when constructing a CIS in a developing country. The second section “Building Alternatives; Combating Apparatuses” presents the ideas of counter-governmentality and counter-apparatus and uses the case of Culturaperu.org – a CIS developed from the perspective of civil society – to address alternatives for CIS design. Finally, the Conclusion brings together the main ideas developed throughout this thesis and describes the need to further our understanding of how ideas on culture, cultural policy and cultural economy can become embedded in socio-technical devices.



# The Apparatuses of Culture

This thesis is inspired by the work of Michael Foucault, particularly his ideas on *governmentality* and the notion of dispositif or apparatus (in Kritzman, 1988). By governmentality, Foucault means three things:

1. The ensemble formed by the institutions, procedures, analyses, and reflections, the calculations and tactics that allow the exercise of this very specific, albeit complex form of power, which has as its target population, as its principal form of knowledge political economy, and as its essential technical means apparatuses of security.
2. The tendency that, over a long period and throughout the West, has steadily led toward the preeminence over all forms (sovereignty, discipline, and so on) of this type of power – which may be termed “government” – resulting, on the one hand, in the formation of a whole series of specific governmental apparatuses, and on the other, in the development of a whole complex of knowledges [savoirs].
3. The process, or rather, the result of the process through which the state of justice in the Middle Ages transformed into the administrative state during the fifteenth and sixteenth centuries, gradually becomes “governmentalized.”

I propose to consider Cultural Information Systems in their current form and the cultural policies they are meant to inform as part of the expression of a neoliberal governmentality that actively configures the cultural sector. CIS form part of the “art of government” and administration of culture today. The art of government refers to the question of who can govern, what is governed, how best to govern, and what governing is (Gordon, 1001:3, in Crampton, 2011). Exploring governmentality, as it plays out in the cultural sector – what we may call the government of culture – means exploring the political question of governing (64) and involves studying not only the government of the behaviors of others, but also “the aims and aspirations, the mentalities or rationalities intertwined in attempt to steer forms of conduct” (Huxley, in Crampton and Elden, 2007). My main argument is that the aspirations, propositions and rationalities that sustain the use of CIS today stem from neoliberal sensibilities. In this view, neoliberalism is conceived not just as ideological rhetoric, as a political-economic reality or as a practical anti-humanism, but above all as a political project that endeavors to create a social reality that it suggests already exists (Lemke, 2011b). This kind of analysis reveals a complex political arrangement that advances a multi-layered process of subjectification (the creation of particular subjects), desubjectification (Agamben, 2009) and the construction of rationalities within a specific political economy, in this case configured as a “Cultural Economy.”

Today, the government of culture involves information gathering and processing to actively construct a particular political economy, one that has become naturalized in contemporary debates on cultural policy and especially in Latin America and developing countries in general. The government of culture uses information systems in the management of cultural resources, spaces and subjects, and in their intervention, inscription and exploitation. As we will see, information processing and management in the government of culture serves as strategy for control.

For a person who comes from the field of arts administration or cultural management – an emerging disciplinary field (Escobar, 1988) in need of further study – or any other managerial discipline related to arts and cultural policies, this approach may result quite unsettling. CIS are often considered as straightforward, neutral information systems that serve as tools “to do a better job.” I believe that it is crucial to problematize and complicate this notion, as a way to promote more emancipative (Stahl, 2010) and critical understandings of the role of technology in the generation of knowledge for cultural policy design, and on the construction of particular rationalities and knowledges [savoirs] for the government of culture.

CIS, construed as tools, form part of a managerial ideology that actively constructs a particular “regime of truth.” A regime of truth has to do with the way truth is produced (Foucault in Kritzman, 1988), and “how men govern themselves and others” through this truth. In this case, the regime of truth acts through a specific conception of the role culture should play in the development of communities across the world; a position and proposition in terms of what a “better use” of cultural resources means and what “doing a better job” entails. Being aware of this impetus is the first step to resist certain aspects of what I refer to as the economization of culture. This should prompt us develop alternative economies of culture, something that will entail constructing counter-apparatuses to broaden the possibilities and grammars for action at hand.

As contemporary apparatuses of culture, CIS impact in the way we recognize of things and one another, and have to do with how we conceive of the norms of futurity (what is actually possible in the future) (Appadurai, 2004). What is at stake is our capacity to aspire, understood as a cultural capacity (87), and the need to resist processes subjectification and desubjectification that renders us helpless, or part of the imperative of cultural economic exploitation. The main point is that alternative worldviews on the role of culture and the terms of cultural development do not surface as easily, since contemporary apparatuses of culture dominate the space of “legitimate” knowledge. This has to do with what Escobar (1988) identified more than two decades ago: the construction of the Third world as a territory and a space to be managed, from the perspective of what he identified as the Western Economy, conceived as an ensemble of systems of production, power, and signification (438):

The consequences of this are enormous, to the extent that the very basis of community aspirations and desires is modified. Thus the effect of the introduction of development has to be seen not only in terms of its social and economic impact, but also, and perhaps more importantly, in relation to the cultural meanings and practices they upset or modify.



For Escobar (1988) certain types of social dominance should be analyzed as “the product of the interconnection between the introduction of dominant discourses about the economy, their inscription in institutions and practices (e.g., through development), and their effect on local historical situations, including the resistance to these processes.” While this thesis does not deal with these three levels of analysis in depth, it proposes ideas that aim to tackle the second issue: How a dominant discourse is inscribed in institutions and practices, through the use and deployment of socio-technical devices.

As we explore the history of development and deployment of CIS in Latin America, and in particular in a country like Peru where a CIS is currently being built, we will soon begin to realize that the so-called Cultural Economy – a political economy – requires CIS to govern and administer spaces, manifestations, objects and expressions of culture, not only to exert control, but also to insert them in a larger global economy and international division of labor (Miller, 1993). The larger construct of the “Global Cultural Economy” is also relevant in the current process of expansion of CIS to other countries in the Latin American region, promoted by organizations like the Inter-American Foundation for Culture and Development, which will invest in the development of CIS throughout the region. As CIS implementation is promoted in other regions of the world, it becomes essential to address the rationalities of what will surely become a truly global infrastructure: a global assemblage (Sassen, 2006) with a concomitant technological layer. As this assemblage is actively built through explicit agendas and programs, critical studies should tackle the nature of the political economy in which CIS deployment is embedded.

As mentioned before, CIS do not exist independently from an economic ideology. Of particular importance to this perspective is the way Foucault frames governmentality, understanding it as a relation between government, population and political economy:

In any case, I wanted to demonstrate the deep historical link between the movement that overturns the constants of sovereignty in consequence of the problem of choices of government; the movement that brings about the emergence of population as datum, as a field of intervention, and as an objective of governmental techniques; *the process that isolates the economy as a specific sector of reality*; and political economy as the science and technique of the government in that field of reality. Three movements – government, population, political economy – that constitute from the eighteenth century onward a solid series, one that even today has assuredly not been dissolved (Foucault in Kritzman, 1988, my emphasis).

The relation between CIS and the notion of political economy is direct. CIS act towards the process that “isolates the economy as a specific sector of reality”; in this case it isolates and reifies a Cultural Economy. In this move, culture is de-politicized, explained in terms of the laws of the market and the science of economics; subjected to what appear to be “natural” mechanics quantification and enumeration. Cultural Economy appears as something to be mapped concretely and understood indisputably, and as such determines an arrangement of social and cultural relations for production. In this economization of culture, social inclusion becomes naturalized as the possibility for individuals to “take part” in an economy through very specific means: exploitation or consumption, but not through the definition of the terms of this economy and its objectives.

I propose we consider a Cultural Information System not only as technical device or tool, but as fully-fledged apparatus as understood by Foucault (in Kritzman, 1988), expressed as an ensemble that brings together discourses, institutions, architectural forms, regulatory decisions, laws, administrative measures, scientific statements, philosophical, moral, and philanthropic propositions. For Foucault, the apparatus itself is the network that can be established between these elements including both “the said and the unsaid” (in Kritzman, 1988). The term apparatus helps to broaden our understanding of CIS, viewing them as complex constructs that articulate ideas on cultural categories, informational architectures, cultural policies, the politics of cultural indicators and statistics, and propositions on the role of culture as a tool for inclusion and economic development. We cannot limit the analysis of CIS to the assessment of kind of information system or Website, the digital interface of the CIS as seen online: We need to understand of CIS as a network of heterogeneous elements, including ideas, institutions and rationalities.

In the same interview mentioned before, Foucault explains that:

By the term “apparatus” I mean a kind of formation, so to speak, *that a given historical moment has as its major function the response to an urgency*. The apparatus there has a dominant strategic function...I said that the nature of the apparatus is essentially strategic, which means that we are speaking of a certain manipulation of relations of force, of a rational and concrete intervention in the relations of forces, either so as to develop them in a particular direction, or to block them, to stabilize them, and to utilize them. The apparatus is thus always inscribed into a play of power, but it is also always linked to certain limits of knowledge that arise from it and, to an equal degree, condition it. The apparatus is precisely this: a set of strategies of the relations of forces supporting, and supported by, certain types of knowledge (Foucault in Kritzman, 1988).

A formal analysis of a CIS as Website would leave us only scratching the surface of what a system of this sort really entails. One thing that may escape our analysis is that CIS advance processes of subjectification, within a specific historical moment. History is key as it reveals another aspect of the apparatus: its emergence as a “response to an urgency.” I argue that in the case of the cultural sector, the “urgency” to which CIS is the response to has to do with the contemporary process towards the consolidation of a Cultural Economy in the different countries of the Latin American region, and the construction of a region-wide cultural (common) market, itself with links to a global cultural economy. The “strategic function” of CIS within this political economy is to render cultural resources manageable, controllable and exploitable. While this perspective may seem dystopic and extreme Manichean for many readers, current trends in cultural policy-making clearly show a predilection for rhetoric on cultural progress based on industrialization, global competition and extraction of value (Rey, 2008).

Giorgio Agamben’s essay “What Is an Apparatus?” (2009) can help us gain greater depth in the understanding of these ideas. For Agamben, the Latin term *dispositio*, from which the French term *dispositif*, or apparatus, derives, takes on the complex semantic sphere of the theological *oikonomia*. The “dispositifs” about which Foucault speaks are somehow linked to this theological legacy. The term *oikonomia* points at a fracture “that divides and articulates in God being and praxis, (..) the nature through which He administers and governs the created world” (11). Recognizing this fracture is crucial, since the term apparatus “des-

ignates that in which, and through which, one realizes a pure activity of governance devoid of any foundation in being” (11). For Agamben, this is the reason why apparatuses must always imply a process of subjectification, that is to say, they must produce their subject (11). Agamben proposes to call apparatuses anything that has in some way “the capacity to capture, orient, determine, intercept, model, control, or secure gestures, behaviors, opinions, or discourses of living being” (14). In this view, cigarettes, language and CIS could be defined as apparatuses.

Agamben, explains that the term apparatus refers back to the theological notion of *oikonomia*: A set of practices, bodies of knowledge, measures, and institutions that aim to manage, govern, control, and orient – *in a way that purports to be useful* – the behaviors, gestures and thoughts of human beings (13, my emphasis). The claim of something “being useful” is key, as it opens up a debate on the nature of a type of purposiveness, and its relation to issues of control. I would argue that the common trope in cultural policy circles on the need to “make decisions based in evidence” (evidence that CIS can provide in the form of information) has to do with a need and the purpose of control. As Beniger (1989: 434) reminds us “all economic activity is by definition purposive, after all, and requires control to maintain its various processes to achieve its goals.” In this sense, the notion of apparatus allows to account for a kind of purposiveness in a much more nuanced way, paying attention to a network of elements, as they define – in different instances, spaces and chronologies – a purposiveness that requires information to achieve control.

Agamben proposes to situate apparatuses in a new context. He suggests we consider two large groups or classes: living beings on the one hand, and the apparatuses to which they are subjected on the other (13). This means, in theological terminology, the ontology of creatures and the *oikonomia* of apparatuses that seek to govern and guide them towards the good (13). However, the most important consideration Agamben makes, is that aside from living creatures and apparatuses, there is a third class: subjects. He decides to call subjects “that which results from the relation and, so to speak, from the relentless fight between living beings and apparatuses” (14). This thesis attempts to frame this “relentless fight” from the perspective of CIS design and deployment. As an activist and scholar, I also attempt to delineate this “relentless fight” as space for social action, a horizon to confront and combat apparatuses.

If the “strategic function” of CIS as apparatuses is the consolidation of a knowledge regime based on the economization of culture, what are the characteristics of this economization? First, I propose that this economization implies controlling a perceived “cultural” space, through the identification of cultural resources, defined *exogenously*. In other words, the economization of culture does not only imply a kind of logic for control and/or extraction, but also of imposition of external categories (museum, theater, etc.) in the appreciation and rendering of a cultural space. In other words, economization involves the construction of a cognitive space. This construction is not democratic. Just as the elaboration of CIS tends to rest in experts, the recognition of cultural resources is mainly external to those people inhabiting particular cultural spaces.

Second, by considering culture as an economy a particular framing and capturing process (Agre, 1994) of cultural expressions as products and services takes place, in an attempt to survey, control symbolic production and construct a particular political economy of culture. This move simulates the emergence of rationalities and concomitant bureaucracies inspired in market-based neoliberal philosophies. The notion of “cultural manager” itself, as seen in the context of Latin America today, could be considered as standing in an am-

bivalent position (or tension) between communitarian and managerial visions of this role and disciplinary field. Future studies and projects need to focus on this issue, as it relates to discourses on “cultural professionalization.”

Finally, the economization of culture implies its instrumentalization. In this case, instrumentalization is framed under a managerial logic and a capitalist economic philosophy of scarcity and exploitation. In the last three decades of neoliberalization, the view that culture contributes to economic growth has resulted in an increased managerial corporatization of cultural work and institutions (Léger, 2011). Management techniques have expanded as notions like “creative class” and “creative sector” serve as an alibi for exploitation (7). However, in the cultural sectors of developing countries – characterized by weak and emerging cultural and public institutions – these cultures of instrumentalization have not been fully adopted. This situation generates opportunities for the construction of alternative economies, but also for the intensification of pressure to adopt “tools” like CIS in an attempt to consolidate a regime of truth, with its concomitant Cultural Economy.

I agree with Gibson and Kong (2005) in that “the discourse of a singular thing called the *cultural economy*, conceived as a singular economic body that has an apparent life of its own, must be interrogated.” The idea of the Cultural Economy is perhaps the most powerful construct in the economization of culture, and as a device of imagination, requires a radical critique. As Gibson and Kong (2005) mention, our use of encompassing phrases like this one might blind us to the extent that “the economic formations are merely imagined into solidity, only made hegemonic entities through our representation of them, rather than through an a priori ‘natural’ existence.” The authors emphasize that:

While it may remain an important project to state and critique claims for the importance of all forms of creative endeavor, couched in both cultural and economic terms, it is problematic to assume that “the cultural economy” has some existence outside the social, political and cultural contexts within which individuals and groups of people work (14).

Recent publications like “The Economics of Cultural Policy” (2011) by David Throsby have initiated renewed debates on Culture and Economy, staying away from the reification of a Cultural Economy, and opening up what seem to be more productive debates on the nature of the *economic value* and *cultural value* created by the cultural sector (12). However, current attention appears to focus excessively on developing informational techniques and methods to measure these kinds of values and not so much on questioning the construction of a singular and “natural” cultural economy, with a coincident philosophy for valuation. While engaging in debates about how to measure cultural value can be very productive, it is important to acknowledge that “cultural value” as recognized by Throsby (2010) is also an unnatural notion. Cultural value, described by Throsby (20) as “a multifaceted concept reflecting qualities such as the aesthetic, symbolic, spiritual or historical values attached to a particular item” is – by definition – constructed through complex subjective processes and in multiple sites. I want to propose that CIS should also be conceived as sites for the simultaneous creation of cultural value and economic value. As complex and unique socio-technological devices that engage in the synthesis/encounter of both valuation logics, CIS require greater analytical attention.

In terms of culture and economy, while there is a lot written about, for example, the discourse on cultural industries and its implications (Horkheimer, Adorno, Bourdieu, Bürger,

etc.), the configuration of an international division of cultural labor (Miller, 1993), the (more recent) discourse on creative industries as it emerged in the 90s and its effects on urban centers understood as “creative cities” (Léger, 2011), these and other multiple aspects of the economization of culture will not be addressed in this thesis. Instead, my main goal is to frame the analysis of CIS as apparatuses, and describe their role in the construction of a regime of truth and a (singular) cultural economy. This work aims to serve as a first step towards future in-depth studies in the other areas mentioned before.

---

## New Public Management

For Watts (in Radcliffe, 2006) economizing means making choices to allocate scarce resources among competing ends:

(...) Scarcity had a much broader discursive resonance. It became central to economics, which of course was significant not simply in the rise of neoclassical free market thinking but in the entire arena of economic policy and the very idea of a national economy (Mitchell, T. 2000). Scarcity became, one might say, a condition of possibility for modern rule. It represents *a discursive formation precisely because it operates across many domains in and beyond the state* (...) Scarcity cross cuts and informs all of the analytics of modern government (34, my emphasis).

The discourse of scarcity is present in the conception of CIS as a tool for government. Experts and public officials often refer to CIS as tools to help them use limited resources more efficiently. This has to do with the performance-based programs and evidence-based policy approach in public administration that rose during the 1990s, and that coincides with the emergence of Cultural Information Systems in Latin America. Head (2007) explains that the idea of “evidence-based policy” is coincident with the *New Public Management* (NPM) emphasis on efficiency and effectiveness. The NPM is a management philosophy used by governments since the 1980s to modernize the public sector (Dawson and Dargie, 1999; Head, 2007:6). Dawson and Dargie (1999) conceive of NPM as a set of beliefs or *ideology* from which actions follow in anticipation of particular *consequences*, a subject for study and commentary by academics, and a set of practices that can be observed in recent public sector reform (460). These authors suggest we address NPM as a multi-layered concept [apparatus?] consisting of ideology (private sector practices and markets can increase efficiency in the public sector), actions (introduction of market mechanisms and business-like, practices) and consequences (operational performance, strategic direction, governance and values) (1999:3):

The evidence-based movement in modern public policy (...) is linked to the modern emphasis on rational problem solving, with its focus on accurate diagnosis and knowledge of causal linkages. It is also congruent with import-

ant modern strategic concerns with risk analysis and appropriate mitigation responses. In the more technocratic version of the evidence-based approach, the aspiration is to produce the knowledge required for fine-tuning programs and constructing guidelines and “tool-kits” for dealing with known problems. Hence, the currently famous phrase that defines much of the movement – “what works?” (Roberts 2005 in Head, 2007).

The construct of NPM is an important element of the network that constitutes CIS as apparatus, as evidence-based orientations depend on information and data processing. From the perspective of NPM, an important question was what kind of investment in data/information would be needed to generate the necessary knowledge, both to understand complex problems and then to create viable solutions (Head, 2008). This explains why the 1990s – the same period in which CIS emerge in various countries in Latin America – was a period that saw “a major increase in use of new technologies for data-gathering and data analysis in order to measure the nature and extent of problems, assess the current impacts of service systems, and provide benchmarks for judging future performance” (4).

Despite NPM’s success (expressed in its rapid expansion to various spaces of government), contemporary studies on evidence-based policy have questioned whether the persistence of complex social problems was really attributable largely to a lack of information, i.e., “gaps” in the database (Schon and Rein 1995, in Head, 2007). In other words, they suggested that obtaining more data to fill the known gaps would not necessarily get us onto the highway toward good policy solutions, “because much of the policy puzzle is about reconciling different value perspectives” (5). Indeed, during the 1990s we also see a number of publications that argue that design, whether of social service systems or social policy, is not a process of problem solving governed by criteria of technical-rational analysis (Schön and Rein, 1995). Schön and Rein (1995) conceive of policy positions as resting on underlying structures of belief, perception and appreciation which they call “frames” (23). These frames which shape policy positions and underlie controversy are usually tacit, which means that they are exempt from conscious attention and reasoning (23). I would argue that CIS contribute to a particular tacit framing, and that not enough attention has been paid to the nature of this framing or the possibilities of engaging in a re-framing processes.

Alfonso Castellanos, a Mexican specialist in cultural statistics and responsible for the development of the Mexican CIS during the ‘90s, explains that while the discourse on “informed decision-making” is still one of the main reasons to justify the implementation of CIS in countries in Latin America, he has a hard time finding a clear example in which we can see how the information generated by a CIS is used by a Minister or public official to legitimize or support a particular kind of legislation or program (A. Castellanos, personal communication, October 18, 2011). This is a striking realization, since it suggests that CIS work primarily in the arena of the virtual, and that evidence-based criteria have still not been incorporated in the day-to-day functioning of cultural institutions. Studies have also shown how the tendency of New Public Management, both in countries in the North and South, is a complex, highly uneven and contradictory process (Desai and Imrie, 1998). The experience of Mariela Noriega, Director of Access to Arts and Cultural Industries in the Ministry of Culture of Peru, supports this view as it shows how despite the appreciation for information and a data as necessary for good governance, CIS in countries like Peru are often questioned and efforts to sustain them financially often prove to be extremely challenging (M. Noriega, personal communication, November 10, 2011). These tensions may be a reflection of the contradictory process Desai and Imrie (1998) have noticed in

India and the United Kingdom, but may also be an indicator of a particular moment in CIS implementation in the region, marked by the introduction of a new technology to an otherwise bureaucratic and protectionist institutional milieu, marked by pervasive structures of clientelism and populism, for example (Postigo, 2011; Szwarcberg, 2012).

Regional and global trends indicate that CIS will become more popular and widespread in the coming decades. A recent publication by the Organization of American States (OAS, 2011) recognizes CIS as a set of “successful practices” in the region. This is an indicator of a desire by international organizations to continue fostering and funding CIS implementation in other countries in the South. Obviously, making the case against gathering information on the cultural sector for decision-making is both nonsensical and futile. The problem is not gathering information per se, but understanding the logics behind CIS as technologies, through a perspective that overcomes their simple condemnation. I believe that, as we will see in the section that follows, this can lead us to create alternative CIS designs and logics for their deployment, enriching the knowledge systems that are currently at work in the cultural sector.

It is important to reflect on how the definition of CIS as apparatuses of culture appears to configure government officials, consultants, specialists, cultural managers, statisticians, operators and designers of these kinds of systems as lacking agency or the power to change things, or, worst of all, as standing in the wrong side of a battle for freedom and emancipation. This is not only incorrect, but also unproductive. Agamben reminds us that “at the root of each apparatus lies an all-too-human desire for happiness” and that the capture and subjectification of this desire in a separate sphere constitutes the specific power of the apparatus. The point is not to vilify the large number of professional and experts working on Cultural Information Systems today, but to contribute to the development of increasingly open and democratic information systems, that stem from the recognition of alternative knowledge systems, a non-economicist approach in the understanding of knowledge creation, and the struggle to broaden our understanding of culture and economy.

In a sense, this thesis aims to contribute towards the emergence of a new “frame” in Schön’s (1995) terms, from which to situate the design of new cultural policies and CIS. Furthermore, as we shall see in the next section, there are examples in Central America of experts working on an alternative to Cultural Information Systems, engaged in the creation of what they refer to as “Cultural Information Ecosystems” (EIC). These EIC imply an alternative way of conceptualizing the generation of information and knowledge, of opening up knowledge systems to participation and the establishment of a novel relationship between people, information and institutions. There are also independent groups in civil society developing projects like [Culturaperu.org](http://Culturaperu.org), in which new categories and roles are adopted, in an attempt to promote the creation of counter-apparatuses. In other words, the future is not bleak, nor is this a struggle between good and evil. It is also paramount to recognize that apparatuses are not a mere accident in which humans are caught by chance, but are rooted in the very process of “humanization” and that made “humans” out of the animals we classify under the rubric of *Homo Sapiens* (Beniger, 1989:17). The struggle to create CIS from the perspective of State and civil society – to control and to subvert – are all part of the same experience of technical and political evolution. The position of this thesis is to question the excessively economicist tradition which impacts negatively in the possibility to imagine and generate more sustainable, ecological and open processes and infrastructures for cultural development.

---

# The Proliferation of CIS in Latin America

A recent publication by the Organization of American States (OAS, 2011) presents 18 “successful practices” that promote the role of culture in “economic growth, cultural inclusion and sustainable development” (6). The publication includes Cultural Information Systems (CIS) as part of these successful practices, defining them as regional initiatives that “have emerged at different times in different countries and currently operate in Argentina, Chile, Colombia, Costa Rica, México and Uruguay, aside from the CIS of the Mercosur<sup>1</sup> (SICSUR)” (13). According to the OAS (2011) the first efforts to create CIS in the region go back to the 1980s, yet most national systems at work today were established in the past decade. Mexico stands out as a pioneering example, due to its history (it was created in the early 90s) and continuity:

All these systems are based on-line and manage different archives that include databases and directories of institutions, infrastructure, festivals, awards, grants, etc.; Statistics generated by the systems or by external sources; research and studies conducted by the systems; virtual documentation centers that bring together relevant information generated by other sources; new bulletins and follow-ups, to mention only some of the most relevant and common aspects of the systems mentioned.

The case of the SICSUR, which started in 2008, is revealing because it focuses on providing information about what the institution envisions as a “common market.” From the perspective of our analytical framework, the SICSUR takes part in the recreation of this common market through informational means. Since its creation in 2008, the SICSUR has worked as unified space for the presentation of information on the “cultural economy of the region” (24) and of each the countries that participate in this organization: Argentina, Bolivia, Brazil, Colombia, Chile, Ecuador, Paraguay, Peru, Uruguay and Venezuela. The SICSUR’s online platform (<http://www.sicsur.org/>) is composed of a number of sections for surveying, measuring, comparing and processing information. It contains cultural statistics, maps, legislation, documents, information on foreign trade, and publications. The first online version of the SICSUR offers more than 4,200 entries on its cultural map, more than 50 tables and graphs on cultural statistics, 248 pieces of cultural legislation, 9 documents and 2 original publications (54) (See Figure 1).

The OAS (2011) refers to a history of CIS in the region and mentions an additional historical reference: The CIS of Latin America and the Caribbean (or SICLAC), a project designed at the end of the 90s and that envisioned a regional informational system. SICLAC also included as part of its objectives the provision of hosting and emailing services to the participating countries, and considered the role of CD-ROMS in an informational ecosystem where hardware and connectivity were critical issues (UNESCO, 1997). The SICLAC never worked as the organic and region-wide system that was envisioned, and suffered from many setbacks. However, it constituted the first step in expanding ideas on the importance of these systems to countries in the region through workshops and forums that took place in various countries at the end of the 90s.



The OAS (2011) explains that before the existence of CIS in various countries, information was fragmented among different administrative units and operated with different criteria. Information was not updated regularly nor was it systematized:

Hence, every request for information involved searching different sources. This would be resolved casuistically and through manual procedures. This showed that there was no open and transparent access to information, whether among the different administrative units coordinated by the Ministries of Culture, equivalent or relevant organisms like cultural institutions in provinces, states, district or cities, and that this information was not available to researchers, artists, independent cultural promoters and the general public (OAS, 2011).

At first, there were many limitations in the promotion of these systems. These had to do with lack of experience and tradition in managing systematized information, sharing it within and between institutions, and creating common databases (12). Another problem was the lack of human resources and hardware destined to engage in these tasks regularly, and the technical difficulties in designing and developing a database of this type that would interconnect different regions in a country (A. Castellanos, personal communication, October 18, 2011). Technical innovations in the field of database design, open source technologies, advances in GIS technologies, the penetration of the Internet into diverse geographical regions and realms of human activity, as well as a contemporary robust digital culture in Latin America provide for a completely different setting today.

The importance of CIS is often considered at different levels. First, these tools are supposed to help cultural institutions formulate, adjust and evaluate policies in terms of the objectives that are pursued and the resources that are available. According to the OAS (53), Cultural Information Systems “respond to the need to count with information that is accessible to the public, systematized and generated in a regular way so as to elaborate diagnostics, orient decision-making and evaluate cultural policies” (54). Second, they are devices that allow greater knowledge on “cultural phenomena” which should be “useful for promoters, cultural managers and researchers.” Third, they are also tools to guarantee accountability and transparency. In other words, they serve as tools to communicate how much is spent, in what and with what results:

Since public policies *compete for these* [financial] resources, it is necessary to show what is done with these resources, and what impact they have in society. This information is indispensable for citizens to evaluate institutions and affect decision-making on the use of public resources (OAS, 2011; my emphasis).

The OAS publication states that CIS serve as tools to negotiate and administer more (financial) resources, both public and private, for the cultural sector (53). The role of CIS as tools to sustain claims for increased budgets or their preservation, and as dispensers of “useful information” situates them in a very complex terrain, one in which various kinds of imperatives meet. One may argue that both imperatives (being useful to negotiate and compete for national budgets, and serve as a useful resources for citizens) may be compatible, yet this simultaneous objective is difficult to attain. The idea that the agendas of civil society and the State meet in the need for a singular kind of information is naive, in a certain sense,

and takes on an apolitical view of information retrieval and processing, two very political processes that respond to specific drives and mandates. The issue of mandates will become clearer as we explore the Peruvian case, with differing examples of State-sponsored CIS and private efforts from civil society to generate alternative and “useful” CIS.

The results of CIS implementation in the last decade are considered “significant” (OAS, 2011). According to the OAS (2011) CIS have generated a broad archive of resource of great use for decision-making processes at the service of different social actors, as well as to orient an informed public discussion:

CIS constitute a necessary base to reach a better understanding of the current situation of the sector and its tendencies; to evaluate the results of the policies that are undertaken; to set in motion processes of analysis and reflection on culture and its challenges; to promote an informed debate and make possible agreements and consensus that sustain policies in the medium and long term. To plan without counting with a good base of information is a risk and to evaluate without solid references and clearly defined criteria is inappropriate.

According to this view, CIS are the starting point to develop instruments that allow for a better self-evaluation, feedback on work and the design of policies and programs that respond to proposed objectives. They are also generators of raw material to inform in a clear and transparent fashion on the actions that are carried out, to be accountable to society about the results of public administration, to promote good experiences and successful practices.

The OAS (2011) explains that the development of CIS is not reduced to a technical-administrative process, “since their sustainability, and above all, their utility require the participation of numerous actors.” The report states that CIS are the result of institutional work of many years to develop open access databases that can be updated permanently and in a decentralized way (23). This “institutional work” is important. This is a process through which operators, working to construct a CIS, generate institutional links between administrative units and people, sometimes in different regions and in very different government areas. This kind of institutional work constitutes the active construction of the apparatus, as it may generate new ideas and discourses on the relationship between, for example, health and the arts and culture. A weaving of institutions is also a weaving of people and ideas; of discourses on what databases can do for the institution and society, and in terms of what the value of information is in conducting an effective government:

In terms of the impact these systems have had, the OAS states that CIS contain a large quantity of information gathered and systematized throughout the years. They have also developed a network of users and contacts of great importance, and a process of informed reflection and debate. Entries in these databases reach the tenths or hundred thousands, as well as queries through the Internet. In this sense, the CIS have laid the groundwork for the organizations responsible for cultural policies to do a better job, that their activity be more transparent towards citizens, institutions and other social agents (OAS, 2011).

The networks formed between institutions and people, as well as the institutional work that setting up a CIS entails, constitute the most concrete processes and sites to study the mechanics of how CIS function as apparatuses and evolve through time. From a methodological perspective, future research should involve multi-sited qualitative research, trying to study those moments and instances in which “the system” gets built. Of use are approaches like those developed by Riles (2000) in “The Network Inside Out,” where a transnational network of NGOs is studied through ethnographic methodologies, in an attempt to understand how a decentralized organizational formation imagines, constructs, materializes and “performs” the network. In the same way, the study of CIS in the future will have to address these kind of formative processes, understanding CIS as an apparatus formed by people, institutions, their discourses and relations.

An emerging perspective on CIS currently being developed in Central America aims to conceive of these systems as “Ecosistemas de Información Compleja” (Complex Information Ecosystems) or EIC. According to Ana Cecilia Montilla, Lead Researcher for this project, this approach considers the various sub-systems that are actually part of any CIS (personal communication, October 20, 2011), but are often considered separately. This means integrating four interrelated sub-systems: the official CIS (consisting of directories, inventories and catalogues); the sub-system of programs for the study of cultural publics and practices, the “economy and culture” sub-system (data on economic trends) and the sub-system of cultural indicators, which is found at the intersection of the three systems mentioned before. The EIC perspective also considers the need for Observatories, external to the ecosystem itself, and providing critical analyses of the information produced (Montilla, 2010). The conceptualization of EICs started in 2009 and was conducted considering the context of various countries in Central America, including Guatemala, Costa Rica, Panama, Honduras, Nicaragua and El Salvador. The EIC approach proposes the need to constitute various networks, in an attempt to generate communities of practice and interest in interaction with the various systems. One of these networks would be formed by civil society and by representatives from the cultural sector. Montilla explains that networks are key in the effort to democratize CIS. The Mexican CIS, for example, benefited from the creation of a National Network of Cultural Information (RENIC) formed by public and private institutions. This network allowed the increase of registries in the system from 40,000 gathered between 1996 and 2006, to 350,000 today (Montilla, 2010).

The EIC perspective provides greater depth in the understanding of CIS, and underlines the complex interplay of sub-systems involved in generating knowledge on a cultural sector, broadening our understanding of what generating cultural information entails. However, I believe that the EIC perspective does not necessarily imply the construction of an alternative apparatus; instead, it acts towards the constitution of an expanded one. While Montilla explains that civil society would have a greater chance of intervening on the construction of categories and overall direction of information gathering processes, the effort is still framed under the logics of the State. The role of an external Observatory, while considered important, lies outside the ecosystem and its presence depends on the possibility of civil society and the private sector to mobilize towards its constitution. As a recent and emerging experience, we do not count with enough information to assess the success of the EIC approach. Nevertheless, the move to bring into CIS design a more complex understanding of the various cultural information sub-systems at work is very important and could provide for innovative development in the field of CIS implementation.

---

# Building a Cultural Information System in Peru

The idea of building a CIS in Peru has been around for many years and has surfaced in many previous administrations. In 2005, for example, the National Institute of Culture (INC in Spanish) elaborated a nation-wide Directory of Arts and Culture in 2005 (INC, 2005). The idea was to make this Directory the first building block towards the construction of a proper CIS in the country. However, the effort received very negative feedback, because it was considered “incomplete.” Years later, after the INC turned into a Ministry of Culture in October of 2010, the idea of building a national CIS became even more important, as the lack of information to engage in evidence-based policymaking was evident. For example, information on how many spaces for theater and the performance arts are available in Peru, or the number of existing cinemas and cultural centers is unavailable<sup>2</sup>. This generates a problem because it reveals that policy and budget have never corresponded to what is really out there, and that these are in fact the product of contingencies, politicized visions and even charismatic government approaches (Alfaro, 2011).

Peru’s first Minister of Culture, Juan Ossio Acuña, managed to obtain the financial support from the Inter-American Culture and Development Foundation (created by the Inter-American Development Bank) to develop an Atlas of Cultural Infrastructure for Peru in 2010. The project, which is part of a larger initiative called “Atlas of Cultural Infrastructure of the Americas,” includes the development of an Atlas in four countries, and is understood by the current Peruvian administration as “a first step towards building a Cultural Information System in Peru” (M. Noriega, personal communication, November 10, 2011). The Foundation describes the initiative in its Website (ICDF, 2011) as follows:

After having conducted an intense regional analysis, the Foundation concluded that one of the limitations for the better use of the cultural resources in Latin America is the lack of trustworthy, relevant, pertinent and complete information of the heritage Latin Americans count with. For this reason, in conjunction with the Ministries of Culture of each country, the Inter-American Foundation of Culture and Development has decided to focus a great deal of their efforts in building the Atlas of Cultural Infrastructure of the Americas: A platform that gathers qualitative, quantitative, and geo-referenced information about the cultural heritage of the region.

In its first stage, the Atlas includes four countries: Costa Rica, Ecuador, Jamaica and Peru. During this year four Atlases of Cultural Infrastructure will be concluded and published, and in the next four years the Foundation aims to conclude the project in its totality. We are convinced that this initiative will be of enormous importance in the process of constructing comparable cultural indicators in the region and that, without a doubt, it will constitute a valuable tool, for decision-makers in public and private institutions, and for the general public (ICDF, 2010; my translation and emphasis).

The Atlas of Cultural Infrastructure of the Americas project is currently directed by Alfonso Castellanos, a Mexican leading expert and consultant, previously responsible for directing the development of the Mexican CIS; one of the pioneering examples of these systems in the region as well as other CIS in various countries. Castellanos explains that the Atlas in Peru benefits directly from the Mexican experience (personal communication, October 18, 2011). Analytically, this moment in Peru is very interesting as it allows us to appreciate the process of constituting a CIS, a moment in which we can appreciate the “virtual” nature of these kinds of systems, as they become tangible through the generation of web applications, for example, and the constitution. In other words, this moment allows us to appreciate the way “the promise” of CIS is framed and understood, and what the apparatus - the various discourses, ideas and institutions that are coming together to “form” the system – rests on.

Mariela Noriega, Director of Arts and Access to Culture at the Directorate General of Cultural Industries and Arts, has been in charge of the Atlas of Cultural Infrastructure project, the basis for the future Cultural Information System in Peru. The project counted with three professionals, working over a period of 10 months to compile information on: (1) cultural centers, (2) movie theaters, (3) press, (4) “spaces for scenic arts exhibitions”, (5) movie theaters, (6) art galleries, (7) bookstores, (8) magazines, (9) record labels and sound recording studios, as well as (10) educational programs in cultural management (DGICA, 2011a). Each one of these categories for the development of the Atlas responds to specific enumeration and valuation purposes and should not be considered “natural” or lacking in purposiveness.

The first thing that one notices with the Atlas and the categories listed above, is that economics and industries prevail. For example, “Carreras Culturales” (Cultural Carriers) are understood as those carriers (academic programs) or “specialized programs on cultural themes, new information technologies, artistic production and cultural economy” (DGICA, 2011a). A Cultural Center is conceived as “a physical space open to the community and dedicated to the promotion and advancement of arts and culture, through the organization of exhibition, educational, and cultural exchange activities.” In terms of Movie Theaters, these are defined as “the physical space destined to the exhibition of films (cinematographic works), open to the public, whether they involve a free entrance or a fee” (DGICA, 2011a). Other kinds of infrastructure, like traditional or communal spaces and indigenous sites, are not included in this first version of the Atlas.

---

## CIS as Mapping Technologies

In general, all CIS serve as mapping devices. In their report, the OAS (2011) explains that all information that is susceptible to its location on a specific point in the territory is displayed in maps, which reinforces their use as an analytics tool (54). In terms of the Peruvian CIS, the fact that its foundations come from an Atlas of Cultural Infrastructure should make us pay closer attention to the politics of CIS as mapping devices that work through a specific classification system. The classifications required to map a set of similar entities

(museums, cultural centers, movie theaters, etc.) entail a spatial, temporal, or spatio-temporal segmentation of the world (Bowker and Star, 1999:10) (See Figure 2). In the context of the cultural sector, this implies an ordering of the world, and – in the case of Atlases and CIS – the recognition of certain spaces and the hiding of others. In other words, the mapping of cultural spaces constitutes a deeply political act.

The Atlas, and CIS in general, works as a device to render a particular “cultural space” visible or invisible, and hence makes “incomplete cultural spaces” a reality. I propose “incomplete cultural space” as a term that builds on Miller’s (1993) notion of “incomplete cultural subjects,” but that entail a spatial politics. This term tries to complicate ideas on empty spaces in “cultural maps” and question, for example, what a territory with no “movie theaters” means. I would argue that the problem is that by establishing the absence of movie theaters in a territory, we are implying the absence of alternative audiovisual cultures (popular and folk-video communities, for example), when in fact this is only an indicator of the absence of particular kind of social space for the occurrence of specific and culturally determined audiovisual manifestations (films) and the manifestation of a particular economy (that of movies, films and Hollywood products, for example). In other words, these territories may be already engaged with audiovisual cultures of a different sort and legibility, ones with different spaces for cultural access. As mentioned before, an “incomplete cultural space” becomes an opportunity and justification for State intervention and signifies the political inscription of an indigenous cultural landscape as (culturally) empty.

The field of critical cartography reminds us that maps *make* reality as much as they represent it (Crampton, 2010). Also, the mapped-categories belong, not to a particular experience of the world, but to a particular (cartographic) gaze. Cultural atlases give the cultural world a kind of legibility, one that is not natural or innocent. The other key issue is that mapping is not scientific. Crampton (2011) argues that mapping became scientific during practices of “government” during wartime and its aftermath (89). Maps have passed themselves off as natural representation devices, when in fact “they are *brought into the world* and made to do work through practices such as recognizing, interpreting, translating, communicating and so on” (Kitchin and Dodge, 2007, in Crampton, 2011). I would argue that CIS that use mapping technologies (GIS) such as Googlemaps, are not only technical *mashups* (of Content Management Systems like Drupal with Googlemaps) but also constitute “political mashups” as they combine various technologies of governance, like mapping and classification for example. Of particular importance to this perspective is Hannah’s (2009) notion of a “calculable territory,” consisting of two key components; legibility as understood by Scott (1998) and the ways that knowledge of territories is *mobilized*. The idea is that legibility is a precondition for State intervention. I would argue that CIS are devices that provide legibility for a kind of intervention that aims to exploit and administer cultural resources. The question is, can a CIS that works through a different classification system catalyze an alternative kind of mobilization of a political sort and standing directly against the economization of culture? What would that system look like?

As I mentioned before, the categories used by the CIS to classify “cultural infrastructure” in Peru (cultural centers, museums, movie theaters, etc.) can be closely associated with a cultural industries perspective. This may have to do with the fact that the CIS project itself is the responsibility of the Directorate General in charge of cultural industries, a sector that has received very little attention in the past, and for which we count with no systematized information. Indeed, the Ministry of Culture of Peru created in 2010 “innovated” by including a Vice-Ministry of Heritage and Cultural Industries in its organization, revealing an interest in advancing this perspective in the general evolution of the institution. Indeed,

the concept “cultural infrastructure” is very malleable (Duxbury, 2008). Generally, each country attempting to map their cultural infrastructure gives shape to their own definition, influenced by specific political needs. This is of particular interest, as the internal organization of Ministries of Culture in the Latin American region and the terms used to describe their administrative units determine the thrust of many of their programs. For example, Bolivia has a Ministry of Cultures, in line with the notion of Bolivia as a “plurinational” State. It also has a Viceministry of Decolonization, which generates different programs to address this process.

While I’ve had no access to the working definition of the term as used in the Atlas in Peru, Alfonso Castellanos (personal communication, October 18, 2011) explains that the categories used are based on the experience of the Mexican Atlas of Cultural Infrastructure, with some local variations. In practice, drawing boundaries around a concept that incorporates a wide variety of venues used for cultural activities is very difficult (Duxbury, 2008). However, it is important to recognize the inherently political act of classifying a place as cultural infrastructure. In the mapping of cultural infrastructure in Canada (23) infrastructure was considered as the “physical place, the platform” where activities can happen, and a working definition was offered:

Physical assets and spaces whether they are full time or part time, single purpose or multi- purpose, historic or contemporary that have cultural products and accommodate and satisfy the requirements of cultural activities and cultural industry.

While broad, this working definition then led the Canadian team in charge of mapping to define 24 kinds of venues, grouped in presentation, creation/production and live/work spaces. In the case of Peru, the Atlas counts with only 10 kinds of venues, out of which 7 at least have to do directly with cultural industries. We find no category and definition (and thus recognition) of traditional indigenous sites or places, nor of what could be termed “spaces of memory”, sites in which people engage in the kind of remembering that does not take place inside museums, but that also entails a cultural expression and cultural activity of a kind, often related to indigenous communities and identities. Clearly, defining and identifying cultural infrastructure means also recognizing legitimate “cultural activity.” While it soon becomes obvious that the limited scope of the Atlas in Peru has to do mainly with budgeting reasons, it still needs to be recognized that the publication of these initial results will impact the way people and cultural managers understand of “cultural infrastructure” in Peru; what we have and what we don’t; what is there and what is not.

---

## Managerial Imperatives/Constraints

The Peruvian team in charge of the Atlas of Cultural Infrastructure is currently working on the design of a Website that will contain their initial findings, and will “serve as a concrete product” that can help them to justify the need for additional funds to continue their work

(M. Noriega, personal communication, November 10, 2011; DGICA, 2011b). In terms of the Website being developed, Noriega admits that “this is not the system, obviously, but it’s something.” The system itself would have to do more with the coordination between Directorates, and Administrative Units within the Ministry and outside (Ministry of Finance, Ministry of Production and Regional Directorates of Culture, for example), working as a network to produce and share timely information on cultural issues. As mentioned before, the establishment of a CIS entails a social engineering between people and institutions. This means not only obtaining information one time or sporadically, but generating permanent mechanisms for information retrieval and management so that the information is of a better quality and public officials can incorporate these tasks to their everyday practices. Noriega explains that in terms of information and databases, other Directorates within the Ministry have developed important information resources, like the Directorate General of Cultural Heritage, for example. The problem is that information within the institution is dispersed, and officials are not used to sharing information between them and with people outside the Ministry (M. Noriega, personal communication, November 10, 2011).

Noriega explains that the idea of publishing a Website that serves as a kind of “demo” for the system can also contribute in the “appropriation of the system by the (cultural) sector” (personal communication, November 10, 2011). The issue of social appropriation is key, and falls in line with the general view of CIS as providing information for the general public, managers, organizations and cultural institutions outlined by the OAS (2011). In this sense, CIS constitute a possibility for dialogue between the State and civil society, yet through a predetermined “gaze” of the sector as cultural territory. In other words, categories like “Museum” or “Cultural Center” are not under debate, but appear predetermined, in consultation with an Editorial Board, but generally from the perspective of experts. For example, the Editorial Board of the Peruvian CIS was constituted by representatives of the Ministry of Culture, Ministry of Transport and Communications, National Institute of Statistics and Informatics, and the Ministry of the Environment. The meeting to constitute the Editorial Board counted with representatives from the National General Archive, the National Library, the University of San Marcos Cultural Center, the Pontifical Peruvian Catholic University (PUCP), and the Chamber of the Book, among others (Andina, 2011).

Noriega explains that other Directorates, like Cultural Heritage, count with a lot of information that can be considered as having been generated “from the bottom-up.” In contrast, she views the Atlas as a “top-down” effort, in that the idea of creating a CIS entailed prompting Administrative Units and other arms of the government to create information. This means that instead of thinking about the question of how to share existing information, the task had to do with gathering and processing information, and figuring out how to generate the kind of information that would be useful in the day-to-day activities of users and institutions. The collection of information for the Atlas included a virtual campaign called “*Is this all of us?*” requesting cultural institutions and organizations to send in their own information to the Ministry (See Figure 3).

One of the problems identified by Noriega during this process is that in Peru there is not a strong institutional culture of sharing information, of considering information as a tool, or imagining how information can be used for something strategic (M. Noriega, personal communication, November 10, 2011). This can also be seen in private institutions, which lack the time, financial resources and human resources to engage in these kinds of activities. Noriega explains that one of the greatest limitations for the development of the Atlas and CIS is “the lack of people that are able to *imagine the system*, specially at higher administrative levels, and how this information can help to make informed political decisions and



strategic plans” (2011). The idea of “imagining the system” resonates with Riles (2000) ideas on the social construction of the Network. Imagination is key in the set up of complex socio-technical apparatuses like CIS.

In the future, Noriega states that creating this first version of the Atlas has been a great challenge, and that much more time is needed. In the future, the Ministry aims to establish partnerships with other public institutions, like the National Institute of Statistics and Informatics, in order to conduct preliminary surveys on cultural consumption, for example. In this sense, the case of Colombia stands as an example of inter-institution coordination. This country has managed to establish a “Satellite Account” for culture, an instance for the expansion of economic, cultural and social information content that allows for a clearer picture on the economic activities of cultural industries in the country. A Satellite Account can show how much money the sector brings into the national budget (e.g. in terms of exports, consumption, job creation, etc.), and thus legitimize public investment in cultural programs. Satellite Accounts of Culture exist in Canada, Spain, Colombia and Finland, among others. In 2009, the Ministry of Culture of Finland recognized that currently, several countries in Latin America are planning satellite accounting:

[The aim of Satellite accounting] is to promote the development of a cultural economy in these countries. In Chile, the calculations are already applied and, for example, Colombia, Mexico and Uruguay are following suit. The intergovernmental organization, Convenio Andrés Bello, has supported and coordinated satellite work with assistance from UNESCO and the UNDP. A handbook of satellite accounting is also being drawn up (Finland, 2009).

The promises of CIS and Satellite Accounting for the betterment of governance tend to cover another, more tense reality, that has to do with the expectations that officials like Noriega face everyday, and for which the CIS are also conceived as part of the solution. Noriega explains that the current philosophy of public budgeting concentrates on a methodology called “Budgeting for Results” (*Presupuestos por Resultados*) used in other Latin American countries like Mexico and Argentina (Schick, 1991). This methodology is clearly described by the Ministry of Finance of Peru in its Website and forms part of the General Law of the National Budget System (Law N° 28411) (MEF, 2011):

*Budgeting for Results* is a methodology that is progressively applied to the budgeting process and that integrates programming, formulation, approval, execution and evaluation of the budget, in a product-outcome logic, results, effective and efficient use of State resources in favor of the population, generating feedbacks in the annual process of budget allocation, and bettering the systems of the State for administrative management (Website, my translation).

The “efficiency and efficacy” imperative of public administration leads to a meta-instrumentalization of devices like CIS, as the need is not only to control and administer cultural resources, but do so through a logic of efficiency that is in itself a managerial construct. In other words, not only does the management of cultural resources have to be efficient, but also the *management of management*. This meta-level tension is important, as it accounts for many decisions that people like Noriega will have to take in order to maximize efficiency as a way to obtain a reasonable budget. This efficiency entails competing for financial

resources within the institution, something that the OAS (2011) recognizes as one of the reasons why CIS are important. Noriega explains that this is also why the sector requires its “professionalization,” to be able “to identify opportunities for business and industry.” She explains that Colombia has an entire official Unit in charge of the Cultural Information System, something she aspires to have some day in place in the Peruvian Ministry of Culture. Noriega’s experience describes the effects of what Lemke (2001) identifies as a neoliberal governmentality in which not only the individual body, but also collective bodies and institutions (public administrations, universities, etc.), corporations and states have to be “lean,” “fit,” “flexible” and “autonomous” (13). The reference to professionalization is key, as it touches upon what Escobar (1988) describes as “a set of techniques and disciplinary practices through which the generation, diffusion, and validation of knowledge are organized, managed, and controlled; in other words, the process by which a politics of truth is created and maintained” (430). Escobar (1988) refers to the discourse of professionalization as one of the mechanisms for managing the Third World, under the banner of development. Future research should concentrate on studying what the “professionalization” of the cultural sector in a developing country entails, what kind of ideologies are performed through it and what kind of rationalities are unable to enter spaces for management. What kind of practices and skills may be regarded as “unprofessional” or unnecessary in this context? What does this imply at the level of discourse and practice?

Information on performance is key in “Budgeting for Results” practices. However, today the bottom line is that the Ministry of Culture in Peru does not count with financial resources to generate the information required. This situation leads to a kind of Gordian knot in which the lack of funds affects the possibility to generate information, which could in turn help secure more funds. This situation outlines a path of development (or emergence) of CIS as a kind of “precarious technology,” always incomplete and contingent. For example, the version of the CIS that will be available online at the end of 2011 “is not the system itself” but needs to be online to justify additional funds. This leads to the development of contingent infrastructures and incomplete devices, through which committed public officials may justify the need for a greater budget. This contextual dynamic has not been studied in depth, and may help us understand yet another level to the CIS as apparatus in the South; one for which its “incompleteness” renders its existence always virtual, partial and seemingly full of potential. This ambivalent condition acts as simultaneously as strength and weakness.

Noriega explains that the budget assigned for the development of the Cultural Information System in Peru this year is clearly insufficient. She explains –very candidly– that the amount scares her. While it is well established that measuring public sector productivity is universally one of the most contentious issues (Käyhko, 2011), this does not stop governments from putting managerial pressure on their human resources, something that pre-configures information retrieval purposes and, more importantly, makes officials anxious to “prove” their administrative unit’s success in market-driven terms: through the logic of “Budgeting for Results,” the enumeration of outputs and products, as well as other signals of “concrete” economic growth.

---

## Building Alternatives, Combating Apparatuses

Giorgio Agamben's (2009) proposed strategy to *combat* apparatuses, rather attempting to use them "in the correct way", which he deems as naïve, has to do with the notion of "profanation." For Agamben, while consecration represents "the exit of things from the sphere of human law," profanation is the restoration of things "to the free use of men". While consecration operates through sacrifice, *profanation* works as a counter-apparatus that restores to common use what *sacrifice* has separated and divided (19). We can conceive of the role of CIS as exemplary of a modern form of power that actively consecrates and *separates*. Modern apparatuses are hard to profane, and while Agamben describes them as "machines that produce subjectifications," he also recognizes that in this stage of capitalism apparatuses do not act as much as through the production of a subject, but instead through what he calls *desubjectification*; the process through which a negation of the subject does not give rise to a re-composition of a new subject, "except in larval or spectral form":

He who lets himself be captured by the "cellular phone" apparatus –what-ever the intensity of the design that has driven him – cannot acquire a new subjectivity, but acquire only a number through which he can, eventually, be controlled. The spectator who spends his evenings in front of the television set only gets, in exchange for his desubjectification, the frustrated mask of the couch potato, or his inclusion in the calculation of viewership ratings (21).

This is why the problem of apparatuses cannot be reduced to the question of their correct use: For Agamben, if a certain process of subjectification (or, in this case, desubjectification) corresponds to every apparatus, then it is impossible for the subject of an apparatus to use it the right way (21). Those who continue to promote similar arguments are, for their part, "the product of the media apparatus in which they are captured" (22). But what if instead of using the apparatus "in the right way," we construct a new apparatus, considering a different network of relations between ideas, discourses, predispositions, institutions and people, and having a different goal in mind? What if this new counter-apparatus would seek to actively profane cultural categories developed by apparatuses like State sponsored/developed CIS? Would this entail a liberation or emancipation of some sort? Does being captured by a counter-apparatus make it better? Is there another way? These are some questions that should be addressed in the future. I would argue that it is important for non-State actors to become involved with the building of counter-apparatuses, since the origin and mandate behind these constructions may in fact determine the nature of the processes of subjectification. What if we built our own "machines for (other) subjectifications"?

Culturaperu.org is a project that can be understood as an effort to construct a counter-apparatus, a machine to build alternative subjectifications and advance a different culture of mapping (Perkins, 2004). The project is conceived as a Cultural Information System, yet "as defined and built from the perspective of civil society" (Delfin, 2010). Culturaperu.org's design and conceptualization started in 2005. The first version of the online system was

deployed in 2009. The project began by mapping non-profit cultural associations in Metropolitan Lima, a pilot project to identify the local cultural system. Initially, more than 350 cultural associations were identified and mapped. Today, the system has mapped more than 700 associations, and has extended to three other cities in the country.

The mapping part of this project entails identifying systems (and later networks) and confronts us with ideological issues from the beginning. In terms of the politics of “capture by mapping” (Agre, 1994), or the consideration of what is and what is not a cultural association, many decisions have to be taken. In the case of Culturaperu.org the approach was to generate a flexible, contingent and inclusive category called “cultural association for social development” with characteristics that were not exclusively defined by the project members, but by the users themselves. With this attempt to work through a more inclusive, flexible and open category, a large and diverse number of associations could be grouped together under the same system, voluntarily. This logic implies that users that do not feel an affinity to the category can opt out of the system.

By using this flexible category the project aims to address “the tension between universality and divergence that informs the open space of internetworking” described by Terranova (2004), one that “produces a rich cultural dynamics and a set of political questions that are taken up again and again across network culture at large (62). The idea was to provide a “structural opening to difference and divergence” (64) necessary to include, rather than exclude agents. As such, Culturaperu.org attempts to consolidate what could be termed as an inclusive doctrine, where absolute definitions are not necessary and where fluidity is key. This experience shows that classification and capture through CIS – whether developed by the State or by civil society – is unavoidable. However, the counterargument states that since arts and cultural associations are captured constantly by other systems (corporate, public, economic and political), this initial capture by mapping appears as politically tolerable on the short run.

It is interesting to note that the Atlas of Cultural Infrastructure currently developed in Peru is not interested in mapping cultural organizations or associations, at least not yet. It is also important to note that the team in charge of the Atlas requested a copy of the Culturaperu.org cultural association database or directory on April 2011. As a way to limit the Ministry’s power over this information, which had not yet been made public in a single downloadable format, the database was made accessible to the general public, on the web as a single file (Culturaperu.org, 2011). This collaboration confirmed Culturaperu.org role as a key actor in the arena of information and culture, a novel role for an independent non-state project in Peru. The publication of the database for unrestricted use by the general public aimed to set a standard for information sharing which would hopefully be imitated by State-sponsored projects.

This idea also reveals a specific moment in the evolution of CIS, both from the perspective of the State and civil society. This moment has to do with the absence of a debate on the issue of *databases* in CIS design and implementation in Peru. Currently, CIS are not commonly described as consisting of a database and a particular database design. Future research on CIS should bring to the forefront the politics of databases that deal with cultural elements. This would open up a discussion on data structures and the relationship between these architectures and interface issues, for example (Tuomi, 1999; McGann, 2007). Interface and database design also involve issues of politics and power. Focusing solely on data would pose a problem. As I mentioned in the introduction, data does not become information after meaning is added to it. On the contrary, data is created from information by

putting information into a pre-defined data structure that completely defines its meaning. Instead of being raw material for information, data emerges as a result of adding value to information by putting it into a form that can be automatically processed (Tuomi, 1999). Data structures and design also respond to the network of the apparatus, and they embody discourses, ideas and ideologies.

This is a critical issue. Scholars like Manovich (2011) have discussed the database as a new cultural form. For Manovich, the database represents the world as a list of items that resists order; a pure database would be “a set of elements not ordered in any way.” However, according to Van der Velden (2011) this is never the case when we access a database (244). In databases, “there is always already some ordering going on in the form of standards, schemata, file directories, access rights, etc., that affects what kind of interfaces can be created for the database and what kind of *trajectories* are possible” (245, my emphasis). The idea of the “pure database” has influenced the understanding of what a database is and what it can do, in the same way that “raw data” has suggested epistemic virtues of objectivity and purity. Van del Velden’s (2011) most provocative claim is that there is a performativity to database design. For example, a Western metadata structure will determine how an object will be ordered in the overall system, thereby limiting possibilities for relationality (185). In referring to indigenous databases, Agrawal (1995, in Van del Velden, 2011) argues that an indigenous database must be a lot more than simply a conventional database full of representations of Aboriginal knowledge:

For it to be an indigenous database, its architecture and structure, its search processes and interfaces, its ownership and uses must also reflect and support context specific indigenous *ways of being and knowing, and people’s control over their own knowledge* (Agrawal, 1995, my emphasis).

Databases reflect a theory of knowledge that is well hidden and carries the cultural bias of its designers (17). Hence, discussions as to which connections are productive and which are to be ignored need to be made as the databases are used, not as they are constructed (Agrawal, 1995). This implies the possibility of modification and re-design, a situation that is not always a given. The recent work by Srinivastan (2007) on “fluid ontologies” will be key in the design of CIS in the future. Considering these ideas on the politics of database design, I believe that CIS could benefit greatly from these considerations and concerns. This would take us from the construction of CIS that tend to be conceived and ordered as lists and maps, to CIS conceived as semantic networks, relational databases and inter-operational systems of knowledge.

As mentioned before, the first dataset of cultural associations for social development generated by Culturaperu.org in 2009 counted with more than 350 associations in Lima, and was generated by crossing and updating information from three official public directories. The result is a picture of how, despite some overlap, each official directory classifies associations differently, and views the distribution of cultural associations in Lima in different ways (See Table 1).

In other words, different administrative units of the State and International Cooperation “see” different things through different perspectives or gazes. This means that we generally work through a very incomplete “official” picture.

This initial mapping also obtained information regarding the use of Internet by cultural

associations. Out of 350 cultural associations identified in Metropolitan Lima, only 100 had a website. If we generate a visualization or graph of how websites are interconnected (share links), we will be able to see an interesting graph (See Figure 4) that shows how large clusters (highly interrelated websites) are mainly formed by large private and public institutional actors (universities, international cultural centers), while only one grass-roots cultural association (Yuyachkani) appears to share links with other more institutional sites. No cultural association shares links with other cultural associations in the group.

While this is a measurement in terms of Website logics, it becomes an interesting analogy. When showing this map to cultural actors, many identify this as being a picture that depicts the high centralization of “cultural power” among a few players in the cultural sector (Culturaperu.org, 2009). These kinds of visualizations and mappings generate alternative ways of “reading” the cultural sector and suggest that different ways of conceiving “sites” of cultural activity is possible.

The fact that Culturaperu.org is not defined as a network, but is instead conceptualized as a CIS that will eventually sustain cultural networks (Delfin, 2010), is important. This is a strategic move in terms of the project’s initial stages of development. By building an alternative system and calling it “Cultural Information System” a process of re-signification and *profanation* (Agamben, 2009) from State power, takes place. Culturaperu.org exerts a kind of restorative power: it returns the locus of cultural activity to people and groups of people, rather than situating culture in a physical space or institution by virtue of its cultural “productivity,” understood in industrial or corporate terms.

There is also a different kind of profanation that takes place at the technological level. By building a technological system, very similar to the kind of system the Ministry of Culture will launch at the end of 2011 or beginning of 2012, Culturaperu.org stands as proof that civil society can also use technology in its favor, and that this does not entail an unattainable amount of specialized work, as it used to occur in the early 1990s when the first CIS were built. Indeed, the current digital and amateur culture changes the power dynamics in terms of technological use and CIS design. As Crampton (2011) has identified, access to technology and emerging cultures give rise to the birth of new cartographers. Today, more people can build a geo-referenced data resources using Google Maps or Google Earth, and open source Content Management Systems (CMS) like Drupal or Joomla. New ontologies can be imagined, designed and implemented.

The example of Culturaperu.org suggests how an alternative ontology for capturing and instrumentalizing culture may be constructed. This alternative, however, has its own complications. The difference between a CIS built by the State and one built by civil society lies in the kind of social engineering that actually takes place, and the kind of networks established to generate information. In the case of the State, while relationships between administrative units are difficult to establish and maintain at first, they can be eventually formalized into strategic plans and institutional obligations. In the case of civil society, the strategy of working together or participating in a CIS like Culturaperu.org stems from very different motivations. The issue of mandate is key: While having a public mandate may imply rigid structures and ontologies it guarantees a kind of relation to the System (by law). A different mandate stemming from civil society’s interest can be more flexible, but very difficult to sustain through pure affinity and volunteer (almost affective) labor. There is of course the issue of economy. While the State faces challenges maintaining a CIS, its development is embedded in the fabric of contemporary governance practices, which entails some funding and institutional sustainability. With civil society, there is no embedded mandate and

proving how this kind of information may be valuable to associations can be challenging.

I believe that one way of overcoming these challenges, or making this tension more productive, is to engage in what could be termed “relational analytics” that makes both systems “talk to each other” and generate new information on specific issues. For example, one of the first actions Culturaperu.org will engage in once the first version of the Atlas of Cultural Infrastructure is published is the request for their datasets. The idea is to “ask” the entire Culturaperu.org database of cultural associations “*how often have they used the infrastructure that the State has mapped, and what was their experience(s) like?*.” The argument is that knowing how many “spaces for scenic arts” exist in the country is not enough: We also need to know how accessible and useful these spaces are for people and cultural associations. Are we perhaps, not looking at the entire picture again? I believe these kinds of relational and inter-system analysis should become a horizon for future intervention, as they also contribute in legitimizing the importance of co-existing knowledge systems.

An important question for further theoretical debate is if the participation of members of the population in the gathering of data (and in the generation of techniques and rationales for data gathering) entails what Appadurai calls “governmentality from below” (1998):

To those familiar with Foucault’s ideas, this may seem to be a worrisome form of auto governmentality, a combination of self-surveillance and self-enumeration, truly insidious in its capillary reach. But my own view is that this sort of governmentality from below, in the world of the urban poor, is a kind of counter-governmentality, animated by the social relations of shared poverty, by the excitement of active participation in the politics of knowledge, and by its own openness to correction through other forms of intimate knowledge and spontaneous everyday politics. In short, this is governmentality turned against itself.

If we can engage in acts of profanation, and generate counter-apparatuses, can we also speak of a governmentality “turned against itself”? Ananya Roy (2005) addresses this issue and puts forward the analytic concept of “civic governmentality.” This idea has to do with the study of spatial politics, and the distinction made by scholars between governmentality and “counter-governmentality,” between “governmentality from above” and “governmentality from below,” between “civil society” and “political society” (Appadurai 2002; Chatterjee 2004). For Roy, the concept of “civic governmentality” builds on and yet departs from, such conceptualizations of governmentality. This author envisions civic governmentality as a spatialized regime that functions through particular mentalities or rationalities:

These include an infrastructure of populist mediation; technologies of governing (for example, knowledge production); and norms of self-rule (for example, concepts of civility and civicness). However, I reject the distinction that Appadurai and Chatterjee draw between “governmentality from the top” and “governmentality from below” (160).

Roy focuses on grassroots organizations that seek to construct and manage a civic realm and notes that these grassroots regimes of government *both resist and comply* with what may be perceived to be top-down forms of rule, be it those emanating from the state or from international institutions (161). Such civic regimes produce a “governmentalization of the state,” recreating the terms of rule and citizenship. At the same time, there is also a “civiliz-

ing” of political society, such that grassroots governmentality comes to turn on formations of civic identity and a broader civic commitment to the idea – in the case of Roy’s study in Mumbai – of a unified city (161). The notion of “civic governmentality” identifies a kind of counter-governmentality that is neither totalizing nor unidirectional, and is more nuanced. More importantly, it sheds light on the limits and contradictions of the politics of inclusion. I agree with Roy in that there is a great deal to be learned about power and authority by studying how subjects and spaces come to be “inside” the project of citizenship (162), specially as this inclusion takes place through the use of socio-technical devices like CIS.

In the case of Culturaperu.org we see an emerging kind of civic governmentality: We can recognize the infrastructure of populist mediation (“We, the cultural associations”), technologies of governing (centered on knowledge production), and norms of self-rule (in this case concepts of “associativity for cultural development”, a kind of cultural citizenship). As Culturaperu.org addresses the mapping of these instances of associativity it engages in a spatial politics and the establishment of a spatialized regime. Further studies – once the State CIS in Peru is fully functional – should observe the politics of interaction between systems, and the way competing and alternative ideas and practices of cultural citizenship, mediated through technological means, emerge.



# Conclusion

This has been an effort to problematize a type of information system, looking specifically to constitute Cultural Information Systems as important objects of study and thought in the field of cultural policy research. CIS can be conceived as apparatuses — that is to say, networks of discourses, knowledge, propositions and institutions — that engage in the creation of subjects. These are technologies of control and governance that establish regimes of truth, and are currently expanding throughout the Latin American region. Cultural information Systems appear in the early 1990s, in a moment in which neoliberal ideas on New Public Management and “Budgeting for Results” started emerging.

As devices that aim to provide evidence with which to make political decisions, CIS are essentially political devices. Their study cannot be reduced to their materiality as Websites, or online platforms. Critical analyses need to appreciate their multiple layers. Focusing on a CIS as Website or digital artifact can make us disregard their roles as devices for social engineering, and the establishment of particular knowledge/epistemological regimes. As devices that combine classification and mapping, CIS represent ways of understanding but also of recreating the world. CIS have a crucial role in the creation and recreation of a cultural sector and in the construction of “incomplete cultural spaces,” as maps can “show” the need to build more museums or design policy to foster more movie theaters in a given area, while hiding the need to recognize and promote other indigenous cultural infrastructure.

Agamben (2009) mentions that we exist in a time in which there is a boundless growth of apparatuses that corresponds to the extreme proliferation of processes of subjectification (21). In terms of the cultural sector, there are few explicit and visible “relentless fights” (20) between CIS as apparatuses and living creatures. In any case, these apparatuses seem to be winning “the fights,” as they expand easily into different national contexts, without encountering systematic resistance or critical questioning. This can be clearly depicted in how even grassroots and independent groups tend to promote an agenda of cultural economization, through their outspoken support of State efforts to define the contribution of the cultural sector a national GDP, or the percentage that the cultural industries contribute to the economy of a country (a performance of the kind of *desubjectification* Agamben warns us about). In other words, the legitimization of cultural policies through economic means tends to be the norm and even receives the support of grassroots groups and civil society. We know of no other attempts at promoting other kinds of valuation systems and frameworks for legitimate action. Roy’s (2004) contention that regimes of inclusion are also regimes of civic governmentality should be studied further, as this plays out in the use of technological devices by grassroots groups in the cultural sector.

Cultural Information Systems, as experienced today, contribute in the construction of the idea of a *singular* Cultural Economy; a *naturalized and naturalizing* universe that articulates other contemporary ideas on cultural industries, creative industries, creative classes, creative cities, intellectual property regimes, cultural indicators and statistics, etc. These ideas shape the kinds of categories a CIS manages, its overall epistemological direction, and the kind of concrete mapping that takes place. However, the notion of Cultural Economy is not stable. Gibson and Kong (2005) have shown how many of the contradictory and divergent interpretations of cultural economy remain to be analyzed. It is important to contest established and naturalized notions of Cultural Economy. This could lead us to other alternative, indigenous and/or plural conceptualizations.

As we have seen, CIS uses fixed categories to sense a particular territory and cultural landscape, and interpret it as a cultural reality. Hence, it is crucial to promote alternative conceptions for CIS development and systems for cultural classification, ones that may re-signify cultural information systems, and allow for the creation and co-existence of various CIS, working through different valuation systems and the exploration of alternatives to market-oriented political economies. At stake is cultural diversity, not only in terms of cultural meaning, contents and spaces for meaning-creation generated by human activity, but also of powerful processes of subjectification. These processes determine, among other things, our capacity to aspire (Appadurai, 2004). They also condition the way we conceive of culture as a factor for social development, as we become incorporated in the functions of power (Deleuze in Armstrong, 1991).

While Culturaperu.org is an example of an alternative framework for CIS development, it is too premature to establish its overall impact. Furthermore, the appearance of the State-sponsored CIS in Peru will mark a new moment, as it may lend itself to inter-system communication; a very important situation for analysis at the technical and political level. However, the relative success of this project (expressed in its recognition by the State and civil society) can support the claim that a goal for civil society in the near future should be to promote a broad base of knowledge, generating and sustaining CIS systems that profane cultural categories, reexamine and modify prevailing conventions about what counts as credible knowledge, and promote knowledge-building activities that cross systems and disciplinary boundaries (Schorr, 2003). Another important aspect for further study is how at the level of informational architectures of CIS, we may develop what Srinivasan (2007) refers to “fluid ontologies” (Srinivasan, 2007; Srinivasan & Huang, 2005). According to Srinivasan (2007), the power of the fluid ontology approach is that it does not emphasize the building of intelligent, a priori standardized knowledge structures but instead focuses on creating processes and providing tools to gradually support the sense-making processes of humans when they are confronted with cultural and artistic heritage (15).

As apparatuses and networks of heterogeneous elements, it is plausible to assume that CIS vary according to context. The Cultural Information Ecosystem approach in Central America is evidence of this variation. By studying this issue as it plays out in the context of a country like Peru, this thesis aimed to contribute to a more nuanced understanding of how the process of CIS implementation takes place in a specific institutional context. While we may find similarities across countries, within the general intention to build regional frameworks for cultural governance (as seen in the SIC-SUR case), contextual differences and local experiences may provide us with richer information and grounded knowledge on the experience of governmentality as expressed in the cultural sector of countries in the South today. This should be an issue for future research, as well as comparative studies on CIS implementation.

Of particular interest should be engaging in a critique of cultural infrastructure, since “one person’s infrastructure may be another’s barrier” (Bowker and Star, 1995). An agenda of cultural diversity as expressed in CIS design may in fact imply developing additional classification systems for what we could call “indigenous cultural infrastructures” (for memory, reconstitution, celebration); categories that may account for cultural activities in non-industrial spaces and for non-commercial purposes. Bowker and Star’s (1995; 2002) work on infrastructure will be key in this pursuit.

The main lesson is that Cultural Information Systems cannot be understood without considering the economy they are part of, and the kind of performative role they have in the establishment and recreation of a Cultural Economy (Castree, 2004). Finally, I share the concerns raised by Hannah (2009) about another feature of “calculable territory.” This is the fact that the potential consolidation of still-fragmented calculable territory remains a pressing political problem. I agree that “as technical barriers to this consolidation are ever more completely removed” (through the use of open source technologies and amateur digital culture, for example), “the burden of halting the consolidation of calculable territory falls ever more exclusively into the realm of politics and activism” (23).



Tabla / Table 1

ZONAS	TOTAL	DIR INC	R ASOC	CCE
Lima Centro	73	55	14	16
Lima Moderna	199	112	64	21
Lima Norte	17	7	5	6
Lima Este	13	8	2	2
Lima Sur	17	4	3	10
Callao	1	0	0	1
<b>Total</b>	<b>320</b>	<b>186</b>	<b>88</b>	<b>56</b>

Distribución de Asociaciones Culturales para el Desarrollo por Zona y Base de Datos (Culturaperu.org, 2009)

**DIR INC:** Directorio del Instituto Nacional de Cultura (2005)

**RASCO:** Registro de Asociaciones Culturales del Instituto Nacional de Cultura (2009)

**CCE:** Base de Datos del Centro Cultural de España

Distribution of Cultural Associations for Development by Zone and Database (Culturaperu.org, 2009)

**DIR INC:** Directory of the National Institute of Culture (2005)

**RASCO:** Registry of Cultural Associations of the National Institute of Culture (2009)

**CCE:** Database of the Spanish Cultural Center



Figura 1 / Figure 1



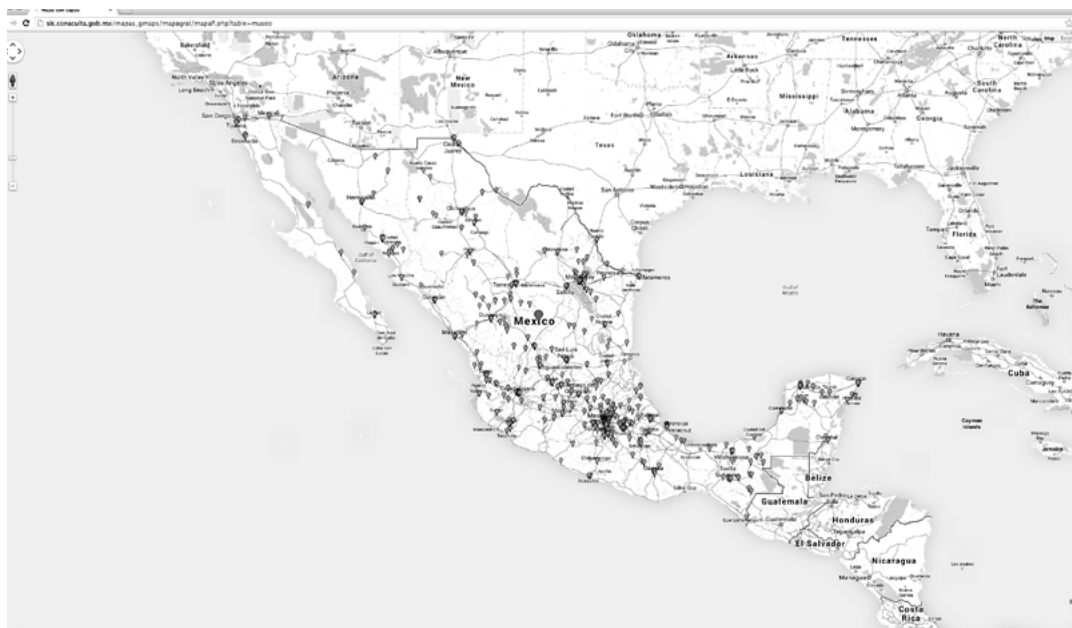
SICSUR, SIC que en este caso muestra la ubicación de editoriales y la “Economía cultural” como porcentaje del PBI (<http://www.sicsur.org/mmpp/index.php>) según acceso el 11 de abril, 2012)

SICSUR, CIS showing location of publishing companies, and the “Cultural Economy” as percentage of GDP (<http://www.sicsur.org/mmpp/index.php>) as accessed on April 11th, 2012)





Figure 2.



Vista de pantalla de un mapa que muestra la ubicación de museos en México, 2012 ([http://sic.conaculta.gob.mx/mapas\\_gmaps/mapaP.php?table=museo](http://sic.conaculta.gob.mx/mapas_gmaps/mapaP.php?table=museo) según acceso el 12 de abril, 2012)

Screenshot of map showing location of museums in Mexico, 2012 ([http://sic.conaculta.gob.mx/mapas\\_gmaps/mapaP.php?table=museo](http://sic.conaculta.gob.mx/mapas_gmaps/mapaP.php?table=museo) as accessed on April 11, 2012)



Figura / Figure 3.



Volante Digital para la Campaña ¿Estamos todos? (<http://industriasculturalesyartes.blogspot.com/p/sic-sistema-de-informacion-cultural.html>, según acceso 11 de abril, 2012)

Digital Flier<sup>3</sup> for Campaign ¿Is this all of us? (<http://industriasculturalesyartes.blogspot.com/p/sic-sistema-de-informacion-cultural.html>, as accessed on April 11, 2012)



Figura / Figure 4



Fecha: 10 de junio, 2009; Análisis de co-enlace por: (página); Número de iteraciones: (1); Profundidad de navegación: (2); Puntos de inicio privilegiados: (on)

Date: June 10th, 2009; Co-link analysis by: (page); Number of iterations: (1); Crawl depth: (2); Privileged starting points: (on)

Topología de Sitios Web de Asociaciones Culturales en el Sistema de Culturaperu.org (Fase 1). Generada con Issucrawler.net, 2009

Topology of Cultural Association Websites in Culturaperu.org System (Phase 1). Generated with Issucrawler.net, 2009



# Bibliografía

## Bibliography

Agamben, G. (2009). *What is an Apparatus? And other essays*. Stanford: Stanford University Press.

Agre, P. (1994). Surveillance and Capture. *The New Media Reader*, Wardrip-Fruin and Montfort, eds. Cambridge: The MIT Press, 737-760.

Alfaro, S. (2011). De los sueños y otros demonios: la política cultural del segundo alanismo. In *El Quinquenio Perdido: Crecimiento con exclusión*. Lima: DESCO

Appadurai, A. (2001). Deep democracy: urban governmentality and the horizon of politics. *Environment & Urbanization*, Vol. 13, No 2, October 2001.

Appadurai, A. (2004). The Capacity to Aspire: Culture and the Terms of Recognition. In Rao, V. & Walton, M. (eds.), *Culture and Public Action* (pp. 59-84). Palo Alto, California: Stanford University Press.

Armstrong, T. J. (1991). *Michel Foucault : Philosopher*. London: Routledge.

Beniger, J. (1989). *The Control Revolution: Technological and Economic Origins of the Information Society*. Harvard University Press.

Bernstein, J. (2009). The Data-Information-Knowledge-Wisdom Hierarchy and its Antithesis. *Journal of Information Science*, 35(2): 68-75.

Bowker, G. C. & Star, S. L. (1995). Work and Infrastructure. *Communications of the ACM*. September 1995/Vol. 38, No. 9

Bowker, G. C. & Star, S. L. (1999). *Sorting Things Out: Classification and Its Consequences*. The MIT Press.

Bowker, G. C. & Star, S. L. (2002) How to Infrastructure. In Lievrouw, L. & Livingstone, S. (eds), *Handbook of New Media*. Sage Publications.

Bradford, G., Gary, M., & Wallach, G. (2000). *The Politics of Culture: Policy Perspectives for Individuals, Institutions, and Communities*. The New Press.

Brey, P. (2005). The Epistemology and Ontology of Human–Computer Interaction. *Minds and Machines*, 15: 383–398.

Bröckling, U., Krasmann, S., & Lemke, T. (2010). *Governmentality: Current Issues and Future Challenges: 1*. T & F Books US.

Bruno, I. (2009). The “Indefinite Discipline” of Competitiveness Benchmarking as a Neoliberal Technology of Government. *Minerva*, 47, 261-280.

Calhoun, C. & Sennett, R. (2007). *Practicing Culture*. Abingdon: Routledge.

Crampton, J. (2011). *Mapping: A Critical Introduction to Cartography and GIS*. New York: John Wiley & Sons.

Crampton, J. & Krygier, J. (2006). *An Introduction to Critical Cartography*. Acme Publications.

Crampton, J. W., & Elden, S. (2007). *Space, knowledge and power: Foucault and geography*. Ashgate Publishing, Ltd.

Culturaperu.org (2011) Directorio. Retrieved from: <http://culturaperu.org/cp/directorio>

Dawson, S. and Dargie, C. (1999) "New public management: an assessment and evaluation with special reference to UK health." *Public Management*, 1(4): 459-481

Delfin, M. (2009). Culturaperu.org: Una plataforma para la participación ciudadana en cultura in *Co-laborar: experiencias de colaboración y trabajo*. Accessed on December 5th, 2011: <http://www.scribd.com/doc/31228785/Co-Laborar>

Desai, V. & Imrie, R. (1998). The new managerialism in local governance: North-South dimensions. *Third World Quarterly*, Vol 19, No 4, pp. 635-650.

Dirección General de Industrias Culturales y Artes – DGICA (2011a) SIC - Sistema de Información Cultural. Retrieved on December 22nd from <http://industriasculturalesyartes.blogspot.com/p/sic-sistema-de-informacion-cultural.html>

Dirección General de Industrias Culturales y Artes – DGICA (2011b) SIC – Demo WEB SIC. Retrieved on December 22nd from <http://www.youtube.com/watch?v=zPUZyhSG6bM>

Duxbury, N. (2008). Under Construction: *The State of Cultural Infrastructure in Canada*. Simon Fraser University.

Elwood, S. (2006). Critical Issues in Participatory GIS: Deconstructions, Reconstructions, and New Research Directions. *Transactions in GIS*, 10(5): 693–708



Escobar, A. (1988) Power and Visibility: Development and the Invention and Management of the Third World. *Cultural Anthropology*, Vol. 3, No. 4 (Nov., 1988), pp. 428-443

Finland, Ministry of Education (2009). *Culture Satellite Account: Final report of pilot project*. Retrieved on December 5th, 2011 from: [http://www.minedu.fi/OPM/Julkaisut/2009/culture\\_satelite.html?lang=en](http://www.minedu.fi/OPM/Julkaisut/2009/culture_satelite.html?lang=en)

Kritzman, L. (1988). *Politics, philosophy, culture: interviews and other writings, 1977-1984*. Psychology Press.

Gibson, C & Kong, L. (2005). Cultural economy: a critical review. *Progress in Human Geography*, 29,5, pp.541-561

Hannah, M. (2009). Calculable territory and the West German census boycott movements of the 1980s. *Political Geography*, 28(1), 66-75.

Harley, J. B. (2012). *The new nature of maps: Essays in the history of cartography*. Baltimore: Johns Hopkins University Press.

Head, B. (2007). Three Lenses of Evidence-Based Policy. *The Australian Journal of Public Administration*, Vol. 67, no. 1, pp. 1-11.

Ibero-American Cultural Foundation, ICDF (2011). "Projects". Retrieved on Dec. 22nd, 2011 from: [http://www.iacdf.org/index.php?option=com\\_content&view=article&cid=108&Itemid=18&lang=es](http://www.iacdf.org/index.php?option=com_content&view=article&cid=108&Itemid=18&lang=es)

Instalan Comité Editorial del Sistema de Información Cultural. (2011, February 4th) Andina. Retrieved from: <http://www.andina.com.pe/Espanol/Noticia.aspx?id=IOhpxjueSTc=>

Isar, Y. R. (2009). *Cultural Policy: Towards a Global Survey. Culture Unbound, Volume 1, 2009: 51-65*.

Jennex, M. (2009). Re-Visiting the Knowledge Pyramid. In proceeding of 42nd Hawaii International Conference on Systems Science (HICSS-42 2009).

Käyhkö, E. (2011) Public Accountability to Citizens: From Performance Measures to Quality Thinking. Presentation at the 2011 Public Management Research Conference. Syracuse, NY.

Léger, M.J. (2011) *Culture and Contestation in the New Century*. University of Chicago Press.

Lemke, T. (2001a) Foucault, Governmentality, and Critique. Paper presented at the Rethinking Marxism Conference, University of Amherst.

Lemke, T. (2001b) "The Birth of Bio-Politics": Michel Foucault's Lecture at the College de France on Neo-Liberal Governmentality. *Economy & Society*, Vol 30. No. 2, pp. 190-207.

Lewis, J., & Miller, T. (2002). *Critical Cultural Policy Studies: A Reader*. Wiley-Blackwell.

Mercer, C. (2002). *Towards cultural citizenship : tools for cultural policy and development*. Stockholm, Hedemora. Bank of Sweden Tercentenary Foundation, Gidlunds Förlag.

Miller, T. (1993). *The Well-Tempered Self: Citizenship, Culture, and the Post-modern Subject*. The Johns Hopkins University Press.

Mingers, J., & Willcocks, L. P. (2004). *Social Theory and Philosophy for Information Systems*. New York: Wiley.

Manovich, L. (2001). *The Language of New Media*. Cambridge: MIT Press.

Ministerio de Economía y Finanzas, MEF (2011) ¿Qué es presupuesto por resultados (PpR)? Retrieved from: [http://www.mef.gob.pe/index.php?option=com\\_content&view=article&id=2122&Itemid=101162&lang=es](http://www.mef.gob.pe/index.php?option=com_content&view=article&id=2122&Itemid=101162&lang=es)

Montilla, A. C. (2010). Ecosistemas de Información Compleja: Construcción de Sistemas de Información Cultural, Estudios de Prácticas y Hábitos Culturales y Sistemas de Indicadores en Centroamérica. Proyecto “Sector Cultural e Integración”, Red de Centros Culturales de España.

Organization of American States (OAS) and Castellanos, A. (2011). Cultura, común denominador para el desarrollo: 18 prácticas exitosas. Organización de los Estados Americanos.

Perkins, C. (2004). Cartography – Cultures of mapping: Power in practice. *Progress in Human Geography*, 28, 381-391.

Postigo, A. (2011). Accounting for Outcomes in Participatory Urban Governance Through State–Civil–Society Synergies. *Urban Studies*, 48(9), 1945–1967.

Radcliffe, S. A. (2006). *Culture and development in a globalizing world: geographies, actors, and paradigms*. London: Taylor & Francis.

Rey, G. (2008) *Industrias Culturales, Creatividad y Desarrollo*. Colección Cultura y Desarrollo, AECID.

Riles, A. (2000). *The Network inside out*. The University of Michigan Press.

Roy, A. (2009). Civic Governmentality: The Politics of Inclusion in Beirut and Mumbai. *Antipode*, Vol. 41 No. 1, pp. 159–179.

Schick, A. (1991). Budgeting for Results: Recent Development in Five Industrialized Countries. *Public Administration Review*, January 1990.

Schön, D.A. & Rein, M. (1995). *Frame Reflection: Toward the Resolution of Intractable Policy Controversies*. New York: Basic Books.

Schorr, L. (2003). *Determining “What Works” in Social Programs and Social Policies: Toward a More Inclusive Knowledge Base*. Washington: Brookings Institution:

Shackley, M. (1997). Saving Cultural Information: The Potential Role of Digital Databases in Developing Cultural Tourism. *Journal of Sustainable Tourism*, 5: 3, 244 — 249

Scott, J. C. (1998). *Seeing like a state how certain schemes to improve the human condition have failed*. New Haven: Yale University Press.

SIC-Mexico (2011) Retrieved from: <http://sic.conaculta.gob.mx>

Srinivasan, R., & Huang, J. (2005). Fluid ontologies for digital museums. *International Journal on Digital Libraries*, 5(3), 193-204.

Srinivasan, R. (2007). Ethnomethodological architectures: Information systems driven by cultural and community visions. *Journal of the American Society for Information Science and Technology*, 58(5), 723-733.

Stahl, B. C. (2008). *Information systems: Critical perspectives*. New York: Routledge.

Szwarcberg, M. (2012). Revisiting clientelism: A network analysis of problem-solving networks in Argentina. *Social Networks*, 34(2), 230–240.

Throsby, D. (2010). *The Economics of Cultural Policy*. Cambridge University Press.

UNESCO (1997) Sistema de Información Cultural Latinoamericano y del Caribe SICLaC. Documento Estratégico. 1997-2000. As accessed in [http://www.lacult.org/home/indice\\_new.php](http://www.lacult.org/home/indice_new.php)

Van der Velden, M. (2011) When Knowledges Meet: Wikipedia and Other Stories from the Contact Zone (p. 236) in Lovink, G. & Tkacz, N., *Critical Point of View: A Wikipedia Reader*. Institute of Network Cultures, Amsterdam.

Yúdice, G. (2003) *The Expediency of Culture: Uses of Culture in the Global Era*. Durham, NC: Duke University Press.

Žižek, S. (1997). *Multiculturalism, or, the cultural logic of multinational capitalism*. London: New Left Review.

# Notes

Page 72

MERCOSUR (*Mercado Común del Sur*) or Common Southern Market is an economic and political agreement among Argentina, Brazil, Paraguay and Uruguay. Bolivia, Chile, Colombia, Ecuador and Peru currently have associate member status. Venezuela signed a membership agreement on 2006. Founded in 1991, its purpose is to promote free trade and the fluid movement of goods, people, and currency. The official languages are Portuguese, Guaraní and Spanish. It has been updated, amended, and changed many times since. It is now a full customs union, a component of a continuing process of South American integration connected to the Union of South American Nations (<http://en.wikipedia.org/wiki/Mercosur>).

Page 76

This thesis was completed in April of 2012. The “Atlas of Cultural Infrastructure and Heritage of the Americas: Peru”, containing this information, was officially presented on August 14th of that same year. See: <http://www.mcultura.gob.pe/atlas>

Page 99

**¿Estamos todos?** can be translated as *Are we all in?* - The rest of the flier reads: *Is this all of us? Puckllay* (a cultural association) *is with us, write yourself up!* Puckllay Arte y Comunidad was added in the system on 18/07/2011.

# Notas

*Página 31*

Mercosur (Mercado Común del Sur) es un acuerdo económico y político entre Argentina, Brasil, Paraguay y Uruguay. Bolivia, Chile, Colombia, Ecuador y Perú actualmente cuentan con la condición de miembro asociado. Venezuela firmó un acuerdo de membresía en 2006. Fundado en 1991, su objetivo es promover el libre comercio y el movimiento fluido de bienes, personas y moneda. Los idiomas oficiales son Portugués, Guaraní y Castellano. Ha sido actualizado, modificado y cambiado muchas veces desde entonces. Actualmente es una unión aduanera plena, un componente de un proceso continuo de integración Sudamericana conectada con la Unión de Naciones Sudamericanas. (<http://en.wikipedia.org/wiki/Mercosur>).

*Página 35*

Esta tesis fue terminada en Abril del 2012. El “Atlas Infraestructura y Patrimonio Cultural de las Américas: Perú”, que contiene parte de esta información, fue oficialmente presentado el 14 de Agosto de ese mismo año. Ver: <http://www.mcultura.gob.pe/atlas>





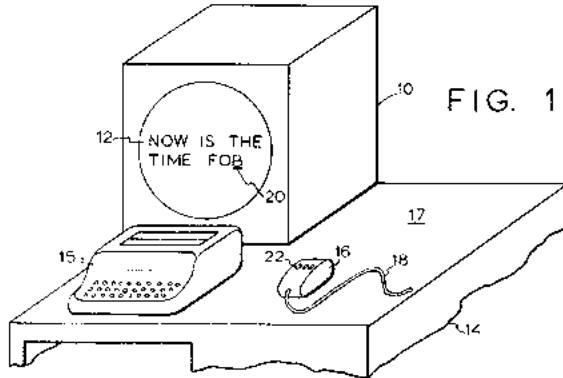


FIG. 1

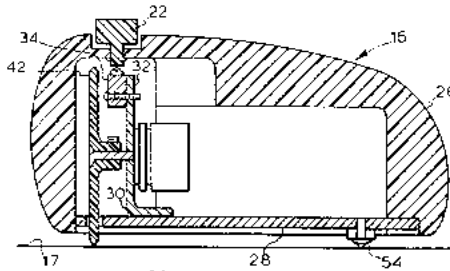


FIG. 2

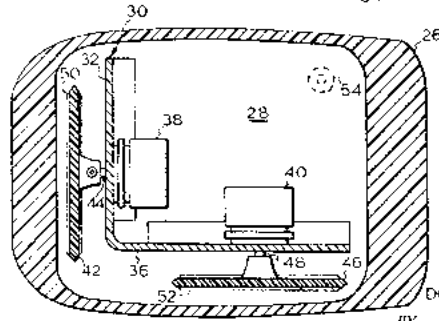


FIG. 3

INVENTOR  
DOUGLAS C. ENGELBART

BY *Lindenberg & Friedrich*

ATTORNEYS